Yehudá Pezaj

Cuentos de amor y lucha

Yehudá Pezaj

Cuentos de amor y lucha

1ra Edición electrónica: 1994
2da Edición electrónica: 2016

© Rafael Masada, 1994

Ediciones Literatura y algo más, 2016

Licencia de Creative Commons
Cuentos de amor y lucha by **Rafael Masada** is licensed under a Creative Commons Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional License
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas

SIN TRABAJO

Un cerco de madera rodeaba el edificio en construcción.

El horario de trabajo estaba colocado sobre uno de los tablones: "Mañanas, de 7 a 11; tardes, de 1 a 5; Sábados, sólo en las mañanas" Alfonso se aproximó al cerco para mirar el trabajo ruidoso de la pala mecánica.

- Oye, tú, ¿quieres trabajo? -era el capataz de la construcción.

- ¿Cómo dice?

- Que si quieres trabajar ... diez soles al día.

- ¿Como obrero?

- Claro; cobras los sábados.

Alfonso negó con la cabeza. El capataz hizo un gesto de desaire:

- ¡Conque niñito bien! Has de querer chamba de oficina para pasártela rascándote. Alfonso pagó su pasaje en ómnibus con la última moneda que le quedaba. Descendió en una esquina del Jirón de La Unión.

*

Durante años, Alfonso participó de la seguridad y la rutina de la Compañía de Seguros que lo empleaba y a cuyo destino se sentía emocional y conscientemente ligado.

Una mañana, el gerente lo hizo llamar.

- Hemos considerado -le dijo- la necesidad de reducir nuestro personal. No necesito explicárselo. Por otra parte, creemos que usted merece una mejor situación para progresar; de modo que (encendió un cigarrillo) hemos decidido dejarlo en libertad de buscar un cargo más alto ... en otra parte. Le estamos pasando su carta notarial y puede retirarse cuando guste. Si precisa una recomendación, bueno ... ya sabe.

Alfonso comprendió que pese a los años de servicios, él nada significaba para la importante empresa. El gerente lo acompañó hasta la puerta de su oficina y, en despedida, le palmeó la espalda.

- Gracias, señor - dijo Alfonso, por costumbre.

Para dar tiempo a que le pasara el desconcierto, fue a los servicios higiénicos. Al salir se encontró con el viejo conserje.

- ¿Ya se lo dijeron? Los escuché hablando de su asunto; lo siento; usted me caía bien.

- Gracias. No esperaba esto ... pero, ya ve usted.

- Don Alfonso, llévese este recuerdo mío; este encendedor, yo no fumo; es de un solo uso ... material desechable, le dicen.

- Usted se ha molestado; en fin ... se lo agradezco.

Alfonso se guardó el encendedor. "Material desechable", se dijo.

Se le acercó el Secretario del Sindicato de Empleados.

- Si usted quiere -se ofreció-, el sindicato podría hacer algo; aunque usted nunca quiso afiliarse.

- No se moleste, mi amigo, no es necesario.

- Por lo menos aproveche los tres meses de plazo. Las cosas pueden cambiar.

- Veremos; pero, yo pienso que un buen empleado encuentra trabajo en cualquier parte.

- Discúlpeme; usted no desarrolló conciencia de clase y espera llegar a ser gerente por su trabajo.

- Gracias; buenos días.

En su escritorio, Alfonso se dedicó a poner en orden sus papeles. Llamó a su secretaria y ésta le contestó fríamente:

- ¿Qué quiere?

Alfonso comprendió que ella ya no tenía por qué ser atenta ni mostrarse sonriente.

Nada; no se moleste.

Habían trabajado juntos por más de dos años; sin embargo, a él le pareció que la veía por primera vez. La secretaria le volvió la espalda. Alfonso murmuró: "material desechable".

Al día siguiente, ya no regresó.

*

Cuatro meses después, agotado el monto de la indemnización, Alfonso ya no estaba seguro de que "un buen empleado encuentra trabajo en cualquier parte". Aquella mañana le habían repetido las palabras de siempre: "No se preocupe; en cuanto haya algo lo llamamos. Tenemos su dirección. Sea paciente".

Para Alfonso, ser empleado, además de una situación económica, constituyó un estado de conciencia; una identificación con alguien y con algo; ser un personaje. Por eso ahora, fuera del esquema en el que se había configurado su quehacer, para él las personas y las cosas perdían significado y se quedaba desamparado.

*

Caminaba despacio por el Jirón de La Unión. El recuerdo de las dos últimas entrevistas le roía el alma.

Aquel sub-gerente de marcado acento inglés, al revisar el formulario de solicitud de empleo, observó que estaba sin llenar el espacio correspondiente a la pregunta: "¿Ha participado en algún movimiento político?" y se lo hizo notar.

- Ha omitido esta respuesta.

- Así es.

- ¿Por qué no la ha contestado?

- Porque me parece humillante.

El sub-gerente se mordió los labios, se puso encarnado, se echó a temblar y al fin, parpadeando, estalló:

- ¡Fuera! ¡Lárguese de mi oficina!

- Pero, oiga usted ... en mi país ...

- ¡País de quién! Extremista ... rojo. Salga de aquí, imbécil -y, frenético, rompió el formulario.

Fuera de la lujosa oficina, Alfonso cavilaba: "Estos gringos de mierda son intratables. Y el puesto no era malo ... Paciencia".

Le valió la experiencia, de ahí que se comportara tan resignado en la entrevista con aquel Director de Ministerio. Después de haber revisado el expediente y de haberlo informado de las exigencias del cargo, el Director terminó:

- Naturalmente, usted está inscrito en el Partido y tiene una constancia de sus servicios en la campaña electoral.

Alfonso se retiró sin despedirse, casi huyendo, para no provocar violencias. "Material desechable", se dijo.

*

Un grato, evocante perfume de café lo arrancó de sus meditaciones. Café de sus lecturas, de sus amigos, de la muchacha que se fue, íntimo café, amargo consejero. "Un hombre sin café es inevitablemente desdichado, está perdido", se dijo. Sintió frío, supo que estaba solo, tal vez siempre había estado solo. Se acercó a la puerta de un Cream Rica. Todas las mesas estaban ocupadas; en una de ellas, próxima a la entrada, reconoció a su joven ex-secretaria; la acompañaba el empleado que, según le informaron después, había ocupado su puesto en la compañía y que era sobrino del gerente. Él tenía puesta una mano bajo la falda sobre el muslo de la joven; ella sonreía.

- A mí no se me ocurrió hacer esta porquería.

Alfonso siguió caminando por el Jirón, perseguido por la fragancia del café; recordaba al viejo conserje y al Secretario del Sindicato.

Al escuchar su nombre, volvió la cabeza. Desde el automóvil que manejaba, un hombre risueño le hacía un solemne ademán de saludo. "Espera que vuelva a votar por él o será que quiere protegerme con su saludo. Sí, me protege con su saludo".

Llegó a la plaza San Martín y se detuvo cerca de una de las columnas del portal. Un sabor amargo le colmaba la boca; un escalofrío le sacudía el cuerpo. "Voy a enfermar; sería el acabose". Volvió a sus reflexiones: "Quería protegerme; ya es un jefe y se porta como jefe; cumple con sus roles de humanidad; de caridad cristiana".

El turbio y rumoroso pasar de la gente. "Burócratas, delegados de sus amos. Jefes por obra y gracia de su servilismo que lo envilece todo, que convierte el trabajo en servidumbre. Se apoderan de todo, hasta del sueño; administradores del miedo; traficantes de la inconsciencia".

Una mosca le rozó la cara; Alfonso la siguió con la mirada. La mosca se posó sobre el muro: "Y hay que firmar solicitudes denigrantes; buscar tarjetas de recomendación de idiotas no-recomendables; reconocer jefes y aceptar su despotismo. Y uno que no se da cuenta; que se engaña a sí mismo; que se vende ... ¡puta madre! ... que se vende. Pero tiene que haber un otro lado; otro modo de vivir, sin miedo, sin servilismo, sin porquerías. Y, si no hay, hay que crearlo; pero ¿quién? ¿quiénes se van hacer matar para cambiar este mundo de mierda, mundo de desocupados?

La mosca reinició sus acrobacias en torno al rostro de Alfon-

so.

- ¡Bichos asquerosos!

Alfonso disparó un manazo para coger la mosca; se quedó con el brazo extendido y fue abriendo el puño lentamente; la mosca desaparecida y él con el brazo extendido y la mano abierta y que no podía más. En su mano abierta, una anciana que pasaba depositó una moneda.

Súbitamente, Alfonso cerró el puño; miró a su alrededor; escondió la mano cerrada en el bolsillo; volvió a buscar testigos; descubrió a la anciana que le había dado la limosna y la siguió; le devolvería la moneda y le diría: "Señora, yo no soy un limosnero; yo soy un empleado ... yo". Se contuvo al recordar que desde hacía cuatro meses ya no era un empleado; que estaba sin trabajo. Apretó la moneda escondida en su puño y supo que iba a llorar.

Un hombre lo tomó del brazo: -¿Puedo ayudarlo, señor?

- No, gracias.

- Me pareció que ... disculpe, está usted pálido.

- No es nada ... sólo que estoy sin trabajo.

Alfonso, libre de la mano que le ofrecía apoyo, caminó hasta la otra esquina del portal; atravesó la calzada y entró en la plaza San Martín. En los jardines, un tibio sol de invierno jugaba entre las flores. Una mariposa blanca revoloteaba y

Alfonso la siguió con la mirada.

- "Estoy sin trabajo y tengo miedo ... eso es todo"

Alfonso recordó la limosna; recordó al hombre que le ofreció su ayuda y sintió disminuir su miedo. La mariposa revoloteaba: "Trabajo; pero no volver a sepultarse en una oficina".

Un hombre, al parecer un obrero, jugaba con un niño. La pelota con la que ellos jugaban, rebotando, fue a parar a los pies de Alfonso, éste la recogió y se la entregó al niño.

- Gracias, compañero -le dijo el hombre.

"Compañero", repitió Alfonso y la palabra le supo estimulante y tierna; le quedaba un último cigarrillo, pero el encendedor no funcionó; Alfonso lo arrojó al jardín a tiempo que decía: "Material desechable". De pronto se sintió contento. El reloj en lo alto de un edificio marcaba las 12:15. Alfonso recordó el letrero que marcaba el horario de trabajo en el cerco de la construcción; recordó al capataz y el entusiasta ajetreo de la pala mecánica. La mariposa seguía revoloteando.

Con la moneda de limosna fuertemente apretada en la mano, Alfonso se encaminó hacía la esquina por donde pasaba el ómnibus que lo dejaría cerca del edificio en construcción.

La mariposa se quedó posada sobre una hoja.

EL VIAJE

- Maneja despacio, abrígate.

- Adiós.

- Salúdala.

- Adiós.

Inspeccionó el tablero de control y probó el cambio de luces; encendió el motor y esperó que calentara; soltó despacio el pedal de embrague y el camión partió pesadamente.

Amanecía. El ronquido del motor apagaba el tañer de las campanas. Techos, chacras, árboles amanecían repentinos y se borraban en la niebla. El camino era una orden impuesta a las retinas.

Amaba los caminos y viajaba hasta en sus sueños.

Su cuñado le enseñó a manejar. Pensaba en él ahora. Recordaba la noche cuando entraron en el cementerio, escalando los muros, para enterrar clandestinamente a su sobrina y los dos sintieron miedo.

- Hace tres años que murió ... fue en enero -dice en voz alta.

Su cuñado, que era alegre, no volvió a sonreír. Aquella noche, cuando las estrellas se trizaron en sus lágrimas, había jurado: "Tendré plata. No sé como; pero tendré plata y el hambre no volverá a matarme otro hijo".

Ahora tiene tres camiones y una casa; otro hijo está aprendiendo a caminar.

- ¡Qué pronto hizo plata! -dice la gente y nadie sabe cómo. Se habla de "pichicata" y contrabando; pero, la gente está demasiado ocupada con su propia pobreza y no piensa en la riqueza ajena.

Transportaba una carga de alcohol de contrabando.

Sintió miedo. Manejará despacio; las curvas, en segunda; las bajadas, sin "ruster"; los cambios de luz, a tiempo. La muerte avisa y él ha sentido miedo.

*

El sol apenas calentaba cuando llegó a la posada; estacionó el camión y entró. Rostros duros le sonríen; ademanes calmados lo saludan.

- ¿Qué tal? ¿Estás sin ayudante?

- Lo metieron en chirona después de una pelea.

La charla interrumpida continúa:

- Como les iba diciendo: reventó la llanta delantera; noventa kilómetros por hora ... y se mató; dicen que se quedó como riendo.

- ¿De quién están hablando?

- De Segundo Rojas, ¿lo recuerdas?

- Pues, claro; le gustaba correr. A mí me aconsejó: "Si una llanta se te revienta, tienes que aguantarte a puro timón; nada de frenos". Por eso me salvé una vez.

- ¿Con tu camión?

- No, con una camioneta del Ministerio.

- Pero hay que tener raza para no meter la pata al freno, cuando se te va el carro.

- Peor es que te metan las patas bajo tierra.

Una sonrisa triste distendió los labios.

Un chofer viejo salió; se quedó un momento a la puerta mi-

rando los caminos, como si echara de menos algo, como si buscara a alguien. Los otros choferes lo siguieron. Afuera, los motores trabajaban sordamente.

Él se quedó mirando su taza de café y, desde el fondo, el miedo le hizo una señal.

*

Cambió de velocidades; pero, en ninguna se "encontró". Optó por manejar despacio, esperando que le pasara el miedo.

- No te dejes vencer por el miedo -le decía su cuñado-. Aunque te asuste un camino, tienes que dominarlo. Todas las cosas en la vida se parecen: te humillan o las caminas.

- Hundió el acelerador y el camión "picó" rugiendo; pasó el límite de velocidad más allá del cual el encalaminado ya no sacude y todo, el paisaje y la huella, es una sensación fugaz. Con la mirada tendida sobre la carretera, sentía la vida del camión en su propia carne.

Los caminos purifican; en ellos, el nombre amado es más amado.

La recordaba; su imagen iba enseñándole la ruta.

- Voy a tener un hijo -le había dicho al despedirlo.

Él la miró aturdido; le acarició los pechos: -"Mejor te acuestas ..."

Ella se echó a reír; le calentó la cara con su aliento; se desearon; ella lo contuvo: - Ahora, no; tienes que manejar; será a tu vuelta, ¿ya? -y le mordió los labios, suavemente.

- Tendrá tus mismos ojos verdes.

El ruido del motor se aleja para volver de pronto, juguetón y alegre. Llegaban los recuerdos y el ruido del motor se hacía música de fondo. Mientras el camión corría, él recordaba las palabras de su madre: -"Tu padre era moreno de ojos verdes, como tú ... si viviera".

Pero ya no vivía y su madre también estaba muerta. Se marchitó lavando ropa, que él repartía al terminar sus horas escolares. Después de un vómito de sangre, la llevaron al hospital y él no tuvo que repartir ropa limpia. Con sus primeros jornales compró la lápida para la tumba de su madre.

Casi no vio la curva; al terminar la recta, la curva le salió al encuentro; él cambió a segunda; el camión se contuvo firme, sin desviarse y pasó la curva limpia, exactamente, sin frenar.

Él amaba los caminos; y a ella la amaba porque en su cuerpo, en sus palabras y en sus ojos había también un inquietante viaje.

*

Ella ocupó el cargo después que enterraron a la anterior maestra.

- La vida es la respuesta a todas las preguntas -se decía. La vida es siempre buena -sacudía la cabeza echando atrás su cabellera y miraba el pasar de las nubes. Se le perdían los ojos siguiendo su mirada. A veces, una lágrima soñaba en sus pestañas.

Un día, a la puerta de la pequeña escuela se detuvo un camión y el chofer le pidió:

- Présteme una lata para echarle agua al motor.

Ella miraba el motor descubierto mientras él vertía el agua.

- ¡Qué complicado todo esto! Y usted qué bien lo entiende.

Él sonrió, halagado.

- Así que es usted la nueva maestra; quién fuera su alumno.

Se arrepintió, se supo tonto. A ella le gustó el verde valiente de sus ojos y el dejo de su voz serrana. Él se despidió tímida, apresuradamente y ella lo envolvió en la dulzura triunfal de su mirada.

- ¡Vuelva otra vez! -le gritó, cuando el camión partía.

Aquella noche lo soñó. Por las tardes iba hasta la carretera esperando verlo pasar. Los libros se quedaban abiertos ante sus ojos que viajaban siguiendo la huella del camión; los libros, entre sus manos que esperaban.

Y llegó de improviso.

- Quise venir antes, pero estuve enfermo.

Y volvió muchas veces. Cuando él partía saboreando todavía la taza de café, ella, reclinada en el quicio de la puerta, se quedaba triste.

Una noche, él no partió. Ella guardó el recuerdo de sus hombros desnudos y de sus manos traviesas y de su propio deseo prisionero entre un zarzal de besos. Después, en la intimidad de sus esperas, supo por qué lloran las guitarras, por qué tienen las distancias el color azul de la nostalgia.

Miraba las estrellas; suspiraba.

*

Estaba retrasado; pero, llegaría a tiempo y el guardia de turno en la garita dejaría pasar la carga del alcohol de contrabando. Este sería el último viaje fraudulento. Le pediría a su cuñado el camión para otros trabajos.

Hablar con ella del hijo que venía y de su nombre; tomar café a su lado, escuchando sus lecciones; tocar sus pechos duros, creciendo en la promesa de la leche tibia.

De pronto la llanta delantera que revienta; un cambio que no engancha; un barquinazo; un viraje violento sin frenar ... y todos los muertos en las carreteras, que vuelven a morir ...

todos los muertos que vuelven a morir ... todos los muertos ...

El camión, como una bestia herida, crujió al rodar por la quebrada y agonizó largamente entre las llamas del alcohol de contrabando que llevaba.

Y él, el chofer, a solas con sus caminos que amaba, con sus recuerdos y sus sueños quebrados, entró en la negra voracidad del abismo hacia otro viaje sin destino, sin posadas, donde nadie lo esperaba.

*

Lo esperó toda la noche. Le dieron la noticia en la mañana; dictó sus clases como siempre. El atardecer la encontró al borde de la carretera, donde solía esperarlo, arrugando su pena entre sus manos. Pensó en el hijo que venía; sintió que las guitarras de la vida bordoneaban en la intimidad de sus entrañas. Miró las negras nubes que traían camionadas de noche y con las manos sobre el vientre, acariciando la suavidad de su falda de franela, tomó el sendero de regreso hacia la escuela.

- Tendrá sus mismos ojos verdes ... sus mismos ojos verdes.

Y sus lágrimas se fueron secando, poco a poco.

TANTO FRIO

Réquiem para un amigo.

El afán de la luna bañaba otra acera. Las calles recomponían pasos invisibles y distantes.

Un frío azul le atravesó las sienes. Mario despertó y se puso de pie apoyándose en la pared. Había bebido tanto como otras veces, pero ahora su ebriedad era distinta. Con torpe ademán se cruzó el saco para abrigarse.

Caminó tambaleándose. Antes de llegar a la esquina, se le doblaron las rodillas, cayó y se quedó ovillado. Un perro acercó la curiosidad puntiaguda de su hocico; Mario extendió el brazo para acariciarlo; el perro se alejó de un salto. Frustrada la caricia, la mano se mantuvo temblorosa y alta, recortada contra la noche añil.

La misma mano, muchos años antes, casi infantil, se había perfilado, temblorosa y alta, contra el cielo, al disparar la honda y, en el suelo el pajarillo rojo y negro palpitaba en su

agonía. Mario se ensangrentó los dedos al sacarle el corazón. Días después, el pequeño corazón, reseco por el sol, fue convertido en polvo, y el polvo fue aprisionado dentro de un guardapelo, en un ritual de brujería.

La niña de los ojos negros tenía, como Dios, su amor inaccesible y, como a Dios, para alcanzarlo, el niño recurrió a la magia. Todos los escolares quinceañeros lo sabían: con el corazón de la "putilla" se lograba el amor de la muchacha que buscaban sus sueños, sólo era necesario que ella, de algún modo, entrara en contacto con el corazón reducido a polvo.

- ¿Me prometes no abrirlo? -le pidió Mario al regalarle el guardapelo.

- Prometido -concedió la niña de los ojos negros.

Cuando la madre de Mario adivinó el mágico ritual, le dijo: "Ella no te amará por lo que has hecho. El que hace brujerías sólo embruja su propia vida. Muchachito, sólo serás dueño del amor que conquistes".

El perro lo miraba desde lejos. El canto de un gallo inició el prólogo del alba, y otro, y otro más, lo continuaron.

- Tengo frío ... tanto frío ...

Sentado en la vereda, todo en Mario, alcohol y soledad, era un turbio lodazal. La luna corría desbocada entre las nubes.

- Fue brujería y embrujé mi propia vida -se confiesa, cerrando

sus recuerdos.

Se levantó despacio, escupió, se limpió la boca con el dorso de la mano, siguió calle arriba, tambaleándose. El perro clavó su aullido en el presagio añil del cielo.

*

Mario salió de su pueblo al comenzar su adolescencia y regresó después de larga ausencia.

- No pude irme del todo; tal vez aquí algo de mí dejé olvidado ...

Los amigos sonrieron sin entender acaso la innecesaria explicación.

- Aquí hay tanto que hacer, ¿no les parece?

Mario encontró a la que fuera la niña de los ojos negros.

- ¿No te acuerdas de mí?

Ella quiso ser amable, pero no lo reconoció. Mario le señaló el guardapelo que ella llevaba al cuello y le preguntó:

- ¿Quién te lo dio?

- Realmente, no lo sé; lo llevo desde niña.

- ¿Qué tiene dentro?

- Ahora, una foto; cuando lo abrí por primera vez, un poquito de tierra o de cenizas.

Mario no llamó a las puertas del amor olvidado.

- ¿Saben? Podríamos sacar un periódico -decía a sus amigos.

- Claro, buena idea. Pero acaba tu trago.

- ¿Por qué no organizamos un club de teatro? Podemos ensayar en las noches.

- Hay que pensarlo, hermano. ¡Salud por el teatro!

- Podríamos salir a pintar los domingos.

- ¡Salud, hermano, salud!

- Debemos leer a Mariátegui, en grupo, así como estamos, aquí mismo; nos pueden prestar la habitación vecina.

- Pero, bebe, hombre; ¡Salud por tus proyectos!

- Podemos ... ustedes, ¿qué proponen?

Todos bebían y bebían.

- En este ambiente, con esta gente no vas a hacer nada -le dijo una amiga de su madre-. Vuelve a Lima.

Mario recordó la ciudad inclemente y sin dioses, la soledad donde siempre fue un extraño. No quiso cerrar la puerta a sus espaldas y contestó:

- Tiene usted razón. Me iré el mes que viene.

Y vinieron los meses para formar los años. Oscuros años de trabajo rutinario y sin futuro; turbias noches de alcohol; absurda madeja de tristeza huraña. Mario bebía aprendiendo a callar; a veces, un poema irrumpía en su silencio.

- Es de Vallejo, de nuestro padre César; nuestro amor, nuestro dolor hecho palabra.

Y los amigos:

- No te pongas sentimental, hermano. ¡Salud!

Y mirándolo así, con su tristeza inútil y su voz desencantada, las amigas de su madre murmuraban:

- ¿No le habrán hecho brujería?

En la profunda pizarra de la noche ebria, una lechuza traza la raya de su mal agüero.

*

Los gallos comienzan a tejer la madrugada. Las nubes se desvelan jugando a las escondidas con la luna. Mario ha llegado a la "Cruz del Cumbe"; desde allí la ciudad es un esqueleto

de luces mortecinas que se van arrastrando hacia la pampa; Mario reconoce cada esquina, cada casa de su pueblo.

- Y todo ha de seguir igual; días iguales encontrarán tus mismos trajines ... dormidos en tus rincones mis recuerdos ... tus calles olvidarán mis pasos y nadie sabrá cuánto te amaba, antiguo pueblo mío.

Un golpe de tos lo sacude.

- Nadie me esperaba cuando yo regresé después de los años. Mi madre, bajo el dintel de su asombro, me miró despacio; me preguntó: "¿Has tomado tu café?". Supe entonces que para ella yo nunca estuve ausente.

Mario se pasa la mano por la frente para ahuyentar su pena. Sus ojos se van llenando de humedad salobre.

Dan comienzo sus últimos delirios:

- Ha de llegar el guardia con su paso sonoro y trasnochado. Ordenará: "¡Vamos, borracho, despierta!". Apoyará su zapatón en mi hombro, dará vuelta mi cuerpo ya sin dueño para encontrar mis ojos abandonados y eternos. "Ha terminado, al fin, tu larga borrachera". Tomará nota y se irá disgustado. El juez del crimen ha bebido conmigo hasta muy tarde; ha de sentirse mal; dirá que esperen ... Yo puedo esperar, no tengo apuro.

Va clareando.

- Con su fervor recién amanecido, el Párroco se impondrá a mi lado, cadáver y cielo mezclando en su mirada; repetirá: "En el fondo era bueno" y con su piedad amaestrada, por el descanso de mi pena, rumiará una plegaria. Un niño me mirará asustado: "Mamá, ¿por qué duerme con los ojos abiertos?". Doña María, la beata, llegará sin que la llamen: "Ya lo decía yo ... ya lo decía" y, entre rezos y chismes, repartirá la noticia.

Mario regresa de su presagio y de sus lágrimas. Una mancha de luz, hacia el oriente, crece y se empaña; hay perfume de trinos y retamas; se destiñen en los cerros manchas que olvidó la noche. Mario intenta levantarse y se apoya en los codos; tiende los ojos hacia la colina que corona la ciudad, y grita:

- ¡Mi cometa, papá! ... ¡Se ha roto el hilo! ... ¡Papá, mi cometa!

Ha sido su último delirio: la colina de Santa Apolonia incendiada de cometas en agosto; la sombra de su padre y su niñez en sombras.

Estalla alegre y luminosa la mañana.

El guardia, con su paso sonoro y trasnochado, se aproxima.

EL PONCHO

Mientras esperaba que el patrón lo llamara, Manuel miraba los maizales altos y robustos. Sentado al borde de la acequia que pasaba por la puerta de la casa-hacienda, apoyados los antebrazos sobre las rodillas, jugaba con sus dedos como acariciando las densas trenzas negras de la Juana.

Iban a vivir juntos.

Los tres años anteriores, las nubes habían pasado altas con su carga de lluvia que no cayó. Ahora, oportunas, frecuentes y apropiadas las aguas despertaban el verdor de las chacras. No habría sequía.

Los partidarios y los pequeños propietarios se alegraban con la promesa de buenos choclos para febrero; este año no se harían insistentes rogativas a los santos, no se cargarían los trajines de pálidos silencios, no se morirían las criaturas prendidos de los secos pezones de pechos vacíos y todos comerían, beberían, bailarían en los carnavales.

Desmenuzaba Manuel un puñado de tierra entre los dedos; tierra ajena, como el trabajo de sus días; ajena, como el fruto de sus manos; ajena, como su vida inútilmente madurada, como lo fueron las vidas de sus mayores y lo eran las de los otros indios como él, en la hacienda inacabable. Porque todo, chacras, semillas, yuntas y hombres pertenecían al patrón. Él lo vivía desde niño y no sabía por qué tenía que ser así. Los peones envejecidos decían que era una maldición de siglos sin remedio; los universitarios de la ciudad, perseguidos, excomulgados, jugando a las escondidas venían para incitarlos a que invadieran las tierras de los hacendados; anunciaban una ley de reforma agraria que habría de ampararlos y dejaban volantes que eran distribuidos apenas comprendidos. A muchas leguas, detrás de los cerros por donde el sol se esconde, otros indios (según decían) habían invadido tierras y habían caído abaleados; cinco muertos, abrazados a la tierra ajena, daban testimonio. Y el miedo se esparcía acallando rumores, fermentando odios escondidos.

Dura es esta vida perra -rezaban los peones; el huaino venía desde lejos:

Cansado estoy de vivir

la vida que voy pasando,

¡Carajo! La vida es triste

y la vivo padeciendo.

Y así era, aunque para Manuel lo era menos dura, pues, se

ocupaba de las tareas domésticas de la casa-hacienda; intermediario entre los dueños y la servidumbre, estaba liberado en parte de los trabajos de campo.

- Tú eres un sirviente -le dijo su primo José en cierta ocasión-. Tú estás vendido al patrón y ya no sientes como nosotros.

De un puñetazo, Manuel le rompió la boca, pero le quedaron ardiendo las palabras. Ahora que él y la Juana iban a juntarse, la esperanza borraba de sus recuerdos los agravios y mucho le costaba poner freno a su alegría.

Escuchó el silbido del patrón y acudió al llamado.

- Mira, hijo, hay un gavilán que se está llevando los pollitos de la señora. Vamos a buscarlo; llévame la carabina.

El patrón caminaba delante atisbando la arboleda, buscando al gavilán en las altas copas de los eucaliptos.

- Vamos a buscar por el bosque, del río al otro lado.

Manuel se alegró; sabía que por esos lados acostumbraba ir a lavar la Juana. Con la carabina protegida bajo el poncho, siguió detrás de su patrón.

El cielo se iba cargando de nubes oscuras y espesas; pronto llegaría la lluvia. En busca del gavilán, fueron a dar en un claro del bosque, al borde de un manantial donde la Juana estaba lavando. Los dos la miraron: llamas de lujuria en los ojos del patrón; ternura esperanzada en los ojos de Manuel.

El patrón se acercó a la Juana; Manuel acarició la carabina bajo el poncho. La Juana trató de incorporarse; el patrón la tomó por los hombros y la tendió sobre el montón de ropa sucia. Manuel se quitó el poncho y levantó la carabina.

Gordas, temblorosas las gotas de la lluvia comenzaron a caer.

El patrón sujetaba con una mano a la Juana por las trenzas y con la otra se bajaba los pantalones; Manuel apuntó a la cabeza del patrón con la carabina; el patrón, doblado sobre la Juana, dio vuelta la cabeza.

- ¡Qué haces, indio de mierda! -gritó.

Manuel dejó caer la carabina; se acercó a su patrón y le cubrió la espalda con su poncho.

- Te estás mojando, patroncito.

Caminando de espaldas se alejó. Cuando el grito de la Juana destempló el aire, Manuel echó a correr; huyó con aquel grito a cuestas.

AL PRIMERO QUE BAJE

En la puerta de calle me di con la mirada disciplinada y vinagre del guardia.

- Me acompaña a la comisaría.

- Pero, ¿por qué? ¿qué pasa?

- Tengo órdenes.

La ventana del segundo piso, donde vivían mis tías, estaba cerrada. Nadie vio que me llevaban preso.

Al llegar a la comisaría, el guardia dijo algo al cabo; éste me miró de reojo y ordenó:

- Pásenlo para adentro.

Pensé en llamar a la imprenta.

- ¿Puedo usar el teléfono?

- Está prohibido.

- Es que necesito ...

- Aquí no se discute.

La puerta del calabozo se cerró detrás de mí; en la boca del estómago se me instaló un frío ácido. Limpié las lunas de mis lentes y me pasé el pañuelo por la cara.

- ¿Me das un cigarrillo? -la voz estremeció la penumbra. Sentado en el piso de tierra, un mulato jugaba con algo entre las manos. Le entregué la cajetilla; me la devolvió disculpándose:

- Agarré varios; hace tiempo que no fumo, ¿sabes?

- Está bien -quedamos en silencio; él fumaba y yo trataba de acostumbrarme a la poca luz.

Súbitamente, el mulato se incorporó de un salto; me tomó por los hombros; me sacudió; me palpó la ropa por encima y me dijo enronquecido:

- Tenías cigarrillos y también tus cosas -me arrojó contra el muro- ¿No te registraron al entrar?

El mulato temblaba, furioso, puesta la mano sobre mi pecho, presionándome contra el muro; yo callaba. Pasó un rato largo antes de que se volviera a sentar. Dijo algo que no llegué a entender. Después, se acercó arrastrándose; me cogió del brazo y acercó su rostro, yo pude distinguir el tinte amarillento

de sus ojos.

- Te han traído por comunista, ¿no es cierto?

Su espera se quebró en mi silencio; me soltó y se arrastró hasta el otro lado de la celda.

- Mira -me dijo después que hubo fumado, despacio, un cigarrillo-, aquí meten soplones haciéndolos pasar por detenidos, para que nos sonsaquen; creí que tú eras uno de ésos; pero no ... no lo eres; yo los conozco, los descubro por su olor, los saco por sus maneras. ¿Primera vez que caes?

- Sí.

- Eso me parecía, primera vez. Es bien brava la primera vez, bien jodida -su mirada me estudiaba a pausas-. Esta sección de este lado es para presos políticos, compañero.

*

En la oficina estaban tres hombres; uno de ellos me ordenó, indicándome una silla:

- Siéntate ahí y espera.

El tiempo se escurría perezoso.

- ¡Acércate!

Las miradas de los tres hombres se agazapaban detrás del

escritorio.

- Tu trabajas en construcción civil, ¿no?

- Yo soy tipógrafo.

- Conque eres tipógrafo.

- Sí, linotipista.

- Y estás en el sindicato, ¿desde cuándo?

- Desde (di una fecha).

Uno de los hombres, repentino, con voz alta, cortante:

- ¿Dónde está Julio?

- ¿Julio? ¿Qué Julio?

- Lo de siempre: no sabes quién es; no sabes nada.

Y el hombre gordo:

- Vamos por partes: ¿Quién te ordena imprimir la propaganda?

- Todo trabajo del taller ...

Me golpeó en el hombro. -¡Era Julio! ¡Habla imbécil; era Julio! -me tomó por los cabellos y me echó atrás la cabeza.

- ¡Oiga usted! -protesté.

Quise levantarme, me ahogaba. Recibí un bofetón. Dentro de mí, una onda oscura comenzó a temblar. Las manos del hombre gordo acomodaron la pantalla de la lámpara; la intensa luz me encegueció; me sentí sumergido en un espacio resplandeciente cargado de humo.

- ¿Quién es tu jefe?

- Don Pedro es el jefe del taller.

- ¡No te hagas el idiota! -gritó el hombre de voz chillona-. Tu jefe, el del Partido, ¿cómo se llama?

- El que te daba a imprimir la propaganda -agregó el otro. Me sopló sobre la cara una bocanada de humo de su cigarrillo. La tos comenzó a trabajar en mis cavernas; los hombres se echaron a reír a carcajadas. Un guardia me condujo de nuevo al calabozo.

*

El mulato se movía en la oscuridad.

- Por ahí hay un pedazo de frazada; abrígate los pies.

Me molestó (creí que me molestaba) el tono compasivo de su voz. El rostro del mulato se iluminaba de betunes brillantes cada vez que aspiraba su cigarrillo.

- ¿Qué pasó?

- Preguntas.

- Es el principio. Si te insolentas, te pegan; si te asustas se burlan y te bajan la moral; cosa dura, compañero. La primera vez, yo me puse a llorar; yo, que no lloraba desde que se murió mi vieja.

- Y tú, ¿por qué estás preso? -yo no quería que el mulato dejara de hablar; tenía miedo a quedarme a solas con el silencio.

- ¿Por qué , crees? Por nada ... quiero decir por nada que se pague con la cárcel. Por protestar y por pensar, por eso que al final se llama política. ¿Entiendes? Mejor te lo explico. Yo era albañil y me gustaba mi trabajo; yo era un hombre libre y me gustaba mi muchacha. Ella trabajaba en las oficinas del sindicato y yo iba a las sesiones del sindicato sólo por acompañarla. El Secretario General era un cholito, flaquito él, inteligente y bien macho. Una noche entraron los uniformados; uno de ellos agarró al Secretario y comenzó a meterle palo; yo no aguanté el abuso y le metí un cabezazo. Así comenzó. ¡Para qué te cuento! Me agarraron entre cuatro y me metieron preso; me soltaron y me volvieron a agarrar; a cada rato y era de nunca acabar. No tenían nada de qué acusarme. Una noche, entraron en mi cuarto, traían papeles y folletos y un revólver viejo, que después dijeron que eran míos, que los habían encontrado en mi cuarto; cosas que yo nunca había visto, te lo juro; pero así lo hacen. Entonces ya no me soltaron. Desde ya no sé cuándo me pelotean de un sitio para otro, quién sabe

hasta cuándo; quién sabe qué quieren.

- ¿Nadie se interesa por ti?

- Mi muchacha, en los primeros meses ... después, nadie. Los abogados te cobran y te empapelan -la voz del mulato se metía arañando sus recuerdos-. Aquí se piensa mucho, compañero, y yo he pensado mucho; hasta dejar de ser el albañil asustado que apresaron. Uno cambia; parece mentira. Aquí se aprende de los otros, de los universitarios, sobre todo; buena gente; me acuerdo de un tal Carlos. La última vez que me soltaron estuve con ellos; les ayudé y encontré en ellos ... ¿qué te diría? Encontré que había una pelea, una pelea que vale la pena, una pelea que vale porque la tenemos que ganar aunque nos rompan el alma, aunque uno se quede desangrándose en media calle.

La voz, pausada y sobria, revoloteaba por la celda.

- Mira, otro preso escribió con un clavo sobre esta pared:

Este silencio

tiene un revés de grito;

detrás de estas tinieblas

hay alguien que te espera

con un beso encendido.

Yo lo entiendo; no te lo puedo explicar, pero lo entiendo y lo llevo en mi memoria. Recuérdalo tú también; te ayudará a no sentir aunque esas fieras te asusten, y cuando ya no sientas miedo, camarada, no podrán hacerte daño; serás un hombre libre.

De esa fuente morena, la voz brotaba y brotaba.

La brutalidad del guardia desencuadernó mi sueño.

*

Era la misma oficina; los hombres eran otros.

- Siéntese, por favor. Usted es un hombre inteligente; comprenderá que es nuestro trabajo, una ocupación como cualquiera pero más sacrificada. No tratamos mal a nadie por nuestro gusto, pero hay cosas que son necesarias; para eso nos pagan. Bueno, contamos con su ayuda. Dígame: ¿a usted lo obligan a trabajar para el Partido?

- No -le respondí, sin darme cuenta.

- Entonces, ¿se pone fuera de la ley por su gusto?

- No, claro que no.

- A ver, explíquese.

- No entiendo nada; díganme, ¿por qué me han detenido?

- Las preguntas las hago yo. Bien, usted no entiende; ¿Julio es pariente suyo?

- Aparte de mis tías, no tengo más parientes.

- ¿Y Julio?

- ¿Qué Julio?

Otro hombre estalló: -¡Habla ya, carajo! -me dio un puñetazo y la sangre floreció.

El primer hombre hizo sentar al que me había pegado.

- Calma, compadre, calma -y a mí: -Estamos cansados y nerviosos; trabajamos sin colaboración.

Había un tono burlón en su actitud conciliadora.

- Este señor copiará lo que usted responda y en un cinco acabamos.

- Y, dirigiéndose al hombre que estaba sentado delante de la máquina de escribir: -¿Listo?

- Sí, señor.

En ese momento me acordé del mulato: "No debes sentir miedo" y decidí no contestar, mirar dentro de mí.

- ¿Desde cuándo actúa en política?

...

- ¿Quién es el jefe del Partido?

...

- ¿Dónde guardan la propaganda?

... Yo me dije: ¿Qué hago aquí? ¿Por qué se ha interrumpido la monotonía de mis días?

- ¿Dónde está Julio?

... (Cuando yo era niño, aquel maestro primario -ya lo he perdonado- me torturaba con preguntas: ¿Dónde está Pekín? Paseaba mis ojos sobre el mapa y me callaba. ¿Dónde se pone el punto decimal? Yo contaba mis dedos y callaba).

- ¿Dónde vive Cristina? ¿Dónde trabaja el marido de Soledad?

... (Todos los nombres de mujer son bonitos. Ella era menudita, tenía las caderas anchas y los pechos chiquitos).

- ¿Por qué se inscribió en el Partido?

... (Aquella misma tarde, mi tía me había preguntado: "¿Por qué no te casas?". Yo recordé un "Te espero" que se quedó lejano para siempre en el olvido).

- ¿Cuántos miembros tiene su célula?

... (Yo me mordía los labios y me refugiaba en mis recuerdos y animaba mi esperanza. Alguna vez proyecté un apartamento sencillo, con flores junto a los libros; una mujer que escuchara mientras teje y que esperara mi silencio para preguntarme: "¿Quieres un poco de café?" [Un café como el que me invitaba doña Elena, en tardes ya perdidas]. Los domingos al campo, aquí nomás, a la orilla del río Pulltumarca).

- ¿Qué número tiene tu carné? ¿Quién distribuye el boletín? ¿Dónde se reúnen? ... dónde ... quién ... qué.

Y yo, huyendo de las preguntas que templaban la red de mis nervios.

Palideció la lámpara en el amanecer. Los hombres apagaron sus preguntas y salieron. Uno de ellos, antes de irse, me dijo:

- ¿No te das cuenta que lo sabemos todo? Si no hablas será peor para ti. Te llevarán a otro sitio y ya verás lo que es bueno.

*

La irritante claridad del patio me lastimó los ojos.

- ¡Hombre! ¿De cuánto tiempo?

No pude fingir que me alegraba al reconocerlo. Entre sus cuatro galones de Mayor y nuestra infancia, el tiempo ha pasado barriendo muchas cosas.

- ¿Cómo estás, Javier? -lo saludé.

- ¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué estás aquí?

- No lo sé. Me tomaron preso. No me han dicho por qué.

- ¡Capitán! -llamó el Mayor-. ¿Por qué han detenido a este hombre?

- Este ... un momentito, mi Mayor. ¡Comandante de guardia! ¿Quién ha detenido a este señor?

- Voy a ver, mi Capitán.

Regresó el Sargento e informó:

- Lo trajo el guardia Sánchez, por orden suya mi Capitán.

- ¡Cómo! ¿Por mi orden? Pero, si yo no conozco al señor. ¡Guardia Sánchez!

- Presente, mi Capitán.

- ¿Tú has detenido a este señor?

- Sí, mi Capitán, por orden de usted.

- ¿Qué dices? ¿Por mi orden?

- Sí, pues; en la casa de cuatro pisos. ¿Se acuerda, mi Capitán?

Usted me dijo: “Oye, Sánchez, aquí te plantas y al primero que baje te lo cargas”. Este señor fue el primero que bajó.

- ¡No, hombre! ¡No era éste; el otro, el que te enseñé el domingo!

¡El del cuarto piso! El dirigente de construcción civil. -Y luego, volviendo su respeto al Mayor: -Aquí hay un error de este guardia; lo arreglamos en un momentito, mi Mayor.

*

La mañana, recién parida, se abría luminosa y virginal. Era diferente a otras mañanas y yo también era diferente. Yo había cambiado; había dejado de ser el tipógrafo asustado que tomaron preso; porque, como me dijo el mulato: “Hay una pelea que vale la pena ... una pelea que tenemos que ganar”.

LA DUDA

Para la india que me amamantó.

1

Llovió toda la noche y los tejados han amanecido luminosos y alegres. Detrás de los eucaliptos en calma, el perfil de los cerros. Las calles salpicadas de charcos.

He llegado pesadamente hasta el cuartucho donde vivo y me desplomo sobre el umbral; se pierden mis ojos por los caminos de las nubes; se me afila el dolor dentro del pecho, debajo del hombro izquierdo.

"Muñeca", la gata blanca y negra que solía ronronear, otras mañanas, sobre mis rodillas, se aproxima hasta la puerta donde estoy y me mira, luego me olfatea, desgarra un maullido y huye.

Anoche, tus manos jugaron con las sombras en mis sueños; cuando tus ojos aproximaban su ternura, la pesadilla de siem-

pre los borró súbitamente y yo volví a verme acosado por los hombres que repetían la tortura para arrancarme hechos, circunstancias y nombres que yo me ejercito en olvidar.

2

Nos presentó el doctor León. Tu nombre: Liv Renard.

- Liv Renard -dijo- parece un seudónimo.

- El señor hace los empastes de mis libros -te informa el doctor León y tú me miras las manos.

- ¿Es su oficio?

Extiendo hacia ti mis manos encallecidas. Me miras fijamente entrecerrando los ojos.

3

Llegué a este pueblo que es el tuyo; cambié de nombre y de oficio. Las pesadillas que me destruyen pasan en un tiempo sin fechas.

Una tarde, mientras tomábamos café, el doctor León prometió a la amiga que nos acompaña: "Voy a prestarte un libro de Paul Valery".

Me ganaron los recuerdos y quise recuperar unos versos en francés; los dije en voz baja, para mí: "Où sont des morts les phrases familières ..."

- ¿Qué has dicho? -me preguntaste.

Y yo alarmado: -¿Dije algo?

En tu mirada, un reproche, una manera inmediata de no dejarme escapar. Tu aliento me roza la cara al preguntarme:

- ¿Quién eres?

En la prisión repitieron hasta el cansancio esa misma pregunta. Yo callé, como ahora. Los golpes me trajeron el desmayo y, al despertar, la pregunta martillaba la celda, destrozándome: ¿Quién eres?

4

Una noche, no hubo ni amenazas, ni gritos, ni golpes.

Yo estaba tendido sobre una mesa; uno de los hombres me levantó la manga de la camisa y me aplicó una inyección; sentí una tensión en el vientre y en las piernas, me fui hundiendo en una turbia indolencia. Los rostros de los hombres, amanojados sobre el mío, tomaron un color violeta encendido que cambió a rojo y se diluyó en azules; sus ojos saltaron de una a otra cuenca de sus caras; sus bocas se alargaron, se abrieron y cerraron en un orden de complicadas contorsiones. En el muro en sombras se inscribieron palabras que no supe leer.

Repentinamente, brotó una estrepitosa carcajada desde el fondo de mi cuerpo contraído. Los hombres también arran-

caron en carcajadas. Todos los rincones de la cárcel se despertaron en interminables carcajadas.

Al día siguiente, en la desgastada mañana de mi celda, yo intentaba reconocerme en todos mis detalles. Afuera se despertó una inhabitual agitación. Un preso común, de paso ante las rejas, me dijo:

- Oye, ahí están trayendo a un montón de tus camaradas; ya no van a ser solamente para ti las palizas.

Le respondí con una carcajada; el preso se asustó y se marchó de prisa. Llegaban en tropel rumores de voces y de pasos; un trajinar de sombras humilladas. Entraron dos guardias y me sacaron en vilo.

Uno de ellos dijo:

- Se les pasó la mano; lo alocaron.

En una oficina, me enfrentaron con un libro grande.

- ¡Firma aquí!

Me incliné; el libro se cubrió con mi saliva espumosa. Me derribaron de un golpe; para domar mi carcajada, me pusieron una mordaza.

- ¡Llévenlo y déjenlo lo más lejos que puedan!

5

Cuando desperté, sentía hambre y frío. Trigales de oro, colinas pardas bajo el sol de mediodía. Adolorido, me arrastré hasta alcanzar la sombra de un árbol y me tendí de espalda. Los recuerdos fueron llegando despacio: los efectos de la inyección, la llegada de los presos, mi salida; yo les daba vueltas y más vueltas; entonces surgieron flagelantes las preguntas: ¿Delaté, inconsciente, a los compañeros perseguidos? ¿Me arrancaron nombres, lugares, referencias? ¿El dolor quebró mi lealtad?

La duda me fracturó las sienes y me desmayé.

Cuando desperté, una india vieja acomodaba el poncho con el que me había cubierto. Nunca supe cuánto tiempo estuve bajo sus cuidados. Dejé la choza un atardecer; ella me acompañó hasta la carretera; ella no hablaba castellano, pero yo entendí el idioma universal de la compasión en la luz marchita de sus pupilas y en su maternal abrazo de despedida. Recordé las palabras de mi tía: "A ti te amamantó una india de Pulltumarca: tu mama Casimira".

Durante el largo viaje en ómnibus, renacieron los recuerdos de la cárcel y la duda se organizó y enraizó en mi cerebro.

6

Te acostumbraste a mis endurecidos gestos, a mis silencios repentinos, a mis sobresaltos, a mis palabras sin dueño.

Estábamos a la orilla del río. Te cubriste la cara con el libro que fingías leer y, en un susurro:

- Quiero que vengas a mi cuarto.

Acaricié tus cabellos y te dije: "No". Lloró en la tarde el eco triste de mi voz. Acariciaste mis manos sin apuro ... mis manos: acostumbradas a enfatizar mis clases y manejar la tiza; manos después endurecidas que no entibiarán tu deseo. Hicimos en silencio el camino de regreso; no hubo "hasta mañana" al separarnos.

7

Hago un esfuerzo y me incorporo. Apoyado en el quicio de la puerta en la cual me desplomé, miro el cielo más allá de las colinas; el viento juega con las ramas e inquieta a los pájaros. Me apena la indiferencia de "Muñeca", la gata. Dejo sin asegurar la puerta, entro en el cuarto en penumbra y me tiendo sobre el camastro.

El dolor se ensaña en mi pecho y resbala hacia abajo, por la axila izquierda. Mi brazo muere por su cuenta. Un sudor frío y pastoso me humedece. Te recuerdo.

Tardes sucesivas nos encontraron en "El Salas", el salón de la plaza de armas.

Ayer, nomás, saliendo de un silencio prolongado, me preguntaste:

- ¿De quién eres?

Hubiera querido responder a tu cariño sin futuro, pero yo no sé de quién soy. En otro tiempo sí lo sabía: era de mis alumnos, de mi familia, de mi Partido, de la aldea pequeña donde nací.

Hilvanabas tu llanto silencioso. Yo demoraba mi taza de café. A la salida, en un bazar, compré un muñequito de lana para ti.

- Lo llamaremos Reliv.

Tenías los ojos maternales al sonreír.

- Es sólo un muñequito; lo que yo quería ... tú sabes. Ya lo estuviéramos esperando. -Y, cambiando de expresión: -Quiero visitar a una amiga.

No fue larga la visita. Casi al despedirnos, llegó una niña, miró el muñequito y te preguntó:

- ¿Lo trajo usted para mí, señorita Liv?

Se lo entregaste. Ya en la calle, comenté:

- Qué pena, nuestro Reliv.

- No era el nuestro, te lo dije.

En tus pestañas, una lágrima se quedó temblando.

8

Oigo tu voz agitada.

- Es aquí, aquí vive.

Yo sé que tú y dos hombres (que estaban perdidos en el tiempo) me están mirando. Tú te sientas al borde del camastro. El hombre más viejo me levanta un párpado y dice:

- Está muerto -y agrega-, fue un camarada leal, señorita.

Yo todavía estoy prendido a la vida en sus palabras.

- Fue un hombre valiente y leal.

La última palabra rebota y se extingue: leal, leal, leal.

Se han borrado mis dudas. Me embarga un antiguo bienestar; como cuando tenía juguetes, como cuando la vieja india me cuidaba, como cuando tus ojos se llenaban de ternura.

Tienes mi ya tranquila mano entre las tuyas pequeñas.

Voy entrando en la piedad de las sombras y nada me tortura: ni la soledad, ni tu amor quebrado, ni la duda.

EL ENFERMERO

Con los ojos todavía cerrados, el señor López se esforzó por recordar.

Le propuso a su amigo que tomaran un taxi, pues habían bebido más de la cuenta, pero el amigo insistió que se encontraba lúcido y que conocía su automóvil y que en esa zona no había mucho tráfico. El señor López se adormeció en el asiento; poco después, en el estrépito, alcanzó a distinguir el ruido que hacen los vidrios al ser destrozados. No se dio cuenta que el automóvil se había enclavado en la vitrina de una zapatería.

Tuvo la sensación de haber despertado bruscamente. El mandil del hombre que lo estaba mirando era blanco como la paz del hospital.

- ¿Qué me ha sucedido, doctor?

- No soy doctor; soy el enfermero de esta sala. Usted no debe hablar ni moverse.

- ¿Y mi amigo?

El enfermero no respondió.

- ¿Ha muerto?

La expresión del enfermero era harto elocuente. El sueño borró la sala y el mandil blanco.

*

Un hombre arreglaba su maleta sobre la cama vecina; volvió la cabeza y sonrió al señor López que, entre sábanas, lo estaba mirando.

- Me voy; ayer me dieron de alta -el enfermero, al pasar, con ademán despectivo, dejó un papel sobre la mesita vecina. -Es mi autorización para salir, explicó el hombre; ¿se ha fijado? Un tipo raro.

- ¿Quién?

- El enfermero. Ya lo conocerá; le va a dar en qué pensar. Mientras los enfermos a su cuidado están mal, él los atiende maravillosamente y si mueren sufre como un pariente cercano; pero, si llegan a curarse, el enfermero se siente estafado y los ignora y los desprecia.

Terminó de arreglar su maleta y tomó el papel de sobre la mesa, lo leyó y lo guardó en su bolsillo.

- Adiós, amigo; espero que el enfermero se sienta estafado con usted, ¿me comprende?

- Sí, gracias.

El hombre se había ido cuando el enfermero llegó hasta la cama que ocupaba el señor López.

- ¿Ha dormido?

- Sí, creo que he dormido bien -contestó el señor López. El enfermero le colocó el termómetro. El señor López se dijo: "Parece un buen hombre y siente un afecto profesional por sus enfermos; ahora que si espera que los enfermos, por ser consecuentes y por no perder su afecto, se mueran a su cuidado, eso ya es otra cosa". Preguntó al enfermero:

- ¿Quién era el señor de esa cama?

- Un estudiante ... vino inútilmente.

El enfermero retiró el termómetro, lo miró a contraluz, hizo una anotación en la ficha clínica, arregló con diligencia las frazadas, palmeó el hombro del señor López y se retiró cauteloso.

El señor López pensó: "Yo no habré venido inútilmente". Transcurrió un buen rato antes de que su angustia se disolviera en la charca del sueño.

Mientras dormía, la cama vecina fue ocupada y, cuando el señor López despertó pudo ver el perfil abandonado y pálido de un niño. El enfermero dedicó toda la mañana a atender al niño con esmero. El señor López se consoló: "Mientras él se ocupe del muchachito, mi destino quedará en suspenso".

Vinieron días apacibles para el señor López.

*

Una mañana, ocho días después, el niño sonreía mirando la ventana que daba al jardín. El enfermero preguntó al señor López:

- ¿Sabe qué es lo que hace sonreír al chiquillo?

- No, ¿qué es?

- Observe la ventana.

El señor López levantó los ojos; las ramas de un árbol y un trozo de cielo se enmarcaban en la ventana.

- ¿No le parece que es la luz de la mañana?

- No -contestó el enfermero-. Es el jilguero.

Un pajarito amarillo y negro saltaba entre las ramas.

Por la tarde, el señor López vio pasar al enfermero llevando una jaula vacía.

A la mañana siguiente, el señor López fue despertado por la risa de una enfermera.

- ¿Se puede saber por qué está usted tan contenta?

- Ha sido el enfermero -explicó la muchacha-. A su edad, cazando pajaritos. Se trepó al árbol y se vino abajo. Lo hubiera usted visto: ¡ridículo!

Después del almuerzo, el enfermero entregó al niño la jaula en la que revoloteaba el jilguero. El niño hacía señas al pajarito y le hablaba; abrazó la jaula y reclinó contra ella su mejilla; en sus ojos aleteaba la alegría. El enfermero, de pie cerca de la cama del señor López, contemplaba al niño.

- Es el jilguero que ayer estaba en el árbol. Anoche puse pega en la rama y me dio resultado. Pero me costó un porrazo.

*

El señor López se sintió muy triste la mañana que se dio con la cama vacía. Había dormido profundamente y no se dio cuenta del apagado trajín que durante la noche se desarrolló en torno a la cama del niño; pero, se imaginó el trabajo de los médicos, el ritual del sacerdote, el rodar de la camilla y el pequeño ataúd.

A los pies de la cama estaba la jaula vacía. Pasó el enfermero vestido de negro. "Viene del entierro" se dijo el señor López. Cuando el enfermero regresó, ya con el mandil blanco, el se-

ñor López le preguntó:

- ¿A qué hora sucedió?

- Antes de medianoche. Todavía sonreía ... como cuando jugaba con el jilguero -suspiró e hizo un gesto de desconsuelo. Se acercó al señor López; le tomó la temperatura y el pulso; hizo una anotación en la ficha y leyó atentamente las instrucciones del médico.

López apenas podía soportar la angustia: "Ahora me toca a mí; descubrirá mi gravedad; me dedicará todo su afecto y volverá a ponerse su vestido negro".

- ¿Cómo ... me encuentra usted ... amigo? -preguntó tímidamente.

El enfermero lo miró con profundo desprecio y se alejó sin responderle.

El señor López cerró los ojos y se recostó sobre la almohada, relajado.

Una alegría irrefrenable lo invadía.

EL GRITO

Andrés ensilló al Manchao y partió al atardecer.

Desde el fondo del valle hasta el pueblo serrano, un nido entre colinas, allá arriba, se llega en siete horas a caballo.

El camino pasa frente a la casa-hacienda, baja perfumado de retamas, cruza el río por el vado y sube abrazado a las rocosas faldas del cerro hasta enfriar su cascajo en las alturas.

Era fresca la noche alocada de estrellas. En la diafanidad del cielo, Cerro-negro recortaba su perfil de piedra.

Andrés recordó la leyenda de aquel asesinato: uno de los abigeos denunció a sus cómplices y éstos fueron a dar a la cárcel. Salieron tiempo después, buscaron al delator y lo encontraron justamente en Cerro-negro. Sordos al sufrimiento, le dieron de palos hasta quebrar sus huesos; cuando lo arrojaron al abismo desde la cumbre de Cerro-negro, la víctima quiso agarrarse a la vida con un desesperado grito que estremeció la noche de luna llena. Por eso, dicen que en los plenilunios se

repite el alarido y quien lo escucha enloquece. Así, nadie ha podido contar cómo el grito rueda por el cerro ennegrecido, ni cómo se desgarra entre las pétreas aristas afiladas por el viento y la lluvia, ni cómo se opaca enloquecida la luna llena.

La cuesta todavía no acentuaba su fatiga cuando saltó al camino un pacha-zorro. El Manchao se detuvo, arqueó el pescuezo llevando las orejas hacia atrás, pero, dócil a la espuela, siguió con tembloroso paso. Dio un salto el pacha-zorro, corrió un trecho y se detuvo para volver a correr. Una y otra vez el Manchao asustaba al pacha-zorro.

Andrés desmontó, cogió unas piedras y las fue disparando contra el pacha-zorro hasta que los ojos chispeantes se apagaron en las sombras.

Andrés ajustó la cincha, cruzó los estribos sobre la montura, dio unas palmadas en el anca del Manchao y fue caminando detrás de su cabalgadura que avanzó despacio.

Súbitamente, se iluminó la noche. Detrás de la "fila" lejana de los cerros, reventaba la alegría redonda de la luna. El río, abajo, soñaba con barcos de papel y con guitarras, entre el valle caliente de verdes taciturnos. Sobre la luna, arriba, muy arriba, negras nubes recortaban fantásticas figuras.

El paredón de Cerro-negro emerge repentino, desafiante con su oscura pizarra desgarrada por signos dolorosos, bajo el callado plenilunio.

Andrés presintió el grito, el alarido angustiado de la fatídi-

ca leyenda y sintió miedo del grito enloquecido que aloca a quien lo escucha; su caballo iba delante y corrió para alcanzarlo; el Manchao apresuró su trote; su dueño se detuvo y el caballo lo imitó, para volver a trotar cuando Andrés lo siguió. "Puede venir el grito a confirmar su historia", pensó Andrés y corrió en pos de su caballo y corría el caballo y el grito nacía entre las grietas y Andrés jadeaba en el terror de su carrera y jadeaban sus espuelas metálicas, huyendo.

Al fin, en la cumbre, una tranquera detuvo al Manchao y terminó su juego y Andrés, desfalleciente, retiró las trancas y montó de prisa y castigó al caballo y retumbó un galope abierto y a su espalda Cerro-negro iba hundiendo su horror entre colinas.

Andrés, en su carrera, no pudo evitar que su sombrero alto, de palma, rozara las ramas de los lanches; millares de palomas torcaz lo envolvieron en una oscura nube clamorosa; hundió nervioso las espuelas y el Manchao corrió y corrió.

Las luces del pueblo asomaron más allá de las colinas, Andrés sofrenó al Manchao. Una bandada de pajaritos blancos volaba sobre los trigales; revoloteaba jugando con las almas de los niños muertos. Desde la concavidad de las distancias, llegaba un rumor sedoso. Era el suave sonido de las hoces que segaban los trigos y animaba la canción de la cosecha:

Arriba segadores

de estos trigos.

Palomita,

palomitaaaaaaaa ...

Y la canción esperanzada y la luna que corría entre las nubes y, en el amanecer, Cerro-negro a solas con su grito.

LA DOCTORA CATALINA PILCO

PROLOGO

Catalina estaba sentada sobre la cama, desnuda como solía acostarse; tenía entrelazados los antebrazos sobre las rodillas; su mirada vagaba por las sombras del dormitorio. Su marido despertó y la contempló en silencio; acarició su cadera y la piel tersa y trigueña de su espalda y envolvió entre sus dedos su renegrida cabellera que le cubría la espalda. Catalina se dio vuelta y extendió su cuerpo sobre el de su marido. Él besuqueó el lunar que ella tenía en la mejilla. Los besos de Catalina tenían la salobre humedad del llanto.

*

El marido permaneció despierto contemplando las líneas delicadas del rostro de su mujer, más bello en la penumbra. "Pero si es una india" era el comentario entre la gente acomodada del barrio en que vivían. Ella se sintió siempre, si no orgullosa, serena ante el origen de su carne y eso era lo que de ella más admiraba su marido. Lo que ahora lo desvelaba era

la escasa comunicación de los últimos tiempos entre ellos. Él había intentado conversar de esa soledad en compañía; ella se lo había impedido: "¿Qué dicen sobre esto tus manuales de psicopatología?".

El marido de Catalina encontró, a la mañana siguiente, sobre la mesita de noche, una nota: "Me comunicaré contigo en cuanto me sea posible". La ausencia de la doctora Pilco se prolongó por dos, tres semanas; su marido comenzó a buscarla.

HABLA EL MEDICO JEFE DE SALA

Sí, recuerdo el día en que su esposa llegó al hospital, a poco de graduarse; iniciaba su carrera en mi sala. No trabajamos precisamente juntos; ella venía a verme cuando necesitaba orientación. Un colega comentó: "Catalina dice que usted es su ídolo"; me gustó, naturalmente. Yo tuve la culpa de que ella se alejara. Verá usted: estábamos en la cafetería del hospital; la noté deprimida, "¿Pasa algo, Catalina?"; y ella, exaltada: "¿Qué diablos estamos haciendo como médicos? Todo en el hospital es una porquería ... ". Y enumeró con ejemplos y argumentos, lo que ella consideraba descuidos criminales, derroche, privilegios, robos, sobornos, incompetencia, abusos, inhumanidad ... en fin, lo que ella resumió en dos palabras: "una mierda". Yo le acaricié el lunar de su mejilla: "Ya se acostumbrará, doctora -le dije-, usted todavía es una chiquilla". Ella se mordió los labios (lo recuerdo) y palideció. Créame, nunca me he perdonado esa estupidez de mi parte y no tuve la oportunidad de borrar la frustración que debí causarle. Me gustaría ayudarlo; téngame al tanto de sus gestiones, por fa-

vor; y hable con la enfermera que trabaja en su sala.

HABLA LA ENFERMERA

Así es, yo trabajo con ella y nos llevamos muy bien; salvo en los últimos tiempos. ¿Quiere decir que no va a regresar? Ah, por el momento. ¿Qué puedo decirle? Claro, en su calidad de esposo. No sé. Déjeme recordar. Sí, hay algo, pero no sé si debo decirlo ... es casi un chisme. Me preocupó, pues no era lo corriente, pero yo confío en la doctora. Verá usted: no se puede decir que fuera un paciente ... un hombre de edad; siempre serio; triste, diría yo. Llegó con una carta. Vino todas las semanas, durante un tiempo. No, la doctora no lo derivó; ella, creo, guardaba su historia clínica en su escritorio, lo que no está permitido. El hombre dejó de venir por un tiempo. Nunca vi tan contenta a la doctora como cuando regresó. Ellos conversaban mucho; el hombre traía libros ... no, no están aquí. La última vez, la doctora lo acompañó hasta la puerta del patio ... el hombre le acarició con el dedo índice el lunar de su mejilla. Ella regreso a su escritorio y allí se estuvo triste, ignorando mi presencia. No volvió. Sí, recuerdo su nombre: Diego Castillo. Hable usted con la secretaria, también eran amigas.

HABLA EL ABOGADO

Me alegra. Yo debí promover una conversación con usted en previsión de malos entendidos. Usted no lo entendería, pues no frecuenta nuestro grupo. No hubo nada entre nosotros ... Sí, comprendo. ¿No es eso lo que le interesa? ¿Cómo, me dice que Catalina ha desaparecido? ... ¡No puede ser! ¿Ha ido a

la policía? ... Bueno, dejémoslo para después ... Quiere usted descubrir algunas motivaciones de Catalina, ¿verdad? Es curioso, usted, el esposo ... Así es, era en mí la misma atracción que todos sentían ... Usted tiene que saberlo mejor que nadie; eso de india, extraordinariamente fascinante ... soy sincero. Lo reconozco, en nuestro grupo ella era lo extraño apetecible. Usted lo sabía, supongo; su esposa estuvo bebiendo más de la cuenta y eso creó situaciones ... Yo intenté comprenderla, me pareció que ella se apoyaba en mí, que me necesitaba ... una situación ambigua. No, no fue simple curiosidad; fue por efecto; yo la dejaba hacer; hasta que ... una imprudencia que después he lamentado seriamente, créame ... yo había bebido un poco, no me controlé. Catalina fue muy considerada; era diferente; es médico ... pero fue muy dura. Ahórreme detalles, se lo ruego; allí quedó todo; ella me permitió darle satisfacciones; comprendió y lo olvidó, pero ya no fue la misma. Dejó de beber y de frecuentar nuestro grupo. Pero, dígame, ¿no se dio usted cuenta? ¿No cree usted que ella estuvo enferma? Comprendo: no se hace psicoterapia con la esposa. Yo quiero ayudarlo; volveremos a vernos.

HABLA LA SECRETARIA

Bueno; sí, en realidad, yo atiendo la parte administrativa de varios consultorios; con la doctora Catalina era algo especial; era mi preferida; su trato, su corrección, su sentido humano, su valentía; sí, me encantaba; a su lado, me sentía segura y aprendía; nada de complicaciones, nada de mediastintas ... Disculpe; disculpe, no estoy insinuando nada; usted también ha trabajado en hospital, conoce.

Este es su estante metálico, aquí tiene las llaves; no, no lo he abierto. Sí, son sus libros; en otro lado tiene los de medicina. Aquí leía estos: filosofía, literatura ... ¿Que cómo lo sé? Porque ella me hablaba de sus lecturas, me explicaba ... no quiero ir más allá sobre esto. Éstos, los "Escritos Militares" y este es su preferido: la "Historia de los Macabeos". ¿Sabía usted que ella se quedaba aquí, después de su trabajo, leyendo, dos o tres horas? Aquí no entró nunca otra persona; no era consultorio. Nos ayudaba en todo, especialmente al personal de servicio; en la huelga, se portó muy bien. La queríamos. Volverá, ¿verdad? Yo la echo mucho de menos.

HABLA LA CUÑADA

Hermano, no pensarás que yo tengo algo que ocultar. De ella, no; quédate tranquilo. Puede ser cuestión de trabajo; mañana la tenemos por aquí ... qué digo: cuestión de trabajo ... un paciente en particular ... podría ser; ahora que recuerdo. Pero, ¿qué es lo que quieres saber? ¿Detalles, detalles que te descubran estados de ánimo? Bueno, lo que dije antes: un paciente en especial. Déjame ver; es un poco violar la privacidad. Lo recordé de pronto. Verás: hace unos meses; no sé bien, ella estaba esperando un llamado de larga distancia; no sé de dónde. No se dio cuenta de mi presencia y yo pude escuchar; me intrigó y por eso puedo recordar lo que dijo: "Quiero hablar con el señor Diego Castillo ... ¿no está? ¿cómo dice, ha muerto? ... ¿cuándo? Sí, yo soy, yo era su amiga, Catalina Pilco. ¡Ah! Es usted su hermana ... él le habló de mí ... Siga usted, por favor, cuénteme ... Gracias ... La volveré a llamar". Catalina colgó el fono y se puso a llorar; se acariciaba el lunar de su mejilla. Cuando esa noche bajó a comer, llevaba anteojos ahumados

y estaba muy pálida. Yo pensé que era un paciente especial, pero, como fuera, traté de olvidarme.

LOS RECUERDOS DEL ESPOSO DE CATALINA PILCO

Era mi segundo año en la cátedra y, para ella, un curso semestral conmigo. Al principio, calificaciones muy buenas; de ahí que me llamó la atención que bajara su rendimiento. Ella había pedido consulta psicológica y entró en mi consultorio con expresión desconfiada; creo que ni me saludó; tomó asiento y me miró vagamente.

- He sido violada -dijo al fin.

Silencio.

- ¿No me dice nada?

- Interesante.

El color de su rostro se hizo cenizo; se mordió los labios.

- Tal vez me equivoqué al venir.

- Eso es asunto suyo; ¿qué año cursa?

- Noveno ciclo.

- ¿Hizo la denuncia ante la policía?

- La policía funciona con los delincuentes sin recursos, no con las autoridades de la Facultad.

- Será porque los delincuentes no se han graduado. Pero, ¿no está usted haciendo acusaciones?

- No he venido a hacer acusaciones; estoy aquí porque me siento mal. Como profesor usted es bueno; como psicólogo ...

- Tranquilícese, ¿por qué dice que se siente mal?

- Tengo dolores de cabeza; zona parietal; debilitamiento de la visión; un ligero temblor en la mano izquierda. He pensado en una conversión.

- Doctora, deje el diagnóstico de mi cuenta.

- No soy doctora.

- Bien, comencemos ...

Seis meses después, ella había recuperado la alegría de vivir, la dignidad y el entusiasmo por sus estudios.

Dos años después se graduó y comenzó a trabajar en el hospital. Yo la veía con frecuencia en la cafetería en los ratos de descanso y me recreaba con su belleza india. Ella venía de la Sierra y la ayudaban unos parientes. Una mañana, ella estaba sola, bebiendo su café.

- ¿Me permite?

- Con gusto; siéntese. Usted me atendió, ¿recuerda?

- A usted la recuerdo. He olvidado el tratamiento.

- Muy psicólogo.

Terminé mi taza de café y, sorpresivamente, le pregunté:

- ¿Quieres casarte conmigo?

- Sí -respondió sencillamente y el sorprendido fui yo.

- No estoy bromeando.

- Yo tampoco.

Me incliné para besarla. Meses después, nos casamos.

- Quiero hacer la especialidad de salud pública.

- Poco rentable, ¿no te parece? Una especialidad cautiva.

- Así es; pero, me da la oportunidad de hacer algo por la comunidad especialmente en la Sierra.

- ¿Estás pensando en tu pueblo?

- Mi pueblo es más que una zona geográfica. Tal vez no lo entiendes porque tu manejas casos, no ves lo social.

- No, exactamente.

Ya entonces se quedaba más tiempo en el hospital; cuando le pregunté la razón, me dijo:

- Estoy dedicada a la lectura; no precisamente de salud pública. Hay tantos problemas ... quisiera comentar mis lecturas contigo; podríamos ...

- No tengo tiempo -no percibí adónde quería llegar. Un error de mi parte. Vino una etapa en que, algunas noches, presentaba signos de haber bebido. "Es peligroso jugar con el alcohol" le advertí, "incluso los tragos de compromiso".

- Los compromisos son indicadores de movilización en la escala social -no quise seguir la conversación.

Una noche la llamaron de urgencia por teléfono. "No me demoro" me dijo; pero, no fue así. Regresó al amanecer, demacrada, cansada, tensa. Se recostó vestida, a mi lado en la cama.

- Voy a decirte algo, sin que necesariamente te convierta en mi cómplice -su voz tenía un timbre extraño; apretó su cuerpo al mío-. Vengo de hacer una visita médica clandestina. Un primo mío (nunca te hablé de él) vino del norte y se incorporó a las guerrillas. Ayer, dos de sus camaradas lo trajeron herido a casa de un familiar. Cuando yo llegué, ya no había nada que hacer; sólo un certificado falso de defunción.

- ¿Qué representaba para ti? -le pregunté sólo para evitar el silencio dolido en el que ella caía.

- Creo que la esperanza. Lo admiraba. Nos criamos juntos en el campo, como lo que éramos: indios. Él estaba en la Universidad cuando puso sus ideales en un platillo de la balanza y en el otro puso su vida como garantía ... ahora la ha perdido. Yo también he perdido otro amigo de este tipo, un hombre viejo, víctima de cáncer.

Reclinó su cabeza sobre mi pecho y lloró hasta quedarse dormida. Yo no comprendí lo difícil de su situación. Lo tomé como algo accidental dentro de los riesgos de su profesión.

Ella había dejado de beber.

En los últimos tiempos yo tenía mucho trabajo; ella, en el hospital y en sus lecturas. En verdad, era muy pobre la comunicación entre nosotros.

EPÍLOGO

El abogado llamó por teléfono al esposo de la doctora Catalina Pilco: -Hay algo de mucho interés -le dijo y lo invitó a una reunión, con la recomendación de que no interviniera en la conversación, en espera de aclaraciones posteriores.

En la reunión había algo más de diez personas. Después de los saludos y las presentaciones, el abogado y el esposo de Catalina permanecieron de pie, junto a la puerta de entrada de la sala.

- Bien -era una mujer que continuaba una conversación ini-

ciada antes-, les decía que estábamos enterados de que en algún momento atacarían la casa-hacienda, pero todos le restaron importancia. Mi hermano nos explicó: "No es la primera vez, ni será la última; en lo que tenemos de República han habido levantamientos indios por cientos y todos ellos fueron aplastados en cuestión de días. El Gobierno ha dicho que se trata, en este caso, de grupos de abigeos de los cuales darán cuenta los puestos de la guardia civil".

Con los ocho peones de la hacienda, bien armados, y los guardias del puesto que cuidaban la hacienda, todos nos sentíamos seguros. Mi cuñada y sus hijos vinieron a la ciudad por razón de los colegios; yo me quedé con mis dos hijos. Yo ayudaba en la administración de la hacienda; tenía a mi cargo el control de la fabricación de aguardiente y estábamos en plena zafra.

- ¡Fue espantoso! Los vimos descender por el cerro de enfrente, al otro lado del río y nos atacaron entrada la mañana.

No sé cuánto duró la balacera; para mí fue una eternidad; vi caer a algunos de nuestros hombres y también a los de ellos. Mis hijos gritaban y tenían náuseas. Mi hermano vino a vernos y nos trasladó, junto con los sirvientes de la casa, al granero de atrás. Mi hermano tenía manchas de sangre en la camisa. Yo le pregunté: "¿Son abigeos?" y él sofocado: "¡Qué va! Es otra cosa; esto es el fin; nos engañaron esos políticos de mierda". Salió y no lo volví a ver. Estallaron dos o tres bombas y después de algunos disparos aislados, todo quedó en silencio.

Desde donde estábamos, a través de la pared de quincha, entre las cañas, yo podía ver la sala grande, vacía, que estaba en refacción y que era el depósito. Allí fueron trayendo y acomodando los cuerpos de los heridos.

Y aquí viene lo más impresionante:

Entraron tres hombres que, sobre sus ropas de campo, se pusieron mandiles blancos y atendieron, con sus equipos médicos, a los heridos. Mucho me sorprendió que atendieran primero a los guardias y a los peones de la hacienda, heridos; antes que a los heridos de su propia gente. El médico al que yo veía claramente, porque estaba cerca de la quincha que nos separaba, llevaba una gorra alta y abultada y los rasgos de su cara trigueña eran marcadamente indios pero muy delicados. Cuando terminó su tarea, el médico se quitó el mandil blanco, con asombro observé su busto; se quitó la gorra y su cabellera abundante y negra cayó sobre su espalda; en su cara descubrí un lunar que le agraciaba sus rasgos. Me sorprendió mucho que el médico de los guerrilleros fuera una mujer ... ...

La señora continuó con su relato. El esposo de la doctora Pilco tomó del brazo al abogado y lo llevó a la habitación vecina.

- Le agradezco -le dijo-. Debí haberlo sospechado; ahora queda aclarado.

- ¿Qué piensa hacer? -le preguntó el abogado.

- No lo sé -fue la respuesta.

MALDAD

Aquella vez fuimos malvados. En el recuerdo, aún pasados tantos años, perdura ese amargor irremediable.

Éramos niños entonces. La tarde se iba por los cerros dejando en los tejados su despedida bermeja. El alumbrado eléctrico pronto intentaría su mezquino trabajo en cada esquina.

Estábamos, en patota, a la puerta de la bodega y nos negábamos, como todas las tardes, a terminar el día. Con activa indiferencia, el chino Aguirre atendía su negocio. La gente que entraba y salía nos miraba con ojos expertos en sospechas y apenas contestaba nuestro falso saludo.

Doña Zoila, envuelta en su chal azul-marino, junto al mostrador, contaba con precaución unas monedas. Ella vivía en nuestro barrio; por su culpa, mi abuela me reprendió muchas veces:

- ¿De dónde sacas eso de la mula? Debes llamarla doña Zoila.

Pero la beatita Carmen nos lo había explicado: "Doña Zoila se vive con el cura; por eso es la mula. Está en pecado".

La palabra pecado fue de las primeras que aprendimos; llenó de sombras nuestra infancia y doña Zoila cruzó con su misterio entre esas sombras.

Doña Zoila tenía un hijo; el "sobrino del cura", según nuestra maestra. El señor cura, alto, delgado, enfermo de rituales, llamaba al niño por su nombre, a doña Zoila decíale señora, y a los dos los miraba con una expresión detenida, tierna y lejana ante cuyo desencanto se quebraban las preguntas.

Aquella tarde, doña Zoila esperaba que la atendieran. Al verla, el Piti la anunció opacando su voz:

- Miren, allí está la mula -y luego, con los ojos brillantes: -¿Se acuerdan de lo que nos contó el Zambo?.

Lo recordábamos: si se cubre con un sombrero la huella que en la tierra deja el pie de esas mujeres y se reza una oración, la huella se convierte en el rastro que deja una mula.

Zambo lo había jurado besando dos de sus dedos puestos en cruz:

- ¡Por vida! El casco de una mula.

Y había que creerle; su tío era guardia civil y sabía de esas cosas.

Dos viejas, al salir, miraron a doña Zoila e hicieron un gesto malvado con sus bocas. Doña Zoila se acercó al mostrador.

Mario nos indicó con ademán disimulado la huella del zapato sobre el piso de tierra, junto al costal de coca.

- Pásame el sombrero.

Andrés, tras una duda, le entregó el sombrero.

Nos fuimos acercando al costal de coca, despacito, con las manos a la espalda, como mirando la estantería. El chino atendía a doña Zoila.

Nos pusimos en cuclillas. Cubrimos la huella con el sombrero. Miramos alrededor. Nos miramos inquietos. Esperamos. Julio levantó el sombrero. Nada. Era la huella del zapato.

- Falta el rezo -la voz de Guillermo, apenas un susurro.

Colocamos otra vez el sombrero: "Bendito y alabado sea ... ". Nuestras miradas revoloteaban devotamente sobre el sombrero, mientras rezábamos; nuestras manos amasaban su impaciencia. Mi primo Walter levantó el sombrero y nuestras miradas se arracimaron, pero allí seguía, igualita, la huella del zapato.

- De nuevo ... tápala de nuevo ... más bien un Ave María.

No le hicimos caso al Pashoncito. Con los ojos agrandados y la boca entreabierta, Piti miraba sobre nuestras cabezas;

seguimos por el aire su mirada; apoyada la espalda sobre el mostrador, caído su chal azul-marino, doña Zoila nos contemplaba desde el fondo de sus lágrimas. En ese rostro elemental y dolorido no había un solo gesto; doña Zoila, un rosal bajo la lluvia, lloraba simplemente y toda la melancolía de la tarde se deshizo en llanto.

Salimos de la tienda reculando encogidos y nos dispersamos callados.

El crepúsculo se apretaba en remordimientos.

EL SACRISTAN

Tras dos años de ausencia, Hilario regresó a su casa.

Su mujer apareció a la puerta; él le puso las manos sobre los hombros, a modo de saludo; entraron.

- Más bien te doy de comer. Hambre estarás trayendo.

- Bueno, pues -Hilario se acomodó en un banco pequeño de tronco de palmera, sin dejar de mirar el abultado vientre de su mujer en avanzados meses de embarazo; ella trajinaba entre el fogón y la mesa.

- Un poco de plata estoy trayendo. Si alguien estuviera vendiendo un terrenito.

- Aquí arriba, el Santiago está vendiendo.

Hilario relataba sus trabajos en la costa mientras su mujer arreglaba pellejos y ponchos que servían de cama.

- Aquí las cosas no han cambiado.

- Pero tú has cambiado -dijo Hilario.

- El duende del puquio ha sido, de seguro; cuando fui a lavar la ropa -la mujer se sostuvo el vientre con las manos.

- Será, pues. El duende te empreñó como a las otras.

*

- Así no más es, señorcito. (El hombre foráneo tomaba nota de lo que la vieja campesina le narraba). El duende del puquio tiene la culpa; llega una mujer sola a lavar su ropita y, vea usted, ahí no más que el maldiciado la embaraza. ¿Qué pasa con el hijo, pregunta usted? Verá usted: al nacer, en un saco lo reciben sin que la mamá ni nadies lo vea; porque, si lo dejan vivir, hartas maldades ha de hacer: mata, roba, hace pelear a las gentes. Como le iba diciendo, después, el marido o alguien otro machaca duro el saco con una piedra; lo deshacen al mal nacido y van y lo entierran. ¿En dónde? En cualquier sitio; para más mejor a la orilla del puquio donde está su papá. No, señor, el marido nada reclama; bueno estuviera, si su mujer nada culpa tiene; el duende del puquio nomás. No. La gente también nada dice. Todo olvidamos. Para qué, pues, perder la tranquilidad.

*

Al salir de la casa, Hilario recogió una piedra grande. Al llegar al cruce de caminos, en lugar de tomar la senda que lleva

al puquio, tomó el camino hacia la aldea y arrojó la piedra.

El hijo de la Rosaura murió al nacer, igual que los anteriores; Rosaura estaba vieja; sabía que no vendrían más.

Hilario entregó a Rosaura el saco que traía en brazos, acunándolo.

- Entonces, me lo irás criando -le dijo, como refiriéndose a algo convenido de antemano.

La mujer extrajo el cuerpo tibio y sanguinolento del recién nacido; movió la cabeza con desaliento; se abrió la blusa y le ofreció su pecho; la boca del niño se prendió ávido del pezón.

*

Hilario se alcoholizó y murió años después. El hijo de la Rosaura (así fue aceptado en la aldea) era un muchacho enclenque y ensimismado; hablaba a solas haciendo extrañas gesticulaciones; en los bolsillos de su pantalón remendado guardaba piedrecillas de colores, insectos muertos, el trompo y las canicas.

- Creo que el Segundo es un gafo, un retrasado mental - diagnosticó la maestra y recomendó a Rosaura: -Sería bueno que lo pusieras a trabajar en algo fácil.

*

El cura Juan de Dios llegaba a la aldea de cuando en cuando

para oficiar misas de fiesta, bautizar, confirmar, responsos en los entierros y, rara vez, un matrimonio. La maestra le pidió:

- Si usted encontrara algo en que el Segundo pudiera ocuparse. Es tonto y no da para mucho.

- Déjeme ver ... lo ponemos de campanero; que ayude a doña Rosarito en la casa parroquial, que limpie la iglesia. ¿Qué dice?

El cura aplicaba pomposos nombres a una realidad miserable.

*

- Las cosas que está aprendiendo el gafo. Increíble -comentó la maestra.

Segundo tocaba la campana pequeña colgada del techo de la ruinosa capilla al amanecer y a la puesta del sol; tenía todo en orden y limpio y se interesaba vivamente en el ceremonial de la misa. Observaba los movimientos del sacristán; imitaba, meticulosamente, todos los ademanes; retenía en su memoria el texto de las oraciones y las frases litúrgicas. La Rosario comentó estas cosas con el cura y éste habría de recordarlo cuando el viejo sacristán, tuberculoso ya, no pudo ayudarlo en su ministerio.

- Oye, Rosarito, ¿crees que el gafo podría ayudarme a decir la misa?

Se lo aseguro, padrecito.

Segundo se convirtió en sacristán.

*

- Esto va para largo; ya debía estar lloviendo. Y el bendito cura que no viene.

- Mandó decir que estaba enfermo.

- Sin misas, será otro año de sequía si el cura no se sana.

En el cielo azul intenso se desgarraban solitarias, pequeñas, altas nubes blancas. Al anochecer, la capilla se colmaba de humeantes velas y de plegarias fervorosas.

- Encomendémonos a San Isidro Labrador.

- Sordo se habrá vuelto el santo, ¿diga usted?

El arroyo traía apenas un hilito de agua; el suelo se agrietaba; el viento traía polvo que amarillaba los árboles ajados; la peste se llevaba los animalitos. Se perdían las miradas en un cielo sin nubes, vacío de pájaros. Y no venía el cura para oficiar las misas que los santos esperaban.

*

- Vea, doña Rosaura, usted tiene que ayudarnos, hemos pensado.

El viejo carpintero miró a los otros hombres que, cabizbajos, daban vueltas entre las manos sus sombreros de junco.

- Hemos pensado ... usted sabe, la sequía y el cura que no viene ... esto es grave -intervino el tendero:

- Tenemos que rogarle a Dios; usted sabe que a usted le pedimos que su hijo diga misa -aclaró el yerbatero:

- ¿Que el Segundo diga misa? ¿Están locos? -doña Rosaura estaba alarmada-. No están hablando en serio.

- Bien en serio. El muchacho sabe cómo hacerla.

- Eso es pecado -se defendió Rosaura. Conmigo no cuenten.

Al día siguiente, el gobernador le habló al sacristán. Por la mañana, Segundo dio muestras de temor; en la reunión de la tarde, rió idiotamente. Al fin, aceptó oficiar la misa.

*

Cuando Segundo, con las vestiduras sacerdotales, dio cara a los feligreses, abrió los brazos y dijo: "Oremos", a doña Rosarito se le escapó un "Dios mío".

- Cómo se le parece -susurró la mujer del gobernador al oído de su marido.

Y después, fuera de la capilla, la gente soltaba la lengua: "Si es su vivo retrato", "Yo lo había notado hace tiempo", "Vaya uno

a fiarse de los curas", "Qué dirán los santitos".

El cielo comenzó a nublarse. En la tarde cayó una lluvia alegre y consistente; un olor a estiércol y tierra mojada se extendió por la aldea.

Los días que siguieron; al pasar Segundo por las calles, la gente mayor le sonreía afectuosa, le decían hijito, gafito, Segundito; los chiquillos le gritaban burlones: "Padrecito sécula seculorum", "Cura ora pronobis", "Gafo mísero".

*

Una semana después de aquella misa, el cura Juan de Dios se hizo presente. A los aldeanos reunidos a la puerta de la capilla les habló iracundo:

- Han ofendido a nuestro Señor, pandilla de sacrílegos. La maldición divina caerá sobre sus cabezas y las cabezas de sus hijos; siete años de sequía azotarán los campos y ustedes se morirán de hambre -con voz trémula, enumeró castigos y habló del anticristo-. Un gafo -gritó-, un imbécil ha profanado este santuario. El Señor no calmará su ira y su furor. Yo me voy. No volverán a verme. No me llamen, impíos, desdichados.

Siguieron días de oscuros arrepentimientos, de incontrolable angustia, de pesadillas, de acusaciones, de borracheras a escondidas. El gobernador se cruzó en la calle con Segundo y le encajó un feroz puntapié; el carpintero le rajó la cabeza con una tabla; los chiquillos lo persiguieron a pedradas; la

maestra lo miró con mucha pena.

La pequeña campana, colgada en el techo, no volvió a tañer.

*

A eso de la medianoche, hombres con las cabezas envueltas en bufandas, a los gritos de "muera el anticristo", atacaron la casa parroquial, sacaron a Segundo y lo despedazaron a la puerta de la capilla.

Rosaura, antes del amanecer, metió en un saco los despojos de su hijo. Con el pesado fardo al hombro y con una pala en la mano, tomó el sendero que sube a orillas del arroyo y llegó al puquio y allí cavó un hoyo, y enterró el saco y regresó a la aldea y se estuvo llorando.

El cielo se engordaba con negros nubarrones.

EL DOCTORCITO

- Estas coronarias me están trabajando mal.

La paciente lo miró alarmada. El doctorcito le tomó el pulso, le hizo un examen de fondo de ojo e introdujo la mano debajo del sostén.

- Estas palpitaciones ... -dijo, mientras acariciaba el pecho presionando el pezón.

- ¿Cómo me encuentra, doctorcito?

- Bueno ... usted es joven; veintiocho años me dijo, ¿no? (le volvió a tomar el pulso con detenimiento impresionante). ¡Ajá! Su esposo está ausente, ¿verdad? Déjeme hacer ... por el momento, una inyección ... acomódese.

Después, la paciente no se explicó lo sucedido; el doctorcito le había hecho el amor y ella lo había disfrutado. No fue necesaria una receta.

*

Los abuelos del doctorcito venían de una antigua familia de petateros, vecinos de un pueblecito distante, que comerciaban con San Jorge a través de intermediarios. A la casa del boticario llegó (cuenta la gente de esos tiempos) uno de esos petateros y le dejó a su hijo: un muchacho flaco, silencioso, de unos ocho años, de ojos maliciosos y piel clara. La familia de petateros desapareció, nadie sabe cuándo ni cómo.

El boticario de San Jorge y su mujer, que no tuvieron hijos, criaron al muchacho, que creció detrás del mostrador de la botica y aprendió los pormenores del negocio. Murió el boticario y murió su mujer, el muchacho heredó la botica, se hizo hombre y se casó con Elena, mujer de mucha plata y que tenía, a decir de sus parientes, "un turbio pasado".

Meses después, nació el que, pasados los años, sería el doctorcito.

La madre lo utilizó para compensar los sueños frustrados de su juventud y el hastío de su vida pueblerina y vacía. El padre quiso que fuera lo que él no pudo ser: farmacéutico. El hijo había heredado, junto con los rasgos de indio-blanco, el resentido aislamiento del padre y la codicia caliente de la madre; creció sin amigos y jamás preguntó por su verdadera familia.

Estuvo siete años en Lima; no pasó el primer año en la Universidad y regresó a San Jorge a la muerte de su padre (su madre murió un año antes).

Dueño de la botica, dedicó sus horas de solitaria ociosidad a memorizar la literatura de los productos farmacéuticos y a hojear los vademécum de medicina. Había escuchado decir: "Hay que terminar con la nociva superstición de que la medicina cura" y él aplicaba la sentencia a su manera. Descubrió que, sugestionando al enfermo con la palabrería aprendida, cualquier remedio era bueno, ya que el paciente se curaba o se moría por su cuenta; descubrió también que, en la intimidad del consultorio, el pudor de algunas pacientes no pasaba de ser una etiqueta. Y así, en un pueblo que era poco menos que su hacienda, con precauciones y trampas se dedicó a vender sus recetas y a seducir a sus enfermas y se convirtió en el doctorcito, con minúscula y en diminutivo.

Cuando anunció su matrimonio con Dorila Teresa, muchas mujeres de San Jorge se sintieron estafadas.

*

Dorila Teresa era la última de cuatro hermanas y también la última esperanza de su padre de tener un hijo hombre. Cuando fue concebida (en el vientre fatigado de una mujer agotada por el trabajo), el padre hizo un gesto de disgusto esperanzado y cuando nació hizo un gesto de repugnancia. Dorila Teresa sólo alcanzó los juguetes y las ropas desechadas por sus hermanas y el agotado cariño maternal. Su espontánea alegría de vivir se marchitó temprano al morir una íntima amiga de la adolescencia. Estaba dispuesta a cualquier cosa cuando inició sus estudios universitarios; en el curso del primer año un cadete intentó seducirla, su primo mayor la

violó, un empleado de la universidad le enseñó cómo se hace el amor, pagó muchas notas de las asignaturas en la cama, un seminarista que la amaba no pudo impedir que ella se hiciera un aborto.

Lidia fue la compañera de Universidad a quien Dorila Teresa salvó de morir consiguiéndole atención médica y remedios, y atendiéndola durante un largo tiempo. Lidia agradeció el favor con un odio escondido y sin perdón; ella hacía presente y remarcaba todo lo que podía herir o avergonzar a Dorila Teresa. "Sabes -le dijo una vez- que tienes una cara que todos piensan que eres una mujer de la calle". Y en otra oportunidad, cuando Dorila Teresa sufría insoportables dolores de cabeza: "Mira, los orgasmos que buscas para creer que eres feliz son los que te hacen desgraciada, porque eres conflictiva y no te aceptas a ti misma".

El hombre a cuyo lado Dorila Teresa se sentía siempre bien y lo buscaba y lo cuidaba y le servía y leían juntos era el amante de su hermana. Lidia le dijo: "Estás enamorada de tu cuñado y él tampoco es buena persona, por algo le dicen el lobo". Dorila Teresa le contestó: "Tienes razón y soy feliz porque lo necesito; es una felicidad que tú nunca conocerás".

*

Dorila Teresa llegó a San Jorge para pasar sus vacaciones; cuando le repitieron los dolores de cabeza fue a consultar al doctorcito. Su experiencia le dijo desde el principio con quién tenía que vérselas; de allí que sonriera burlona escuchando decir al doctorcito: "Esta cabecita no me está trabajando

bien"; y al preparar la inyección lo detuvo secamente: "Vea, doctorcito, yo me voy a desnudar cuando a mí me dé la gana y cuando usted pague mi precio".

Ella siguió yendo a la botica hasta que el doctorcito terminó rogándole que se casara con él y aceptara su fortuna que era enorme.

No había memoria en San Jorge de otra boda tan suntuosa. Al momento del saludo a los recién casados, Lidia se acercó con una sonrisa coqueta y cariñosa, besó a Dorila Teresa en la mejilla y le susurró al oído: "Tal para cual; para una perdida, un miserable". Dorila Teresa, con otra sonrisa no menos cariñosa, le dijo al oído: "Perra, mal nacida; debí dejar que te murieras".

Al regreso de su muy corta luna de miel, Dorila Teresa era la mujer más rica y más desdichada y más enferma de San Jorge. Estaba encinta y había cortado toda relación con su marido, si bien guardaba las apariencias.

A su tiempo, nació una niña a quien bautizaron con el nombre de Paulina.

El doctorcito siguió practicando sus antiguas trampas en la botica y tratando de acercarse a su hija Paulina burlando la severa vigilancia de Dorila Teresa.

Paulina estaba próxima a cumplir los tres años cuando cayó enferma. Dorila Teresa sorprendió a su marido tomando el pulso a la niña. "Sal de aquí, desgraciado -le gritó- no toques

a mi hija". A la mañana siguiente, aprovechando que Dorila Teresa no estaba en casa, el doctorcito aplicó una inyección a su hija. Paulina era alérgica a la penicilina y murió casi instantáneamente.

*

Poco tiempo después, Dorila Teresa estaba arreglando un ramo de rosas para la tumba de su hija. Su hermana entró al salón en penumbra.

- ¿Te acuerdas del lobo? -le preguntó.

Dorila Teresa, para ganar tiempo, dio la espalda a su hermana; sobreponiéndose, devolvió la pregunta:

- ¿Quién es el lobo?

- Cómo ... ¿no te acuerdas? ... Paúl, aquel hombre con quien yo ...

- Ah, sí -le interrumpió-, ¿qué pasa con él?

- Murió hace tres días, en Lima; se les quedó a los cirujanos en la mesa de operaciones.

Dorila Teresa, a solas, siguió arreglando el ramo de rosas.

*

El doctorcito no oyó el disparo que mató a Dorila Teresa.

EL DIARIO, los últimos días

Enero 15.- Me llamaron temprano, de urgencia al hospital. Desmadejada, se entregaba inconsciente al lavado gástrico. Repugnante. No pude soportarlo y me retiré. Veinte tabletas de soporífero habían puesto a mi prima Laura a las puertas del infierno. Por la tarde la vi en su casa. "Deshonesto -dijo, sin abrir los ojos y reteniendo mi mano entre las suyas-, yo confiaba en él. No ha debido hacerlo". Le acaricié la frente y se quedó dormida.

Laura tiene mi edad. Apasionada por la acción social, su entusiasmo la empujó a la competencia; le hicieron trampas; se metió en problemas con su enamorado; estaba postergada. Los miembros de su organización detestaban a Rubén porque él se opuso a que yo ingresara.

Como siempre que me siento sola o que estoy triste o que algo no me sale bien, me acuerdo de Rubén. Si estuviera conmigo, ahora que me fatiga el silencio, que me canso de leer ...

Enero 16.- ¡Luisa! Me detuve estremecida. Sus manos so-

bre mis hombros. Caminé de nuevo, despacio. Su presencia adivinada detrás de mis pasos. Subimos al tercer piso; en mi habitación me di vuelta y nos besamos en la penumbra interminable. Mientras nos desvestíamos: "Tenía que verte". Y ya entre mis brazos: "Reanudaré los enlaces para que se reagrupen". Yo le cerré la boca con mis besos. Pasada la fatiga, le acaricié la cara y él, dormido, saboreaba mi ternura. Estaba envejecido. Nos despertamos al amanecer. "Es una reunión en la casa de la colina". "Pero si allí no vive nadie desde que tú te fuiste". "¿Estás segura?". "No es ésa mi información".

Recuerdo mi repetida pesadilla que tiene por oscuro fondo la casa de la colina en la que estuve algunas veces: Yo salgo acompañada por un anciano cuya mano retira cuando yo quiero besarla. Quedo sola y me atacan los perros que una mujer azuza; me defiendo con una débil rama. Despierto agitada, sudorosa. Le pregunto: "¿Con quién te verás?". "Con una mujer, según las instrucciones". Lo abrazo, lo retengo: "No vayas; es una trampa, una emboscada". "Quédate tranquila. Me cuidaré".

Salió pensativo. En la escalera, el eco de sus pasos cansados.

Enero 17.- No regresó y me agoté en la espera. Por la noche, unos ruidos extraños en mi balcón me distrajeron de la lectura. Sentí miedo. En el piso superior, al otro lado de mi habitación, inusitadamente a mucho volumen, la señora tenía en la grabadora Cármina Burana. A mi llamado, la mujer abrió la puerta y me invitó a pasar. Bajó el volumen de la grabadora; fue al otro lado de la habitación y abrió la ventana; después de mirar hacia mi balcón, abajo, la volvió a cerrar. Debí haberme

dormido; en la grabadora, Las Cuatro Estaciones. La mujer estaba en su cama, envuelta la cabeza en un chal negro.

Rubén estaba en mi cuarto. "¿De dónde vienes?". "Estuve en el cuarto de la vecina, arriba; sentí miedo ...". Le conté de los ruidos en el balcón. "Voy a ver a la mujer -me dijo-. Después nos iremos. Prepara tus cosas". Me entregó una pistola, que yo guardé en el cajón de mi escritorio, asegurándome de que quedara con llave. Rubén se ha ido. Amanece.

Enero 18.- He escuchado la noticia por radio: "En la acequia, al borde de la calle angosta de la colina, se ha encontrado el cadáver de un hombre. En la espalda presenta una herida punzo-cortante a la altura del corazón; en las piernas y los brazos tiene múltiples mordeduras de perros. Se hacen investigaciones".

No sé cuánto tiempo he llorado. Por la tarde vino María; es la muchacha que vive cerca de la casa de la colina y a quien yo le había encargado que la vigilara. Alineada con otras, la casa forma la calle de arriba. Hacia la ciudad, campos baldíos en rápido descenso llegan hasta la calle angosta, abajo. Perros furiosos ladran durante el día y atacan por la noche.

"Yo vi la luz encendida y me acerqué a la ventana -me cuenta María, entre sollozos-. El señor conversaba con una señora que tenía un chal negro en la cabeza. El señor salió de la casa y, más abajo, lo atacaron los perros; él se defendía con un palo. Detrás del señor lo seguían cuatro hombres, escondiéndose entre las matas. Los perros se callaron. Yo no pude ver más".

Enero 19.- La radio no ha dado más noticias. En la mañana vi salir a la señora con sus maletas y envuelta la cabeza con un chal negro; tomó el automóvil que la esperaba. He dormido acodada sobre mi escritorio. Me despiertan unos ruidos en el balcón. Busco la pistola; el cajón del escritorio, fracturada la chapa, está vacío. A mis espaldas dos hombres ...

EL TERNO AZUL DEL PRECEPTOR

La ansiedad de los últimos años ya no se refleja en ese rostro afilado, casi transparente; ahora un rostro innecesario.

Es un velorio decoroso, sin llantos estridentes; tal vez un sollozo sofocado por el chal entre las mujeres de la cocina o un suspiro calculado de algún pariente ingenuo o mal informado.

En el corredor que rodea el patio bien cuidado, permanecen atentos al trago que habrá de venir los borrachitos que no faltan a ningún velorio, en pueblos pequeños como aquella capital de provincia, donde todos se conocen.

- Le han puesto su terno azul-marino -observa uno de los borrachitos.

Pero un terno azul no es tema de maledicencias, por más que contraste con la ropa de todos los días. Es simplemente el terno azul-marino (ahora mortaja) que el Preceptor llevó los domingos y días de fiestas, en algún bautizo, matrimonio o velorio. El señor Preceptor fue siempre aún en el tramo final

de su derrumbe, persona respetable, por encima de la mala voluntad. Sin embargo, el terno azul tiene su historia que, de algún modo, es parte de la historia (la parte triste) del señor Preceptor.

*

Terminadas las clases de las tardes en la Escuela Primaria N°. 901, el Preceptor llegaba a la cantina, a poco llegaba su compadre Demetrio, boticario ya sin negocio que todavía recetaba, ahora gratis, emplastos, ungüentos, purgantes. El cantinero les traía una "mulita" de aguardiente que ellos bebían en silencio, esperando que el alcohol les calentara las palabras; luego comentarios o lecturas; se interesaban en alguna próxima celebración; presagiaban heladas o pronosticaban cosechas; a veces, tocaban con delicadeza, algún asunto personal.

- Usted pudo quedarse, compadre, a estudiar Derecho o doctorarse, como hicieron otros colegas suyos.

- Pudo ser, don Demetrio, pero yo regresé ... en mí fue vocación, sólo enseñando me sentí contento ... a pesar de tantos bellacos y bellaquerías: métodos, programas, carpetas de trabajo y, por si eso fuera poco, desfilar ante las autoridades y hasta tener que vestirse decente para recibir al Presidente.

El preceptor guardó silencio y terminó su copa; para cambiar de tema, con una sonrisa triste, dijo: -Compadre, yo tengo un apellido de planilla. (Así hacía referencia a que su apellido, muy común en la provincia, se repetía en las planillas de jornales de los peones).

- Su esposa sí que tiene un apellido decente, ¿diga?

- Así es; aunque le voy a decir que yo no tengo claro eso de decente.

La esposa, descendiente de terratenientes, tenía un apellido decente; es decir, una suerte de garantía de sensibilidad, buenas costumbres, mesura, aislamiento. El Preceptor era trabajador, inteligente, no se emborrachaba ni tenía querida. No se puede saber si lo que esperaba el uno del otro les ayudó a ser felices; si la prosperidad y el prestigio no fueron más que palabras. Se casaron; tuvieron un hijo y una hija.

*

Comenzaba a llover y el cura Miguel abrevió el responso; terminó el entierro; después de los abrazos de rigor, los acompañantes se dispersaron. El Preceptor comenzaría a ser olvidado, pero antes, algunos recuerdos habrían de ser repasados sólo por recordar.

- Aquella maldita ceremonia lo afectó; no volvería a ser el mismo -dijo la esposa al salir del cementerio encalado y todos los parientes que la rodeaban recordaron la maldita ceremonia.

*

La noticia fue llegando por partes y con algunas variaciones; primero se dijo que el propio Presidente de la República, en

persona, llegaría a la capital de la provincia.

- ¿Tanta suerte tendremos, comadre Melchorita? -Envidiaza la que nos van a tener, diga usted.

- Será que Dios se acordó, al fin, de nosotros.

El gobernador, el boticario, el farmacéutico, el sargento y los tres guardias estaban de vuelta y media. Otra noticia trajo una modificación: la cosa sería en la capital del departamento.

- Eso está bueno, colega; si nos dan movilidad, de paso, puedo visitar a la fulana.

La noticia conmovedora no se hizo esperar: los maestros de todos los niveles, grados y jerarquías, debían presentarse al "besa-manos", en la capital del departamento, luciendo terno azul-marino, los varones; blusa blanca, falda y bolerito azul, las señoritas profesoras; so pena de cancelación inmediata del cargo y sin apelación.

- Nos jodieron, compadre.

Un sábado, los maestros de todos los distritos y caseríos comenzaron a llegar por grupos y se reunieron en el local del Colegio Nacional para recibir instrucciones y ultimar detalles.

- ¡Cantidad de cojudos! -se alarmó el sargento.

Después del almuerzo y con retraso se presentó el Comisio-

nado Escolar. (¡Madre!). Era un hombre alto y flaco, con los gestos ambivalentes de quien se ha acostumbrado a mostrarse servil con sus superiores y ser prepotente con sus subalternos. Vestimenta extravagante, ajena en todo al oficio de profesor: un casco de explorador, chaqueta de cuero sobre camisa multicolor de franela, pantalón de montar "de hoja", enormes y sonoras botas "de tubo", guantes de cuero y fuete en la mano. Inseguro al principio de la ceremonia, fue tomando confianza después que lo saludaron, con especial deferencia, el subprefecto, el juez, el alcalde, el boticario (cuarteto del rocambor de los sábados), las personas notables y las damas más notables (sobresalían por su recato las Hijas de María).

El Comisionado Escolar estiró una sonrisa, levantó (con esfuerzo) el pecho raquítico y paseó a grandes trancos, sobre el tabladillo improvisado, castigando con el fuete las botas de tubo en el más limpio estilo de los gamonales de la zona. Después de presentarse como representante personal del señor Ministro de Educación (que Dios guarde) y de mirar de reojo a los miembros de la mesa directiva (que a Dios poco le importan), leyó una resolución firmada (nadie supo por quién) en la que se oficializaba la concurrencia, dentro de veinte días, a la Capital del Departamento, vistiendo terno azul-marino los varones (etc., etc.), de todos los maestros, incluyendo los contratados a tiempo parcial.

- Qué ganas de joder -murmuró el cura Miguel, que tenía nueve horas de clases de religión en el Colegio Nacional.

*

En casa del Preceptor, después de la comida y tras largos y comprobados cálculos, se descubrió que un terno azul-marino de casimir nacional (inglés, ni en sueños) costaría, por lo bajo, lo que ganaba el Preceptor en ocho meses.

- ¡Santo cielo! -gritó la abuela (ya estaba un poco sorda).

- ¡Virgen Santísima! -apoyó la madre del Preceptor.

- ¡San Martincito! -terminó la esposa.

- ¡Qué carajo! - la decencia y las circunstancias dieron por no pronunciada la grosería del Director de la Escuela N°. 34.

- Y un terno azul pide camisa blanca, con gemelos.

- Y corbata negra.

- Por la camisa no hay que preocuparse; le ajustaré una que me dejó mi marido (que en paz descanse) -ofreció la madre.

- Y la corbata que nos la preste el Antonio, que tiene un montón -colaboró la esposa.

Considerando los intereses, los plazos y las renovaciones, se necesitaría un año y medio para rescatar las prendas que la señora Dolores había aceptado en empeño.

Y así el día señalado para el viaje, el Preceptor lucía muy elegante, el pelo recortado y los zapatos recién lustrados. Su madre le hizo las últimas recomendaciones:

-Y cuando el señor Presidente te tienda la mano, recuerda que eres una persona decente y no te inclines demasiado.

Advertencia innecesaria, como después se comprobaría, pues, el señor Presidente, con un gesto de quien huele caca, sólo tendió la mano a los tres primeros de una larga columna (de a cuatro en fondo) de los mil y tanto maestros uniformados de azul-marino que proclamaba la diligencia y esmero del Comisionado Escolar (fue ascendido mes y medio después y desapareció).

Después de tres días de ausencia, regresó el Preceptor con su terno azul-marino de casimir nacional bien envuelto en su maleta y con su dignidad mancillada.

- ¿Y cómo fue la cosa? -le preguntó la esposa en presencia de familiares y vecinos.

- Que te lo cuenten los cojudos que aplaudieron -respondió el Preceptor.

- ¡Hijo! primera vez que te escucho una grosería!

- Primera vez que veo a un Presidente -había un eco de desolación en la voz del Preceptor.

*

Murió la abuela y, poco después, la madre; la hija se casó y el hijo se fue "del todo" a Lima; la esposa cae con frecuencia

en una autocompasión ensimismada. En la casa, que parece más grande porque está vacía, deambulan despacio la sirvienta envejecida y el gato cegatón y triste. El Preceptor aceptó la soledad, después de jubilado, como antes había aceptado el silencio, después de la muerte de su compadre Demetrio, y ya no lo perturban ni el consuelo ni el remordimiento de sus recuerdos. Eran menos las personas que lo conocían porque su pueblo iba cambiando.

Llegaba el Preceptor a la cantina a media tarde y ocupaba la misma mesa, al fondo, junto a la ventana que daba al patio. El cantinero le servía una mulita de aguardiente, que repetía al atardecer. El Preceptor llevaba un libro que leía con detenimiento y que dejaba de lado cuando llovía para mirar el salpicar de las gotas en el patio, el deshojarse del rosal y los gorriones refugiándose entre los geranios. Con el rumor de la lluvia se mezclaba el triste tañer de las campanas.

Entrada la noche, poco antes de que el cantinero cerrara su negocio, el Preceptor abandonaba su mesa, pasaba vacilante frente al cantinero y se diluía entre las sombras de la calle.

- Fue un desfile de borregas azules -dijo una noche al despedirse; el cantinero no supo a qué se refería.

Entre la niebla de alcohol que lo arrullaba, el Preceptor reconocía algunas voces; al quedarse dormido, creía sentir el beso de su esposa y soñaba que ya él podía perdonarse porque sus alumnos lo habían perdonado.

La tarde que el Preceptor no llegó, el cantinero supo que no

lo volvería a ver.

Terminaba el mes de octubre y seguía lloviendo.

JACOBO, el seminarista

Uno

- A mí no me convence -dijo el padre asesor-. Eso de sentirse peleando con el Ángel por el solo hecho de llamarse Jacobo ...

La vehemencia con que hablaba de servir a sus semejantes, la poca claridad de sus ideas con respecto a las instituciones, la exagerada afición que Jacobo manifestaba por el ceremonial y la liturgia fueron las razones por las cuales el padre asesor recomendó no admitirlo como alumno del Seminario.

El Rector del Seminario estaba enterado de que la madre de Jacobo había muerto cuando éste tenía tres años y que su padre, tras intranquilos años de viudez, estaba ahora enredado con una mujer de mal vivir.

Jacobo fue criado por su abuela, buena mujer que se angustiaba por los castigos del infierno y creía en la santidad del párroco de San Pedro; que ponía velitas a las ánimas del purgatorio, comulgaba los viernes y chismeaba toda la semana.

- ¿Así que usted pelea con un Ángel? -le preguntó el Rector, con una sonrisa.

- Nos pasa lo mismo, monseñor.

El Rector endureció el semblante. Después comentaría: "Me cayó bien el muchacho; le pedí que estudiara un año en la Universidad y le prometí recomendar su ingreso al Seminario el próximo año"

El padre asesor se encogió de hombros.

Dos

Un año de permanencia en la Universidad moderó la vehemencia de Jacobo por servir a sus semejantes; reflexionó sobre la complejidad de la conducta humana y se interesó por el funcionamiento de las instituciones locales. La agitación callejera de motivación política lo inquietaba y provocaba en él fantasías heroicas.

Después de una manifestación, disuelta con gases lacrimógenos y disparos al aire, Jacobo acompañó a Danie, universitaria en la especialidad de Biología, hasta la habitación en que ésta vivía. Ella preparó algo de comer; observando la intranquilidad de él, trató de calmarlo.

- Ya te acostumbrarás a corretear; perderás el miedo.

- No es eso; sucede que es la primera vez que me encuentro a

solas con una muchacha.

Después, envueltos por una ternura fatigada, Danie le dijo:

- ¿Ves qué fácil y agradable resulta? Complicamos las cosas. Sobre el amor y la muerte se ha puesto una cantidad absurda de tabús, reglas, ceremonias; ¿sabes por qué? Por miedo. El miedo nos hace comprender mal el mundo y la vida, nos rodea la soledad y nos lleva a la locura.

- Entre el principio y el fin, entre el amor y la muerte, tenemos la oportunidad de hacernos mejores; pensando en algo más allá, perfeccionar nuestra naturaleza humana -corrigió Jacobo.

- No hay tal naturaleza humana. Mejor es pensar que se lucha por desmontar un sistema social que esclaviza, embrutece y envilece al hombre; se lucha por edificar un mundo en que los hombres puedan ser libres, dignos, limpios; se lucha por inmovilizar a los que manipulan el hambre, la ignorancia, el miedo, y que nos enajenan.

- Bueno, para eso hay que cambiar a los hombres.

- No pueden cambiar si no cambia el sistema social.

- Será, tal vez, la pelea con el Ángel -musitó Jacobo.

- ¿Qué dices?

- Nada, Danie; es mejor dormir un poco. Está amaneciendo.

Tres

- Acúsome, padre, de haber participado en actividades subversivas.

- ¿Qué has dicho? Por Dios, Jacobo ... repite. Jacobo estaba por terminar el primer año de estudios en el Seminario y su confesión confirmaba los temores del padre asesor. El informe de la comisión encargada de calificar el caso terminaba recomendando que se vigilara estrictamente a Jacobo, que se le suprimiera toda salida por dos años y, si cometiera otra falta semejante, que fuese expulsado. Dejaba en manos del Rector la decisión final.

- Esta es una conversación entre amigos; dime qué pasó.

El Rector del Seminario quería conocer en detalle la versión de Jacobo.

- ¿Se acuerda que, a poco de haber ingresado, le hablé de Danie? Fue ella la que me pidió que entregara un mensaje a sus camaradas; un grupo que debía venir a la ciudad y que, habiendo sido delatados, iban a ser emboscados antes de llegar.

- ¿Venían a cometer un atentado?

- No, solamente debían hacer pintas y repartir volantes.

- ¿Y, qué pasó?

- Yo llevé el mensaje; los muchachos se retiraron a tiempo y se evitó una matanza.

- Y tú resultaste el héroe. ¿Premiaron tu participación?

- Ni siquiera he vuelto a ver a Danie. Pedí la confesión porque quería que me ayudaran a analizar el sentido cabal de mi acción que yo consideraba un servicio.

- Bien, vamos a dejar las cosas como están. Cumpliremos la recomendación de la comisión.

Jacobo cumplió los dos años de sanción; rumiaba a solas los recuerdos de Danie. El padre asesor balanceaba la cabeza.

Cuatro

Jacobo inició el cuarto año de estudios, el próximo lo cursaría en Lima y eso lo entusiasmaba. Recibió el encargo de ayudar en su ministerio, tres días por semana, al padre Lucho, viejo y achacoso párroco de Santa Ana encaprichado en no ir a vivir tranquilamente en el Seminario.

El pequeño pueblo de Santa Ana distaba de la ciudad más de 50 kilómetros, 15 de los cuales había que subir a pie, por escarpada senda a través de una zona casi deshabitada; de Santa Ana continuaba hacia las "jalcas" una trocha a veces transitada por cazadores de venados.

En uno de sus viajes semanales, Jacobo encontró en el ómnibus a un antiguo compañero de la Universidad y le preguntó

por Danie.

- ¿Cómo, no lo sabías? La mataron en un enfrentamiento.

En busca de mayor información, Jacobo fue a visitar a un profesor amigo de Danie.

- A mediados del año pasado -le contó el profesor-, llegó un joven oficial con la orden de terminar, a cualquier precio, con la agitación en el campo. Los muchachos no calcularon el riesgo de cierta acción; de los seis, cuatro desaparecieron, entre ellos Danie -terminaron en silencio sus tazas de café-. Nos gustaría hablar contigo, Jacobo -le dijo al despedirse.

- Ya habrá oportunidad.

No habría de pasar mucho tiempo antes de que Jacobo conociera al oficial.

La garita de control de tránsito estaba en El Desvío; allí se separaba el camino de herradura por donde se iba a Santa Ana. En uno de sus viajes semanales, allí bajó Jacobo; también los otros pasajeros para el obligado control.

- Regístrenlos -ordenó el oficial.

- Este es el curita del que ya le he hablado -dijo el sargento, en voz baja, al oficial.

- Regístrenlo con más cuidado; estos son unos bribones. Acuérdense del otro -el oficial miró a Jacobo de pies a cabeza

con un aire altanero y amenazante.

El segundo encuentro se produjo poco tiempo después.

- Oye, tú. ¿Cuál es tu equipaje? -le gritó el oficial. Jacobo señaló su maleta-. ¿Qué me miras con cara de baboso? Yo te conozco, curita.

¿Qué llevas?

- Granadas.

El oficial reaccionó automáticamente; palideció y se llevó la mano a la pistola.

- Si se mueven, disparen. Revisen la maleta.

El sargento revisó la maleta.

- Son granadas -al tiempo que mostraba las frutas roji-verdes. Los demás pasajeros, que habían permanecido aterrados, soltaron una nerviosa carcajada.

- La próxima vez te mando al infierno, curita de mierda.

El sargento sonreía disimuladamente mientras comía una granada.

Cinco

Los rasgos físicos de los Carhuapoma, tanto de los padres

como de los hijos varones eran marcadamente indios; no así los de Sonia, la hija menor, que era blanca, de ojos verdes y cabellos castaños. Los Carhuapoma vivían en Santa Ana; a pocos kilómetros tenían un terreno fértil y extenso.

- No se parece a sus hermanos -observó Jacobo.

- Sopaipa guagua, pues, padrecito -explicó la madre.

El viejo párroco instruyó, después, a Jacobo:

- Sopaipa guagua quiere decir hija del diablo. Entre esta gente, cuando nace una criatura con los rasgos blancos de Sonia se piensa que el diablo ha metido la cola y que la criatura es hija suya. Una de las tantas creencias absurdas del campo.

- Está usted creyendo cojudeces, padrecito -le dijo el portero del Seminario cuando Jacobo movió con él el mismo tema- Yo le voy a decir de qué se trata: por aquí estuvieron unos frailes españoles jóvenes y buenos mozos que frecuentaban las casas de las familias decentes de la ciudad; y allí estaban las hijas de familia, cuidaditas y calientitas, en edad de merecer ... y entre niñas controladas y frailes sin control sopla el diablo. ¿Me comprende?

- ¿Y después?

- Pues nacían los sopaipa guaguas y los entregaban a las indias recién paridas para que los amamanten y los criaban en el campo como hijos suyos. A cambio, se aseguraba el secreto regalando al marido de las indias un lote de terreno en los

linderos de las haciendas y ayudándolos después ocasionalmente.

Jacobo siguió escarbando con el padre de Sonia.

- Bonito su terreno, Don Juan; lo he visto de pasada; le habrá costado caro.

- Pues ahí lo tiene, padrecito. En esos tiempos era barata la tierra; lo compré de mis patrones; ya para veinte años.

Sonia tenía veinte años. Jacobo comprendió que está tentando un terreno peligroso.

Seis

Esa mañana, a pesar del frío y la neblina, el joven oficial estaba de muy buen humor; fumaba a la puerta de la garita cuando la camioneta del Ministerio de Salud se detuvo y descendió Jacobo.

- ¡Carajo! Tenemos que vernos a cada rato.

- Es mi camino -respondió Jacobo.

- Y ahora, ¿qué llevas? ¿granadas de guerra?

- Unas cuantas.

- ¿Y pistolas?

- Cuatro, nada más.

- Ya , ya; otra vez con tus bromas, curita bellaco. Llévatelas antes que te haga volar con tus propias granadas.

Jacobo se sentó sobre la caja de madera, pesada y bien asegurada, que el abogado le había encomendado. Palideció y se estremeció.

- ¿No se siente bien, padrecito? -le preguntó el sargento.

- Es su oficial quien me hace sentir mal.

- A propósito, tenga cuidado; es inexperto y muy joven.

- Y tiene miedo, ¿no es cierto?

- Sí; tiene mucho miedo.

En Santa Ana entregó la caja de madera a los "enlaces"; éstos la abrieron en su presencia; contenía pequeñas granadas de guerra y algunas pistolas de 9 milímetros. Jacobo dio unos pasos tambaleante y comenzó a vomitar; llamaron a Sonia para que lo atendiera. "El padrecito se ha asorochado", dijo uno de los "enlaces" y Sonia: "Qué raro, si está acostumbrado a la altura".

En la ciudad, a su regreso, Jacobo encontró al abogado en el café de la plaza.

- Oye, imbécil, hijo de puta, es así como manejas las acciones,

¿no es cierto?

- Pensamos que si te lo decíamos te hubieras negado. Y era urgente.

- Y me mandaron a la muerte.

- Eran órdenes -balbuceó el abogado enrojeciendo.

- Les importa un pepino lo que les suceda a los que los ayudan.

- Tienes que comprender ...

- ¿Qué es lo que respetan ustedes, cretino? Tu hablas de despreciar la muerte; pero lo que desprecias es la vida ... y más fácilmente si se trata de la vida ajena.

El abogado salió precipitadamente. Jacobo pidió otro café; sintió renacer la inseguridad y las dudas; pero ahora en el otro lado, en el mundo al que Danie había pertenecido; ese mundo al que ella lo había atraído.

Siete

Para servir la taza de café, Sonia se inclinó delante de Jacobo; el amplio escote de su blusa dejó al descubierto sus blancos pechos bien formados, de rosados pezones; Jacobo se quedó mirándolos, se sonrojó, le temblaron los labios; Sonia le sonrió. Jacobo se levantó, pasó con brusquedad delante de Sonia, empujándola y se fue al patio. Al poco rato, Sonia estuvo con

él.

- ¿Pasa algo, Jacobo?

- ¿Te parece gracioso provocarme? -Jacobo se mostró irritado.

- ¡Por Dios, Jacobo! Ah, ya me doy cuenta. Lo dices por mis pechos, ¿verdad? Se ve que eres un mestizo con mentalidad de beata. Entre nosotros, eso no tiene importancia; somos campesinas limpias, no provocamos; no jugamos sucio como tus señoritas de la ciudad.

- Señoritas con las que tú has estudiado.

- Es la vida la que cuenta, no los estudios.

- Perdóname, Sonia, creí que ...

Sonia se levantó la blusa, tomó la mano de Jacobo y la colocó sobre sus pechos desnudos.

- Cuando yo quiera, me voy a entregar a ti abiertamente.

Sonia apoyó su cabeza sobre el hombro de Jacobo y lloró.

Jacobo le acarició la trenza abultada y suave.

- Tengo miedo -dijo ella cuando se recuperó.

- ¿Miedo de qué?

- Del oficial; ayer me estuvo diciendo cosas feas; dijo que me hará su mujer aunque tenga que acabar con Santa Ana.

- Debemos protegerte; mañana, en la ciudad, veré quién me puede ayudar; aunque tenga que acudir al diablo. Te veré mañana.

Habría de pasar algún tiempo antes de que Jacobo volviera a ver a Sonia.

Ocho

Sor Amelia llegó antes de cumplir los veinte años; estaba haciendo el noviciado; era la primera vez que visitaba la sierra y le encantaron el paisaje y la vida campestre; en poco tiempo se conquistó la simpatía de la gente de la zona y de los miembros de la organización con quienes trabajaba; los niños campesinos a su cargo la llamaban "madrecita" y ella les dedicaba todo su tiempo disponible. El caserío, centro de sus actividades, quedaba a tres kilómetros de la garita de control frente a la que tenía que pasar inevitablemente, tanto al entrar como al salir.

Hasta los dirigentes de su trabajo habían llegado rumores: "esas fieras de la garita miran a la madrecita con ojos hambrientos".

En varias oportunidades propusieron a Sor Amelia que fuera a trabajar a la ciudad.

- Hay que confiar en la bondad humana -contestó ella. Su

confianza habría de costarle caro.

Jacobo viajaba en la parte posterior de la camioneta y venía tan absorto que no se percató de la proximidad de la garita.

- Lleve esta pasajera a la ciudad -era la voz del sargento.

- Que vaya atrás, por favor, la cabina está ocupada -el sargento ayudó a subir a Sor Amelia y la camioneta pasó sin cumplir con los controles de rigor.

- Hola -saludó Jacobo.

- No lo reconocí, ¿viene de Santa Ana? -preguntó Sor Amelia.

- Sí, ¿y usted, de su trabajo? -no hubo respuesta, en la penumbra,

Jacobo oyó que la novicia sollozaba.

- ¿Pasa algo, Sor Amelia? -preguntó.

- Estuve detenida en la garita ... desde anoche -ahora lloraba convulsivamente. Tras un largo silencio, Jacobo preguntó:

- ¿Quién fue?

- El oficial y el sargento.

- Tendrá que denunciarlos.

- No, Jacobo, será mi palabra contra la de ellos ... todo el mundo está aterrado ... los jueces, usted sabe ... será un escándalo inútil ... nadie va a tomar mi defensa, ni siquiera mi gente. Por favor, guarde el secreto ... yo me iré.

- Como usted quiera -la voz de Jacobo era ronca y temblorosa- pero esto no se va a quedar así para mí.

Esa misma noche, Jacobo estableció contacto con los enlaces y les informó sobre Sonia y la novicia.

- De Sonia no tiene por qué preocuparse; ella está protegida.

-¿Está ella en comunicación con ustedes?

- Ella es de los nuestros. Lo que nos preocupa son sus padres y los campesinos de Santa Ana. En cuanto a la novicia, crea una situación ...

- Pues, tenemos que acabar con esa situación.

- ¿Has dicho "tenemos"?

- Claro, por eso estoy con ustedes; pero sólo esta vez.

- ¿No has pensado incorporarte a nuestra organización?

- No, pensamos distinto respecto a las acciones.

- Ah, ¿sí?, interesante ... a ver, ejemplos.

- Qué te digo ... no dejarse llevar por el rencor y el odio; pensar políticamente. Conquistar a los obreros, recuperar a los universitarios. Desenmascarar a los politiqueros en el poder. Dar mayor información. El uso del terrorismo como método revolucionario es un suicidio para ustedes ... Qué se yo ...

- Bueno, no vamos a discutir las opiniones de un pequeño burgués desesperado -sentenció el más joven de los enlaces.

- Cuando yo pienso en ustedes y en sus muertos me siento un desertor.

Callaron largo rato; al fin, dijo el más viejo:

- Vamos a buscar a los mandos.

Nueve

- El Rector lo necesita con urgencia -le avisó el portero.

Jacobo encontró muy nervioso al Rector.

- Algo ha pasado en Santa Ana; el padre Alejo está viajando en un automóvil; acompáñelo, Jacobo, y manténganme informado.

Amanecía cuando llegaron a Santa Ana. Algunas casuchas estaban en llamas; hombres armados y con pasa-montañas vigilaban. Mujeres, niños y ancianos se habían refugiado en la pequeña iglesia. Alejo y Jacobo se abrieron paso en busca

del viejo párroco, el padre Lucho, quien se encontraba en un sillón cerca del único altar. Con ellos llegaron el oficial y dos de sus hombres.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Jacobo.

- ¡Nos atacaron! -se adelantó a contestar violento el oficial.

- ¡Mentira! -gritó el viejo párroco-. Fue este oficial ... él asaltó e incendió el caserío en busca de Sonia ... mató a sus padres y a dos campesinos ... lo vieron preparar el ataque.

El oficial descargó un puñetazo en la cara del padre Lucho derribándolo del sillón; apoyó el cañón de su pistola en la frente de Jacobo y le gritó:

- ¿Tienes algo que alegar?

Las mujeres armaron un terrible alboroto, de lo que aprovecharon el oficial y sus hombres para huir.

El viejo párroco murió al mediodía.

Por la noche, Jacobo informó al Rector del Seminario de los acontecimientos en detalle. Había tomado una taza de té y ambos guardaban un pesado silencio. El Rector sonrió tristemente y preguntó a Jacobo:

- ¿Ha terminado su pelea con el Ángel?

- ¿Terminó la suya, Monseñor? -dándose cuenta de su im-

prudencia, agregó:

-Le ruego me perdone ... estoy desolado ... No, no ha terminado; pero me ha enseñado a buscar mi propio camino ... que no es el que estoy siguiendo.

El Rector lo observó con profunda tristeza; en las últimas horas había envejecido.

- Tengo la impresión, Jacobo, de que no volveremos a vernos; cualquiera que sea su decisión, tenga el valor de cumplirla.

Jacobo se inclinó profundamente, cuando levantó la cabeza estaba solo.

Diez

El asalto a la garita de control de tránsito se produjo al amanecer; un tiroteo de casi una hora que dio por resultado: dos atacantes heridos, el sargento y dos efectivos muertos y un desaparecido: el oficial.

Cuando Jacobo entró en la deshabitada casa-hacienda, a 20 kilómetros de la garita, hacía un buen tiempo que lo esperaban dos mandos armados y cubiertos por pasa-montañas, que vigilaban al oficial atado en un rincón, que, al ver a Jacobo le gritó:

- A mí no me engañaste, cura rojo ... yo sabía quién eras.

Nadie lo tomó en cuenta; uno de los mandos pidió:

- Vamos al grano. ¿Se puede conseguir testigos?

- Yo puedo repetir lo que todo el mundo sabe -dijo Jacobo.

- Eso no tiene valor para un tribunal popular.

- ¿Qué hacemos, entonces? Matarlo aquí sería un asesinato.

El oficial, pálido y tembloroso, escuchaba la conversación. Jacobo se dirigió a los mandos:

- Yo puedo presentar dos testigos de la tortura y muerte de cuatro universitarios, una mujer entre ellos; también hay testigos en Santa Ana que lo vieron preparar y ejecutar el ataque.

- Con eso es suficiente.

Jacobo se acercó al oficial y, con voz fría y calmada, le preguntó:

- ¿Tienes algo que alegar?

Once

Jacobo no acompañó el cortejo fúnebre del padre Lucho al cementerio. Subió al campanario con el sacristán que debía doblar a muerto; se quedó mirando las doradas colinas bajo un cielo color malva. La noche anterior había soñado que caminaba por un trigal, pasaba entre dos colinas blancas coronadas por linternas rojas; al fondo veía un matorral de donde

nacía un arroyuelo; Jacobo sentía sed, pero a medida que se acercaba, lo acometía un miedo intenso. Despertó sobresaltado. Al recordar el sueño surgía, repetido, el nombre de Sonia.

Jacobo calculó que si tomaba el ómnibus y después caminaba toda la noche, llegaría al amanecer a las alturas de Santa Ana, donde estaba Sonia.

Poco después emprendió la marcha.

El padre asesor estuvo rezando toda la noche.

SUICIDIO

La mañana del 15 de abril, alrededor de las nueve, el ingeniero Cellini llegó a sus oficinas, pasó directamente al salón de dibujo y abrió la puerta, sin llamar; su socio, inclinado sobre el tablero, observó con fría atención al ingeniero y le hizo un movimiento negativo con la cabeza.

El ingeniero se detuvo delante del escritorio de su secretaria:

- ¿Regresó el auditor?

- No -le respondió la secretaria, molesta porque no le había contestado, como siempre lo hacía, su saludo y su sonrisa. "Estaba color ceniza" comentaría después.

El ingeniero Cellini era hijo de italiano y de mulata. Su color le había causado dificultades en los colegios caros donde estudió y, después, en su matrimonio; dificultades que él se acostumbró a resolver con dinero.

Regresó al salón de dibujo; se quedó un buen rato junto a la

ventana; luego, como si hablara a solas:

- Es la última licitación del año; la anterior parece definitivamente empantanada. Si no sale, nos hundimos; sin crédito, esta semana no tenemos para jornales. Del cine hemos cobrado el total y tenemos que entregarlo a fin de mes.

- Esperemos que regrese el auditor. Calma, hombre -lo tranquilizó su socio.

- Calma, calma ... Me voy a casa; si hay alguna novedad, que me llamen.

Cuando llegó a su casa, alrededor de las diez, le dolía la cabeza; pasó directamente a su escritorio; ocupó su cómodo sillón, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, trató de relajarse. Examinó su bolsillo en busca de un lapicero, como no lo encontró abrió el cajón de su escritorio; al fondo vio la pistola, la tomó y se detuvo; la pistola estaba lista para disparar.

En el cajón abierto, un pliego de papel amarillo le llamó la atención; lo sacó, era su póliza de vida; dejó la pistola cargada sobre el escritorio y se dedicó a leer la póliza. El inciso 7 del capítulo segundo, de las condiciones del seguro, decía: "En caso de fallecimiento por accidente se pagará doble indemnización, etc., etc.". El ingeniero se quedó largo rato meditando, se levantó despacio, puso la póliza y la pistola en el cajón y lo cerró. "Si me llaman, les dices que me he ido a ver la obra", encargó a su mayordomo.

Alrededor de las once y media, el ingeniero llegó al cine que

su firma está construyendo. En otras oportunidades acostumbraba inspeccionar las obras con detenimiento; ahora subió directamente al octavo piso donde estaban colocando las ventanas y de allí pasó a la azotea. "Me pareció que no sabía bien lo que quería", atestiguaría después el maestro de obra.

Era la hora del refrigerio. Tres operarios lo saludaron y continuaron con su almuerzo. El ingeniero miraba en torno suyo con una expresión ausente. Se acercó al borde de la azotea donde acababa de ver una cáscara de naranja, la pisó, resbaló y cayó al vacío.

Los operarios gritaron alarmados, se asomaron y vieron, a la altura del sexto piso, enredado en los alambres de la instalación eléctrica provisional, al ingeniero que desesperadamente se aferraba al marco de una ventana. Otros obreros, advertidos, abajo, introdujeron por la ventana el cuerpo desmadejado del ingeniero Cellini.

A eso de las tres de la tarde, los médico dijeron que, salvo algunas contusiones, no tenía nada de cuidado; recetaron un tranquilizador y recomendaron reposo.

El socio, al lado del lecho donde el ingeniero descansaba, aprovechó un momento en que los dejaron solos, le preguntó:

- ¿No se te ocurrió hacer otra cosa, cojudazo? ¿Qué resolvías con eliminarte?

- Fue un accidente ... y punto. Dime, ¿qué novedades?

- Todo okey. El auditor manejó bien las cosas; obtuvimos la licitación y la otra también, la que parecía empantanada; nos entregarán el veinte por ciento de adelanto antes de fin de semana. Cuídate. "Cuando salí -diría después- lo dejé muy contento y optimista".

El ingeniero Cellini cerró los ojos, su rostro perdió el color ceniciento, sus ojos estaban limpios, se desperezó relajado. Todo se había resuelto. Ahora podría, con su esposa y su hija mayor, hacer el viaje a Europa, varias veces postergado; en París, su hija compraría su vestido de novia; su hijo tendría el carro sport y su hija menor (cuatro años apenas), morena de ojos verdes como él, el ser que más quería, iría al colegio inglés, el mejor y el más caro. El ingeniero se quedó dormido y soñó que una multitud de obreros lo llevaban en hombros y que su hija pequeña le hacía adiós con la mano. Se levantó, tomó una ducha y fue a su escritorio; recostado en su sillón, estaba mirando el techo.

Abrió el cajón del escritorio, sacó la pistola, lista para disparar, y la tomó entre las manos para descargarla.

- ¡Papi! ¡Papi!

Era su hija menor, el ser que más quería, y fue lo último que el ingeniero Cellini pudo ver un instante antes de que el tiro le partiera el corazón.

Era alrededor de las siete y media.

IMPIEDAD

Doña Josefa descansaba en la mecedora de esterilla, en el corredor de arriba.

- Señora Josefa, don Pablo la llama.

Se levantó y caminó, sin prisa, hacia su dormitorio, al extremo del corredor. El enfermo se había vuelto a dormir, ella salió y se quedó acodada a la baranda mirando las rosas del jardín, abajo. Timbró el teléfono al otro extremo del corredor.

Ella reconoció, no obstante los años, la voz envejecida del Padre Esteban.

- Hija mía, he sabido lo de Pablo; nuestro Señor, en su infinita ...

Doña Josefa cortó de golpe la comunicación y volvió a su mecedora.

El cielo se cargaba de nubes oscuras y bajas.

- Cómo ha pasado el tiempo -murmuró doña Josefa y se vio de nuevo, en la sala, sentada al lado del Padre Esteban.

- Me trae un asunto delicado.

El Padre Esteban apuró un trago de café y luego, entusiasta, se explayó sobre el pecado del concubinato, el respeto a la Iglesia, las familias decentes de la localidad ...

- Y usted, Josefa, joven, bonita ... No me explico ... nadie se explica por qué mantiene una relación, ¿cómo diré? ... inconveniente, pecaminosa con un hombre que le lleva tantos años, que, sin duda, no la hace feliz.

Había apoyado la mano sobre la rodilla de doña Josefa y presionaba suavemente.

- No veo por qué le interesa mi vida.

- Es el afecto, Josefa ... nosotros ... desde jóvenes.

Deslizó la mano, bajo la falda, hacia arriba, entre las piernas.

- ¿Ha terminado su café?

- Sí, gracias.

Doña Josefa se puso de pie con violencia.

- Ahora, lárguese -la voz de doña Josefa era cortante-. Váyase

y no ponga más los pies en mi casa.

Doña Josefa abortó a los dos meses de embarazo y no volvió a concebir.

El rumor de la lluvia la sacó de sus recuerdos.

*

Doña Josefa dejó de planchar y se presionó las sienes.

- Efecto de las malas noches -se dijo- y de las locuras de Pablo.

Dos meses antes, al acostarse, don Pablo sintió en el pecho un repentino e intenso dolor que se irradiaba hacia la axila izquierda. Estuvo una semana en el hospital. Los médicos le advirtieron: "El infarto puede repetirse. No olvide su edad. Tranquilo; ya no está usted para trotes". Días después, conversaba con doña Josefa

- He hecho testamento. Te estoy dejando lo suficiente para que vivas sin dificultades.

- No tenías que preocuparte de estas cosas. Ya que lo has hecho, te agradezco.

- Si me estás agradecida, quiero pedirte algo: no dejes que nadie, óyelo bien, que nadie monte mi caballo blanco. Doña Josefa quedó desconcertada. - Debe ser la enfermedad que le provoca desvaríos -se consoló a solas. Tres días después don

Pablo volvió a deprimirse y repitió el encargo:

- Josefa, que nadie monte mi caballo blanco.

Lo que hasta entonces para doña Josefa había sido solamente malestar se transformó en angustia.

- Señora, baje usted que está listo el almuerzo -era la voz de la sirvienta.

La lluvia caía más fuerte.

*

Casi sin haber probado bocado, doña Josefa volvió a su mecedora. No pasó a ver al enfermo y se dejó adormecer por el rumor de la lluvia mientras se deslizaba por la pendiente de sus recuerdos.

En aquel lejano mes de abril, para las festividades de la Virgen del Carmen, se realizó el concurso de caballos de paso que don Pablo ganó con un brioso caballo blanco. Era el recuerdo más antiguo que doña Josefa conservaba de don Pablo. Los domingos, ella lo veía pasar bajo su balcón; él venía de Pulltumarca y recorría la calle principal del barrio de Belén llena de balcones azules. Fino sombrero de palma, poncho sanmiguelino de hilo blanco con ribetes celestes y lustrosas polainas, hacía caracolear su caballo bajo el balcón desde donde doña Josefa, quinceañera, lo admiraba y le sonreía.

María, su prima, formaba parte de aquellos recuerdos. Don

Pablo había puesto a María casa aparte; la visitaba una vez por semana; llegaba ya anochecido y se escapaba entre las sombras de la medianoche.

Con curiosidad adolescente, Josefa preguntó a María:

- ¿Y por qué no te casas?

- Tú no lo vas a entender. Él es de familia decente y dicen que mi abuela fue una india ... Él cuida mucho su honor, sabes.

Cuando María cayó enferma hizo llamar al Padre Esteban para confesarse.

- No, hija; tú vives en pecado; sólo te confesaré seis meses después de que te separes de ese hombre y te arrepientas y lo demuestres con tus limosnas.

María se restableció y rompió sus relaciones con don Pablo. Llamó al Padre Esteban y le dijo:

- Comience a contar sus seis meses y mande recoger mis limosnas.

Cinco meses después, María se alocó y murió sin confesión.

Nadie supo por qué, un año después, Josefa ocupó el lugar de María en la cama de don Pablo a sabiendas de que no se casaría.

- Tú eres hija natural; comprende lo mal que caería a mi fa-

milia.

Don Pablo, eso sí, la instaló en casa nueva y la rodeó de comodidades y disfrutó de la docilidad con que ella se le entregaba juvenil y caliente.

Don Pablo traía a casa amigos tan viejos como él; amigos que a otras casas iban con sus esposas y que se comportaban educadamente, pero que, en casa de doña Josefa, entre hombres solos, se permitían emborracharse y contar chistes sucios y festejarlos con estrepitosas carcajadas.

Doña Josefa manifestó tímidamente su desagrado, pero él lo reprochó:

- Es gente de mi clase; hemos nacido decentes; debías sentirte honrada con su trato.

*

Con los ojos entrecerrados y pendiente del enfermo, doña Josefa miraba los claveles mecidos por los golpes menudos de la lluvia.

- Y después de tanto, voy a quedarme a cuidar que nadie monte su caballo blanco ... sentirme honrada de ser su querida y ser agradecida. ¡Maldita sea! ¡Quedarme a cuidar que nadie monte su caballo blanco! - Había hablado casi en voz alta, palideció, se mordió los labios, sintió rabia.

- ¡Hola tía! Buenas. ¿Cómo sigue el tío Pablo? -Era Isa, la

hija de su prima Victoria.

Doña Josefa quedó encinta al mismo tiempo que su prima Victoria; de haber nacido, su hijo tendría la misma edad que Isa. De ahí su amor por su sobrina. Isa había terminado su carrera universitaria. "Para ella la vida será mejor; podrá escoger; tendrá oportunidades" había dicho doña Josefa.

- ¿Cómo estás, chiquilla? -al acariciarla notó que Isa tenía la cara hinchada-. ¿Qué pasa, hija? -Isa se cubrió el rostro con las manos-. Vamos, niña, cuéntame lo que te sucede.

- Que soy una basura.

- ¡Isa! Santo cielo ... cómo te atreves. Problemas con tu novio, ¿verdad?

- Desde siempre ... y no es mi novio ... nos acostamos desde que comencé la universidad.

- Tú también.

- Y ahora me golpea.

- ¿Por qué tienes que soportarlo?

- No lo sé. Cuando me separo de él después de ... salgo agotada, sucia, arrepentida. Me prometo dejarlo y no puedo; vuelvo a lo mismo; sin salida.

Las dos mujeres guardaron un silencio amargo.

- ¿Qué puedo hacer?

- Tienes que respetarte a ti misma. Tienes que cambiar y mandarlo al carajo o acabarás de puta o te quedarás a cuidar un caballo ...

Isa abrió la boca; se poblaron de asombro sus ojos; llegó a las escaleras caminando de espaldas y bajó corriendo, sin darse cuenta que la cara de su tía estaba empapada en lágrimas.

Llovía sin descanso.

*

- El señor la necesita -le avisó la sirvienta.

Doña Josefa entró en el dormitorio secándose las lágrimas. Don Pablo estaba sentado en media cama; ella acomodó las frazadas y tomó asiento:

- ¿Quieres algo? -y don Pablo, con voz apagada, suplicante:

- Josefa, que nadie monte mi caballo blanco.

Doña Josefa, con voz indiferente y clara, marcando cada palabra, dijo:

- Pablo, después que te mueras, me van a montar a mí y tú no quieres que monten tu caballo blanco.

Ella sintió que el cuerpo de don Pablo caía pesadamente sobre la almohada. No supo cuánto tiempo estuvo allí quieta, fría y callada. Se dio vuelta para mirar al muerto; se levantó; tendió la mano para cerrarle los ojos vidriosos y desolados, pero la retiró nerviosa, sin hacerlo.

Al salir del dormitorio, doña Josefa se detuvo frente al espejo. Recordó los rostros de María y de Isa; miró su propia imagen y escupió contra ella en el espejo.

ANGELA POBREZA

- Se acabó.

Aquella mañana de otoño, apenas entibiada por un sol entristecido, estaba sentada en el borde ruinoso de la que fuera una pileta, en el patio, cubierta por su viejo chal azul-marino.

- Hasta aquí llegó.

Lo sabía: muchas mujeres sufren de hemorragias, dolores, angustias; a otras se les va de repente, sin problemas. Ella se había quedado seca, de un mes al otro, antes de cumplir los cuarenta años.

Mientras crecía la mañana, Ángela desempolvaba recuerdos.

Cuando ella entró en la sala (veintidós años antes), su padre tenía el rostro desencajado.

- Nos sentimos avergonzados por su culpa.

El novio de Ángela estaba de pie, en el centro de la sala.

Pero, señor, déjeme explicarle.

- No hay nada que explicar; con lo que sabemos nos basta.

Nati, detrás de la puerta entreabierta del comedor, espiaba la escena.

- No lo queremos ver más en esta casa -concluyó el padre.

Ángela inclinó la cabeza cuando su novio intentó hablarle, éste se retiró apresurado, desordenadamente.

La beata Panchita había traído el chisme: el novio de Ángela fue visto en el Hotel Turista acompañado de una mujer joven y muy bonita a quien trataba con mucho cariño; lo que no se dijo fue que esa mujer era su hermana que vino de Lima, donde vivía desde niña, para visitar a su familia por unos pocos días.

Absurdo, inexplicable, pero fue así y nadie se iba a volver atrás. El padre no "iba a rebajarse" pidiendo disculpas; el novio no iba a pasar por alto las ofensas y se fue a Lima "del todo"; la madre se deshizo en lágrimas y Ángela se "quedó para vestir santos"; ningún joven de buena familia se acercaría con buenas intenciones a una mujer que no se casó "sabe Dios por qué".

La familia redujo sus gastos para que el hijo siguiera sus estudios de abogado en Lima. La madre repetía a sus visitas:

"Él es nuestra esperanza; nos dará de todo; volveremos a ser como antes".

Mientras tanto había que resolver la situación de Ángela.

- Don Manuel puede recomendarla para un puesto en la oficina de correos.

- ¿Para que se pase el día chismeando con esas viejas brujas? -objetó el padre.

- ¿No podrían nombrarla profesora? -sugirió la madre.

- Y que vaya a un pueblecito perdido entre los cerros a enseñar a indios piojosos; que la molesten esos cholos mugrosos de los supervisores.

- Bueno, pues, pongan a estudiar a mi niña -intervino Nati.

Nati era una india de la pampa; fue recogida por la abuela de Ángela y criada "como hija de familia". Su marido murió de paludismo en los cañaverales de la Costa; su hijo murió al nacer y con esa leche amamantó a Ángela.

- ¿Qué sugieres, cuñado? Algo que sea decente.

- ¿No podría aprender corte y confección?

- ¿Para que vista elegantes a las cholas de la plaza del mercado? ¿No se te ocurre algo decente, Pedro?

Don Pedro, medio hermano de la madre de Ángela, aunque marginado por razón de su nacimiento, visitaba con frecuencia a la familia, por el cariño que sentía por su sobrina.

- Me gustaría saber lo que tú entiendes por decente.

- No hay nada que entender. Se nace decente; eso es todo y tú debías saberlo.

- Por favor, no empiecen con sus discusiones -la madre comprendió la cruel indirecta de su marido para lastimar a su hermano-. Sólo tenemos que esperar que regrese nuestro hijo. Con él todo va a cambiar y Ángela podrá estudiar lo que quiera.

Ángela no había hecho más que mirar por turno a los participantes en la conversación, como si no se tratara de ella.

Un paro cardíaco acabó con la vida de la madre de Ángela. Un velorio decente (café, galletas, trago repetido, cigarrillos y caldo de gallina al amanecer) y un entierro de segunda. Todo lo que fue posible vender de inmediato fue vendido. Para pagar las deudas debió venderse el bacín de plata (la "bendita bacinica" a decir de Nati), reliquia de un olvidado pasado y sin uso desde tiempo inmemorial.

El tío Pedro hizo las gestiones poco delicadas para vender el bacín y de su inexperiencia se aprovechó doña Dolores, la vieja usurera, que hizo su Agosto.

En una larga carta a su padre, escrita para impresionar, el hijo,

el estudiante de Derecho, se disculpaba por su inasistencia a los funerales de su madre; contaba detalles de su graduación y anunciaba su compromiso matrimonial con una "señorita limeña de familia decente".

Hacía algunos años que la familia Santander estaba establecida en la ciudad y que "nadaba en plata" según la Panchita. La señora de Santander tuvo una afección pulmonar y el médico prescribió el clima de la Sierra para su convalecencia. Iris Santander, la hija, vino con sus padres por una temporada de pocos meses que se prolongó por varios años. Iris fue compañera de estudios de Ángela en el Colegio Secundario de Santa Margarita, y su única amiga y confidente de sus primeras experiencias de adolescente; regresó a Lima y de ella nada se supo hasta tiempo después cuando don Pedro, de su única visita a la Capital, trajo información.

Iris se fugó a Europa con un noble y viejo italiano millonario que murió al poco tiempo y le dejó una enorme fortuna. En la fábula se sueña a Iris como una mujer altiva y hermosa, recorriendo las capitales europeas rodeada de hombres y de lujo. El padre de Iris declaró solemne: "Esa mujer ha muerto y prohíbo se pronuncie su nombre en mi casa"; pero se le humedecían los ojos cada año, al recibir, por el día de su cumpleaños, un delicado y costoso regalo que Iris le hacía llegar con increíble e inexplicable puntualidad.

- ¡Qué mujer fantástica! -repetía don Pedro.

En sus fantasías, Ángela se identificaba con la imagen idealizada de Iris; de ella recibió para una Pascua de Navidad

una encomienda que contenía la escultura de un Niño Jesús y una nota firmada en París, que decía: "Para mi amiga Ángela, en recuerdo de nuestros años escolares. Iris". Expertos turistas extranjeros que vieron la imagen ofrecieron por ella tal cantidad de dólares que el padre de Ángela aseguró: "Estos gringos se están burlando de nosotros". Se negó siempre a prestar al "Niño Manuelito", que era solicitado para los más importantes Nacimientos de Pascua.

La muerte del padre acabó con todo lo que quedaba. En ventas a la diabla, desaparecieron el juego de muebles de Viena de la sala, el aparador tallado del comedor, la mesa de roble y las sillas de cuero repujado; las cujas del dormitorio y casi todos los enseres de cocina. Fue un desfile de gente "de lo mejorcito" llevándose lo que podía a precios de remate. "Parecían gallinazos" opinaba Nati. Un poco más y se cargan al "Niño Manuelito".

- Niña, niña, tu hermano ha llegado.

Ángela demoró un buen rato en reconocerlo. El abogado llevaba puesto un elegante terno gris oscuro, chalina de seda y zapatos de charol. Después de los abrazos, le mostraron la casa que él inspeccionó hasta el último rincón, expresando disgusto; Ángela se sintió mal cuando su hermano le reclamó:

- No me has enseñado tu dormitorio.

Se despidió fría y cortésmente, sin aceptar la invitación a almorzar. A solas, Ángela comentó:

- Nati, ¿te das cuenta? Este era la esperanza de mamá ... un extraño ... dolor el que se ahorraron mis padres.

Era un perol muy grande de cobre y eran los propietarios por partes iguales: don Pedro, Ángela y dos parientes, uno de éstos proponía vender el perol, el otro quería que lo cortaran en cuatro partes y cada quien se llevase su pedazo; no llegaron a ponerse de acuerdo. Con lo que le tocara del perol, Ángela esperaba comprar la lápida para la tumba de su padre.

El hermano de Ángela, enterado del asunto, vio el perol, entró en tratos con los parientes y les compró sus acciones; prometió enviar desde Lima una hermosa lápida y el importe de las acciones de don Pedro y de Ángela. Despachó el perol en un camión.

Ángela había sacado al patio y tendido a solear un poncho de lana de vicuña muy fino que perteneció a su padre y que ella usaba como frazada. El hermano examinó el poncho con cuidado.

- Para el frío que hace en Lima, esto es lo que necesito.

Ángela, como si no hubiera oído.

- Para ti es muy pesado.

Ángela, en silencio.

- A mí no me queda ningún recuerdo de mis queridos padres.

Ángela se mordió los labios y reprimió un sollozo.

- De Lima, te voy a mandar una linda frazada.

- Llévate lo que quieras, de una vez -refunfuñó Ángela.

No se volvió a tener noticias del perol, ni del poncho, ni del señor abogado.

Era costumbre por aquel tiempo que familias acomodadas recogieran indiecitos de la pampa, particularmente en tiempos de sequía; niños o niñas que criaban y conservaban como sirvientes sin paga, considerados "de la familia" y a quienes se les llamaba "chocheras" para indicar que los señores sentían por ellos particular afecto, les tenían confianza y les expresaban, muchas veces, ostensible engreimiento. Nati era uno de esos casos.

Ángela quiso tener un "chochera". Nati trató de disuadirla sin lograrlo. Don Pedro se opuso terminantemente, pero, como siempre, acabó ayudando a Ángela en su capricho. La india que, diariamente, les traía los cantaritos de leche tenía ya seis hijos.

- Entrégale a la niña el mayorcito -gestionó don Pedro-. La niña lo va a tener bien comidito.

- Y le voy a enseñar a leer y lo voy a mandar a la escuela bien vestidito y le daré sus propinas y estará limpiecito y a ti te

daré ropita para los otros.

- Será como usted diga, niñacha; le hablaré al Teodoro.

Una semana después, Ángela tenía su "chochera": un indiecito de doce años, de cabellos gruesos y negros, tez oscura, ojos pequeños y hundidos; huraño, silencioso, de aire taimado.

- ¡Bah! ¿Qué ya pues le pasó? -comentaron los vecinos-. Recoger a ese indio cerdudo. Hase visto. La gallina no tiene agua para tomar y está trayendo un patito a nadar.

La mañana ha ido madurando y el sol calienta. Ángela embebida en el pasado permanece inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

- Se acabó -repite- y yo me acabé sin haber vivido.

Ángela regresa a sus recuerdos agitados, ahora, por otros impulsos. La imagen del novio ya era borrosa en su cariño marchitado, cuando vino la beata Panchita a remover cenizas, de pronto.

- Ha vuelto ... con su mujer y sus hijos ... lo he visto con mis propios ojos ... almuerza en el restaurante de la plaza de armas.

Ángela luchó con la tentación pero salió derrotada; dos días después, salió a rondar por los alrededores del restaurante al mediodía. Y lo vio:

Poco era lo que el hombre había cambiado; tomada de la mano iba con él una mujer rubia, joven y bonita; delante de ellos un niño y una niña se adelantaban traveseando; pasaron tan cerca de Ángela que el niño le rozó la falda. El hombre la miró al pasar, pero no la reconoció. Ángela, de regreso a su casa, al pasar delante de la florería, quedó reflejada de cuerpo entero en el vidrio grande de la puerta; ella se vio envuelta en su chal azul, con la falda lustrosa de tan usada; la cabellera opaca, cayéndole a los lados, enmarcando un rostro seco. Más tarde le dijo a Nati:

- Cómo iba a reconocer en ese esperpento a su primer amor.

En su dormitorio, sentada al borde de la cama se golpeó los muslos con los puños; lloró; se mordió los labios; se tendió de espalda sobre su cama, con las manos entre los muslos; su voz brotaba ronca, quebrada, dolida.

- Y por qué a mí ... por qué me dejé hacer esto ... maldita sea ... otros decidieron por mí ... por qué no grité a tiempo ... por qué no me defendí ... yo amaba a ese hombre ... quería un hombre que me calentara el alma y la cama ... un hombre o varios como las muchachas ... otros decidieron por mí y yo no tuve valor ... me quedé sin amor ... me quedé vacía ...

Nati entró en el dormitorio.

- Niña, el padrecito Marcos la busca.

- ¡Dile que se vaya a la mierda!

- Niña, por Dios -Nati, estupefacta, se acercó a su niña, la ovilló en su seno y le acarició la cabellera. Ángela rompió a llorar.

- Llora, niña; grita; llora para que no te vuelvas mala.

Nati se retiró para disculpar a Ángela ante la visita.

Ángela se quedó dormida. En la tarde, cuando salió al corredor, vio que Nati limpiaba de sangre la cara del "chochera". Se alarmó.

- ¿Qué pasa?

- Se cayó del puente.

- ¿Qué hacemos, Nati?

- Nada, niña, ya lo revisó el boticario; lo curó y le dio bálsamo de buda; dijo que descanse. No te preocupes; estos muchachos son muy duros.

- Ven, vamos -Ángela se llevó al "chochera" a la habitación vecina a la suya, donde éste tenía su cama-. Acuéstate -le ordenó. El muchacho se desvistió y Ángela lo miró desnudo; ya no era un niño.

Ángela estuvo dando vueltas entre las sábanas sin poder conciliar el sueño, las sienes le palpitaban y transpiraba. Se levantó y pasó a la habitación del "chochera". Se sentó al borde de la cama.

- ¿Ya te sientes bien?

El muchacho hizo un gesto afirmativo. Ángela le tomó una mano entre las suyas. El "chochera" cerró los ojos.

- Bueno, ya me voy ... hasta mañana -Ángela se inclinó para besar a su "chochera", como lo hacía otras noches al despedirse; pero, esta vez, el beso fue más tierno y lo volvió a besar, y lo besó en el cuello y sus manos retiraron las frazadas y desabotonaron la camisa y lo besó en el pecho y sus besos fueron bajando por esa piel oscura y caliente y buscaron entre los muslos.

La mañana siguiente, Ángela se levantó temprano, estaba pálida y ojerosa; mandó buscar a don Pedro.

- Hágame un favor, tío Pedro -le pidió-, vaya a casa de Lucía y pregúntele si todavía quiere hacerse cargo del "chochera".

- ¡Ajá! ya te lo dije; este indiecito me pareció un retrasado mental que te iba a traer problemas.

- No es eso; pasa que ya no puedo sostenerlo.

Por la tarde se llevaron al "chochera". Ángela descubrió en la mirada fija de esos ojos oscuros, un reflejo de tristeza; años después, Ángela volvería a ver esa tristeza cuando dos policías embarcaron al "chochera", rumbo a Lima, acusado de drogadicción y asalto a mano armada.

Los días se volvieron más lentos y vacíos. La idea fue de don Pedro.

- Para comprar cualquier cosita, tenemos que ir hasta el mercado. Sería negocio poner aquí una tiendita de abarrotes.

Nati se entusiasmó; Ángela observó:

- Se necesita plata y la plata no la manda Niño Jesús.

- Pues, esta vez creo que sí.

- A ver, cómo es eso.

- Muy fácil, Ángela, vendemos tu "Niño Manuelito"

Tras grandes dudas, largas reflexiones, conversaciones y consultas, y con la ayuda del párroco y del boticario, el "Niño Manuelito" cambió de dueño. Tres meses después, para las Fiestas Patrias, se inauguraba una tiendecita para la venta de comestibles y artículos caseros.

FIN DEL PRIMER TIEMPO

SEGUNDO TIEMPO

- Me gusta esta lluvia menudita de no hay cuándo acabar -decía Nati-. Una se queda sin pensar en nada, como rezando ... Y hace bien no pensar, nos devuelve la paz.

Al día siguiente también llovió, pero no como le gustaba a Nati; era esa tempestad de tres golpes y su yapa. Lluvia de octubre que erosiona los terrenos, pero no los empapa. Las aguas sucias corrían desbocadas por las calles, amenazando con inundar las casas. Don Pedro y las dos mujeres se distraían mirando los trajines apresurados de la gente; el chapalear de los muchachos en las charcas, descalzos, desatorando los desagües; las viejas refunfuñando varadas en las esquinas; las muchachas aprovechando para levantarse las faldas y lucir las piernas.

- Ojalá que se arreglen las aguas y resulte un buen año -deseó don Pedro.

- Y que tengamos choclos para marzo -agregó Nati.

Una muchacha, todo mojada, apresurada y risueña, entró en la tienda para comprar pan. Cuando se hubo retirado, Ángela comentó:

- Ya está embarazada otra vez; si sabrá de quién es.

- Por Dios, Ángela, a ti qué te importa.

- Usted, tío, defendiendo a estas cholas grandísimas.

- Te defiendo a ti de la maledicencia.

El rumor de la lluvia se mezclaba con la conversación.

- En la mañana, otra vez les metieron bombas de gas a los universitarios -comentó Nati.

- Ya están pesados. Todo el año en huelgas y correteos. Y dicen que van a aparecer esos hombres armados ... ¿qué les dicen?

- Subversivos -respondió don Pedro.

- Ésos. Tendrán que meterles bala y cerrar la universidad, para que nos dejen tranquilos.

- Tú resuelves y condenas muy rápido, Ángela; pero las cosas no son tan simples.

- ¿Cómo son? ¿Quiere explicarme?

- Tendrá que ser alguien que sepa. Yo sólo siento simpatía.

- ¿De veras? ¿Siente simpatía por esa gente, tío?

- ¿Sabes por qué, Ángela? Entiéndeme. Los pobres, los explotados necesitan que alguien obligue a cambiar la situación para salir de la miseria. Esa gente pelea por ellos, por mis

amigos pobres ... y los amigos de mis amigos son mis amigos.

- Bonita forma de apoyar la violencia ... esa pesadilla.

- Pesadilla para cierta gente, para otra son una esperanza ... la única, para los pobres.

- ¿Pobres, como nosotros, don Pedro? -preguntó Nati.

- En el barrio, Nati, aquí mismo, hay gente que amanece el día a pedirle al vecino un carbón encendido para prender su fogón. Tú lo vez, ¿no es cierto?, lo piden a escondidas, en una callanita, en uno de esos pedazos de olla de tierra que llevan debajo de su pañolón. Más pobres que nosotros; amanecen sin fuego en sus casas; mendigan un carbón encendido.

La india miraba pensativa el aire vacío.

- De todos modos, tío -afirmó Ángela-, no todos somos iguales.

- Tú, mi querida sobrina, te sientes distinta porque te han metido en esa cabecita que naciste decente.

- Hoy está usted insoportable, tío. Como sea, yo espero no encontrarme nunca con uno de esos amigos de sus amigos. Y qué bueno, tío, saber cómo piensa; no lo hubiera creído, a su edad -Ángela salió disgustada de la tienda.

- Pobre mi niña; algo le pasa -se lamentó Nati.

- La pobreza nos vuelve vulgares, egoístas, maledicentes. Bueno, ojalá que se trate de una crisis pasajera de la edad.

- Si mi niña tuviera un poco de felicidad, cambiaría.

Eran días difíciles: gases lacrimógenos, disparos, estallidos de bombas, allanamientos.

- ¿No lo asusta esto don Pedro? -Preguntó Nati.

- Desde que llegaron los españoles, hemos vivido siempre sobre un barril de pólvora. ¿De qué asustarnos, de nuestro propio susto?

- Detrás del dormitorio de Ángela, había otra habitación que daba a la calle y cuya puerta se abría raras veces.

- Ángela que se había acostado temprano, despertó sobresaltada a medianoche. Al estallido de dos bombas siguió un tiroteo, ruido de carreras, zumbido de sirenas y, finalmente, un golpe sordo contra la puerta de calle de la habitación vecina. En el pesado silencio que siguió, Ángela percibió unos gemidos, se levantó y, asustada, fue en busca de Nati.

- Allí, en la puerta, ¿escuchas?

- En la calle hay alguien que se está quejando.

Las dos mujeres, sobrecogidas por el miedo, permanecieron indecisas; pero, sacando fuerzas de donde no había, abrieron la puerta. Sobre el umbral, estaba tendido boca abajo el

cuerpo de un hombre; entre las dos tiraron de él y cerraron la puerta. El hombre tenía la camisa empapada en sangre y se quejaba, inconsciente.

- ¡Llamemos a don Pedro!

- Estás loca, Nati; a estas horas y como están las cosas. Tenemos que arreglarnos nosotras solas.

Y se arreglaron solas tan de lo más bien que cuando, avanzada la mañana, llegó don Pedro, encontró al hombre dormido tranquilo en la que fuera la cama del "chochera".

- Debe ser uno de los amigos de tus amigos, tío Pedro; así que tendrá usted que hacerse cargo.

- No es el momento de hacerte la payasa, Ángela. Pon en práctica tu caridad cristiana.

Mucho le costó a Ángela ejercitar su caridad cristiana; una semana después, el hombre sonreía y a ella le gustaba verlo sonreír y más le gustaba su conversación.

Ángela no podría repetir cuanto el hombre le dijo, pero, escuchando y comprendiendo lo que el hombre decía apasionado, ella descubrió un mundo ignorado hasta entonces, se descubrió a sí misma y descubrió que su vida podía cambiar. "Todos podemos cambiar si somos capaces de mirar dentro de nosotros mismos" la había animado el hombre.

Afuera, en el patio, llovía despacio.

- Ya te sientes bien del todo, ¿verdad?

- Sí, gracias a ti, niña.

El hombre estaba tendido de espalda sobre la cama y ella, sentada a su lado, le tenía tomada la mano. El hombre la atrajo y ella se tendió a su lado. El hombre la besó y ella, estremecida, le preguntó:

- ¿No estamos haciendo algo malo?

- ¿Lo sientes malo? -el hombre volvió a besarla y ella trató tímidamente de separarse. El hombre deshizo su abrazo.

- Muy bien, niña difícil; si no quieres ...

Ella cerró los ojos, como si suplicara: "Señor, haz que insista". Y el Señor escuchó su ruego. Y después de la sorpresa, fatigado:

- Podías haberme dicho que eras virgen.

- ¿No fue mejor que tú lo descubrieras?

Y ella lo miraba infantil, como olvidada de su edad. En los días que siguieron, Ángela conoció el sabor de la felicidad y de la alegría, vividas en presente; era, por primera vez, dueña de alguien y dueña de sí misma y comprendía el vacío espiritual en el que había vivido.

Después de un día de disturbios callejeros, al atardecer, en la casa de Ángela se presentó un oficial acompañado de cuatro hombres; lo sombrío de los pasamontañas, el eco de los zapatones, el metálico rozar de las armas llenaron de terror a Ángela.

- Debemos hacer un registro -dijo el oficial, disfrutando del teatral efecto de su presencia y de ver a Ángela, tragando saliva, muerta de miedo, contestar con gestos.

Cruzaron el patio y abrieron la puerta que daba al corredor.

- ¿Era la sala? -preguntó el oficial; Ángela afirmó con un gesto tembloroso; pasaron a la habitación de al lado; los hombres removieron trastos polvorientos. Ángela en un desesperado esfuerzo se iba sobreponiendo al miedo.

- Comedor ... era. Todo ... tuve que venderlo a la muerte de mis padres.

- He oído hablar de su familia, señora.

- Señorita -corrigió Ángela, sorprendida ella misma de poder hacer un mohín de picardía.

- Señorita, perdón ... pero no imaginaba esto.

Después de buscar entre los enseres escasos de la cocina retornaron al patio.

- ¿Y esta puerta?

Ángela, dueña ya de la situación, decidió jugarse el todo por el todo, abrió la puerta y preguntó alzando la voz:

- Es mi dormitorio. ¿Necesita seguir registrando mis pobrezas, comandante?

- Soy sólo teniente, señorita. -Ambos sonrieron; él vanidoso, desesperada ella.

- Está bien. Vámonos, muchachos. -El oficial hizo chocar los tacones, se inclinó y presentó su elegante saludo militar. Ángela dejó que Nati los acompañara hasta la puerta de calle; en dos saltos entró en su dormitorio; cayó desfallecida a los pies de su hombre; se abrazó a él y lloró largamente.

- Tienes que irte ... lo más pronto ... te matarán ... lo más pronto, vete; pueden regresar.

Don Pedro (cuándo no) hizo los enlaces y las nocturnas y complicadas gestiones para que el hombre huyera.

- Volveré -dijo al despedirse y Ángela comenzó a esperar.

Don Pedro leía los periódicos de Lima. Ángela y Nati lo escuchaban y preguntaban lo que no entendían. Les interesaban las noticias políticas y policiales, sin saber concretamente lo que esperaban encontrar.

Murió el tío Pedro y Ángela lloró.

Murió Nati y Ángela la lloró más de lo que lloró cuando murió su propia madre.

Ha pasado el tiempo.

Una mañana, Ángela dejó sobre el mostrador el diario que estaba leyendo, para atender a un comprador.

- ¿Periódico de hoy, señora?

- Así es, señor.

- Me lo vende; por aquí cerca no hay dónde comprar, y se acaban temprano.

Ángela tomó buena nota de la observación. Compró diarios y revistas directamente del distribuidor. Y cambió la tiendecita; del anterior negocio, sólo vendía pan.

Ángela tiene el pelo blanco, le faltan dientes, está encorvada; para leer los periódicos que vende, utiliza una lupa que encontró entre las cosas de su padre. Ángela cuida de su persona; en un vaso con agua tiene una rosa roja que renueva cada dos días. Ángela espera; se levanta temprano; busca noticias en los diarios y revistas. Examina detenidamente las fotografías de los presos políticos.

Con frecuencia, entre la medianoche y el amanecer, ingresan en la casa de Ángela, con calculadas precauciones, hombres y mujeres jóvenes dedicados a tareas peligrosas. Ángela oye (sin poner atención) el rumor de las conversaciones y amorti-

guados ruidos que ella diferencia del runrún que hace el mimeógrafo al imprimir. Ángela prepara café caliente que sirve, a medianoche, a los habituales visitantes.

Ángela está vieja y se dice: "Si se pudiera volver a vivir".

Ángela no deja de leer las noticia y espera.

CIPRIANO

No estaban seguros de haberse distanciado de sus perseguidores. El ataque al destacamento les había costado dos bajas. Habían caminado dos días y dos noches. Aquel amanecer, cansados, estaban refugiados en una cabaña. Eran ocho los cumpas, incluyendo al mando militar y al mando político; tenían una ametralladora ligera y tres fusiles.

Un hombre dio la voz de alarma se atrincheraron. Por el estrecho camino, se aproximaba un grupo de indígenas; sus vestimentas multicolores y sus sombreros amarillos detonaban al sol de la mañana. Cuando el grupo estuvo cerca, le dieron la voz de alto. Un viejo campesino se acercó solo.

- Somos de la comunidad; queremos hablar con ustedes -dijo en quechua sin saber a quién dirigirse.

- Este compañero es el jefe; dile a tu gente que se acerque.

Unos veinte campesinos, entre hombres y mujeres, rodearon al viejo con expresiones de viva curiosidad y disimulada des-

confianza.

El mando militar escuchó atentamente. El viejo acabó su plática; recibió de una mujer una bola grande de queso fresco en hojas de achira, no más, les hemos traído, taitita.

El mando militar recibió la cachipa, juntó las palmas de las manos a la altura de la cara y agradeció; luego, con un ademán, indicó al mando político que ocupara su lugar, como diciendo: "Esto es cosa tuya". El mando político repitió el agradecimiento.

-Alguito más les hemos traído -el viejo levantó su poncho por la espalda y apareció un muchacho indio que, erguido delante de su abuelo, miró fijamente al mando político; en el fondo de su cara brillaban dos ojos oscuros.

-¿Y esto? -El mando político sonreía desconcertado.

- Mucho les va a servir, taita; conoce todos estos campos; sabe seguir rastros; nunca se cansa; come poco.

- Pero es todavía muy muchacho.

- Ni tanto, ya trabaja, taita, es fuerte; estuvo dos años en la escuela. A la mamá la mataron; mi hijita, pues ... gente de otra comunidad la mató ... que era mujer de un cumpa, diciendo.

Los ojos negros y pequeños del muchacho miraron inquietos las armas de los hombres. El mando político esperaba la opinión de su gente; el mando militar hizo con la cabeza un

gesto afirmativo.

- ¿Quieres quedarte con nosotros? -El mando político estrecho la mano que el muchacho le tendía.

- Sabe castellano, pero no le gusta hablar; callado no más está desde que mataron a su mamá.

- ¿Cómo te llamas? -Preguntó el mando político.

- Cipriano -contestó el muchacho y señaló con el dedo índice el fusil de uno de los hombres.

*

Al medio día los hombres se reunieron con Cipriano.

- Queremos que hagas un trabajo -le pidió el mando militar - Vas por allá y por allá, lo más lejos que puedas; miras si hay uniformados; cuántos son; donde están. ¿Me entiendes? -Cipriano afirmó con la cabeza.

- Bueno, anda ahora y no dejes que te vean.

Cipriano señaló un fusil.

- No. Sólo tenemos tres, para los hombres mayores. Pero te voy a dar una cosa.

El mando militar tomó de su mochila una lata, un envase de leche o de conservas, de la que salía una mecha y se la dio

a Cipriano. - Bomba -dijo; le entregó, además, una caja de fósforos, ayudándose con señas le explicó:

- Si te atacan, prendes la mecha, la tiras con todas tus fuerzas y te agachas sobre el suelo

- Y ¡Pum! -terminó Cipriano a tiempo que guardaba las cerillas en el bolsillo y se aseguraba la bomba a la faja con la que sostenía sus pantalones.

- Ya sabes lo que tienes que hacer. Ahora vete.

Cipriano desapareció entre los matorrales.

- El indiecito se las trae -observó uno de los hombres.

- Que comience con suerte -deseó el mando político-. Y ahora descansemos un poco.

*

A media noche, el centinela oyó un extraño y apagado silbido entre la maleza y alistó su arma.

- Yo, Cipriano.

Los hombres se reunieron; un quinqué los alumbraba.

- A ver, en este papel -el mando militar entregó a Cipriano un trozo de lápiz.

- Aquí, el río -Cipriano trazó una línea ondulada-. Puente, aquí uniformados -dibujó doce puntitos-. Aquí también, entre los arboles -dibujó y señaló una zona opuesta al río-. Por aquí el camino a la costa y este es el camino de subida a los cerros; ahí no hay nadie.

Los hombres examinaron el croquis.

- Increíble -contestó uno de ellos-. El muchacho ha tenido que caminar un montón de kilómetros. Tenemos la retirada asegurada.

Se prepararon rápidamente y partieron; pronto amanecerá; Cipriano iba adelante, penetrantes y alertas sus ojos oscuros, aseguraba con la mano la bomba que llevaba en la faja.

*

Durante los meses de lluvias, los hombres acamparon en las alturas, no muy lejos de un caserío donde se aprovisionaban. Cipriano fue instruido en el manejo de explosivos e hizo las primeras prácticas de tiro. A los cumpas se había incorporado una mujer joven, cholita menuda pero fuerte, procedente, sin duda, por su formación, de alguna ciudad de la costa; fue asignada, como ayudante, al mando político.

Después de estudiar un mapa de la región, los hombres abandonaron el campamento; descendieron hacia las regiones calientes del ancho valle; saborearon la caña de azúcar, se bañaron en ríos profundos, vieron el vuelo de los buitres y los ojos de Cipriano se llenaron de asombro. Caminaban de noche y

se escondían durante el día. Cipriano cumplía sus misiones de exploración; cuando las distancias no eran largas, lo acompañaba la muchacha a quien Cipriano le enseñaba quechua y de quien recibía información política.

El sol estaba alto cuando acamparon a la orilla de un río; habían caminado toda la noche; estaban cansados; era un día caliente. Mientras Cipriano se preparaba para reconocer el lugar, la muchacha hizo un paquete con sus ropas y se encaminó río arriba. Poco después, Cipriano tomó el mismo camino. En un lugar en que el río hacia un remanso, la muchacha se bañaba desnuda. Desde los matorrales, Cipriano la contemplaba cuando sonaron los disparos. La muchacha salió de agua, tomó sus ropas, pasó corriendo junto a Cipriano, sin verlo, entró en un pastizal; Cipriano la siguió, la muchacha cayó sobre el pasto, Cipriano se fue de bruces sobre ella; la muchacha abrió las piernas y estrechó sobre ella el cuerpo de Cipriano. Los disparos habían cesado y los dos se levantaron; ella se vistió, él aseguró la bomba en su faja, ambos corrieron en busca de sus compañeros; los encontraron rodeando los cadáveres de tres hombres acribillados a tiros.

- ¿Están bien? -Les pregunto el mando político.

Cipriano, más oscuros los ojos, miraba el cadáver que tenía un balazo en la cabeza. Con diferencia de pocos minutos había rozado los extremos de la vida: el sexo y la muerte.

*

Una mañana, el grupo se detuvo en una colina desde donde,

abajo a orillas de un arroyo, divisaron una casa hacienda; el amplio patio se encuadraba por tres altos muros y la casa al fondo; a la izquierda una huerta y un pajar, a la derecha lo que parecía una fábrica de aguardiente.

Cipriano fue a reconocer la casa hacienda. A su regreso informó:

- No hay nadie.

Ocuparon la casa hacienda y los hombres se distribuyeron en las habitaciones con vista al campo.

Se tomó la decisión de destruir una parte de la ancha pared de adobe al lado derecho del portón, que daba entrada al patio. Cuando la perforación estuvo lista, el mando militar pidió a Cipriano:

- Dános tu bomba.

Cipriano negó con la cabeza y retrocedió unos pasos sujetando con la mano la bomba asegurada a su faja.

- Es para nuestra seguridad -Cipriano volvió a negarse. El mando militar se dirigió al mando político-. A ver si tú lo convences.

- Vamos, muchacho, te propongo un trato: el primer fusil que consigamos es para ti.

La muchacha se acercó con la mano extendida; Cipriano se

desató la faja y le entregó la bomba; miró al mando político y le gritó:

- El primer fusil ... acuérdate.

Condicionada la bomba en la base del muro, el mando militar ordenó a Cipriano:

- Ahora, préndela.

Cipriano sacó los fósforos y encendió la mecha. Todos buscaron refugio en las cercanías. La explosión echó abajo una parte de la pared y desquició la puerta. Cipriano aplaudía con infantil alegría.

*

Cipriano regresó de un reconocimiento acompañado de una india joven, maltrecha y rabiosa.

- Es de la comunidad del otro lado de esos cerros -informó.

Después que la muchacha del grupo dio de comer a la joven india y le arregló sus andrajosas ropas, todos se reunieron, ya entrada la noche, en torno a una pequeña hoguera.

- Así es, pues, cumpas -la joven india hablaba en quechua-. Serían veinte uniformados; con ellos regresaba el Pedro, el licenciado que lo habíamos botado por ladrón y abusivo; en paz los recibimos pero ellos azotaron a mi hermano, mi tío quiso defenderlo y el licenciado lo mató de un tiro en la cabe-

za. Se fueron los uniformados cargándose nuestros animalitos y lo que quedaba de la cosecha. Dejaron al licenciado y sus amigos; a ellos se pegó el rondero, ese desgraciado que venía perseguido y que nosotros lo habíamos escondido. Se emborrachaban, abusaban de las mujeres, pegaban a los hombres, con tiros asustaban a los muchachitos. El sábado, el rondero quería forzarme en la capilla; entró mi abuelo; el rondero le dio duro con un palo. Muriéndose, mi abuelo me dijo:

- Busca a los cumpas.

Al amanecer el grupo entró en el caserío. El licenciado, el rondero y los otros cuatro dormían la borrachera de la noche anterior.

El juicio popular se llevó a cabo en la plazoleta. Los testimonios de hombres y mujeres repitieron, con penosos detalles, el informe de la joven india.

- Bueno, ustedes dirán. Levanten la mano los que estén de acuerdo -gritó el mando militar-. ¿Fusilamos a este?

Todos levantaron la mano. El rondero cayó de rodillas sollozando.

- ¿Y a este? -nadie levantó la mano. El mando señalo al licenciado-. ¿Lo fusilamos? -Todos levantaron la mano-. ¿Qué hacemos con los otros?

- Azotes y que se vayan y si vuelven los matamos.

Tres fusiles, una carabina de repetición calibre 22 y pertrechos estaban sobre un poncho en el suelo y eran examinados por los mandos. Se acercó Cipriano con el brazo en alto, el mando político le dijo:

- Habla.

- ¿Te acuerdas? -Le preguntó Cipriano.

El mando militar sonrió; tomó la carabina y sus pertrechos y se los entregó. Calmadamente, Cipriano cargó el arma. En ese momento, con las manos atadas a la espalda, el licenciado y el rondero eran conducidos fuera del caserío para su ejecución. Cipriano corrió hacia ellos.

- ¿Oye, adónde vas? -Llamó el mando político. Cipriano se detuvo, se dio vuelta y gritó:

- Mataron a mi mamá.

Los mandos se miraron. Cipriano alcanzó al pelotón de fusilamiento y se alejó con ellos.

A veces, en mis sueños, me visitan los ojos oscuros de Cipriano.

LA CANCIÓN Y EL LLANTO

(Relatos)

Casi todos estos relatos se aproximan a temas de los campos sociológico o psicológico, pero, en modo alguno, ofrecen una explicación en la forma que encontramos en las Ciencias Sociales. Sin embargo, en estos relatos hay un escarbar dentro de las contradicciones de la interacción del individuo con sus grupos sociales o, dicho de una mejor manera, hay un presentar no imparcial de los resultados de esas contradicciones en el psiquismo de un hombre que busca un modo de vida equilibrada, de la cual tenga conciencia y que aspira a poseer los medios para superar la enajenación propia de un mundo doblemente explotado: por los grupos de poder nacional y el poder que se ejerce desde afuera. De este mundo llamado, con eufemismo, sub-desarrollado.

César Vallejo ha dicho: "Hay preguntas sin respuestas: es la Ciencia. Hay respuestas sin preguntas: es el Arte" y estos relatos pretenden, tal vez sin lograrlo, comunicar algo de la angustia, de la desesperanza y, al mismo tiempo, de la ilusión que hay en estas "respuestas sin preguntas"; también intentan, aunque en menor medida, contar la manera, casi siempre irracional, con que el hombre de este mundo (cuyo destino a pocos importa) se aferra en respuesta callada al deseo de persistir en una humanidad que siéndole hostil, le ofrece también instantes de esplendor.

El Llanto y la Canción, dos elementos con los que el hombre teje un estandarte para consolar o alentar su vida.

Además, hay un disimulado interés en dejar un testimonio.

Yehudá Pezaj

LA CANCION Y EL LLANTO

EL HOMBRE QUE PERDIO SU ROSTRO

Ella no podía precisar en qué momento abandonó el gusto por la vida; le era doloroso situar los limites en el marco de su malestar; no podía liberarse de esa oscura sensación de que "algo iba a pasar". Había pagado el precio no convenido por una vida sin apuros y el prestigio de ser la mujer de un miembro distinguido de la Corte de Justicia. En los complejos esquemas del Psicólogo ahora buscaba la felicidad perdida. Felicidad fue la palabra que autorizaba los buenos consejos de los guías espirituales que consideraban su compulsiva obligación enredar, con su habilidad de titiriteros, los hijos que apartaran su camino de las tentaciones y pecados en el cerco pueblerino de una ciudad, capital de Departamento, que estaba convulsionada por la subversión, después que los terratenientes dejaron de ser el grupo de poder.

***

Irene Buenaventura ingresó a la Universidad porque no tenía otra cosa que hacer y se matriculó en la Facultad de Derecho para no separarse de unas pocas amigas. Juan estaba próximo

a obtener su título de abogado; Irene lo conocía desde la infancia y él la orientó en sus vinculaciones universitarias y la guió en sus estudios.

El Profesor de Derecho tenía un rostro de líneas regulares y trigueño; su ojos eran verdosos e inteligentes. A decir de la tía Encarnación, ese rostro "reflejaba un alma limpia y bondadosa". Alguna vez, en clase, Irene había contemplado embelesada ese rostro.

Una mañana, el Profesor de Derecho, a la salida de clase, detuvo a Irene en el pasillo y, en un aparte, le dijo:

- Debo disculparme ante usted.

- ¿Por qué, doctor?

- Habrá usted notado que en clases la miro con insistencia -Irene estaba sorprendida, el profesor continuó-. Distinguirla entre sus compañeros no es correcto de mi parte. Es usted muy atractiva y, además, me sirve de orientación. No falte usted a mis clases.

- No faltaré, doctor -Irene trataba de sobreponerse a la grata impresión. El profesor se alejaba con el porte elegante de quien está seguro de su encanto.

Días después, ella mencionó el incidente y Juan comentó:

- Cada quien tiene su manera de matar pulgas.

¿Qué quieres decir?

- Algunos profesores usan maneras distintas de seducir a sus alumnas: unos manipulan con las calificaciones, otros utilizan su automóvil y los más hábiles ponen pajaritos en las cabezas de sus alumnas.

- ¿Me consideras fácil de seducir?

- Bueno, eso debes saberlo tú.

Irene, sonrojada, se retiró sin despedirse. Llegó a su casa y encontró que el profesor se despedía de su madre y de su tía.

- El doctor -explicó la tía Encarnación- nos ayuda en unos asuntos ... y me parece que se interesa por ti.

- ¿Cómo se te ocurre? No debes poner malas ideas en la cabeza de la muchacha -le reprochó la madre de Irene.

Las visitas del abogado se tornaron regulares; pasaron a ser parte de las reuniones del té de los viernes; en ellas participaban, además de la madre y su hermana, Marcial, el otro hermano, la señorita Etelvina, la solterona y jubilada profesora, y el Párroco. De aquellas reuniones, Irene conservaba trozos sueltos de conversaciones.

- La familia del Doctor -opinaba el Párroco- es un magnifico ejemplo de lo que se puede alcanzar con el trabajo y la fe. Sus padres hicieron fortuna en el comercio a los pocos años de instalarse aquí, procedentes de un distrito vecino; a hora

la familia se codea con lo más graneado de nuestra sociedad. El Doctor es un muy buen partido matrimonial. -El Párroco dedicó una sonrisa dulzona a Irene.

- La codicia de los campesinos convertidos en comerciantes es de una voracidad ...

La tía Encarnación le impidió continuar:

- Cállate, Marcial, parece que te has contagiado de la envidia que les come el alma a tus amigos del Café. -Para cambiar de tema y dirigiéndose a Irene: - ¿Cuántos años le calculas al Doctor?

- Qué sé yo; poco más de treinta ...

- Es conveniente que en el hogar el esposo tenga unos años más.

Irene ya sabía adónde apuntaba su tía.

Y en otra reunión:

- El Doctor estuvo interesado en la hija del ricachón don Jorge. He oído comidillas interesantes sobre ...

- Déjate de chismes, Marcial . -Y después, a solas con su hija: - No te hagas problemas con lo que se comente respecto al Doctor.

Otros eran los problemas que preocupaban a Irene; ella no

comprendía bien los aspectos políticos de la peligrosa agitación universitaria y menos comprendía las justificaciones de los mismos que los líderes universitarios recitaban con la monotonía de lección mal aprendida.

Un viernes, Irene llegó a su casa cuando la reunión se iniciaba. Primero el Párroco y luego, uno tras otro, los demás miembros del grupo se retiraron al comedor, dejando en la sala al Abogado y a Irene.

- Me es grato conversar a solas con usted, Irene.

- Aprovecharé para que me oriente. Tengo una olla de grillos en la cabeza.

- ¿De qué se trata?

- ¿Cómo encara el Poder Judicial el problema de la subversión?

- Comienzas a pensar como abogada; pero tú ni siquiera has terminado el primer año y ya quieres especializarte en derecho político.

Irene pasó por alto la ironía.

- En clases, usted nos ha hablado de los requisitos para que una prueba judicial sea válida y de la calificación de los testigos y de cómo debe quedar constituida una sentencia. ¿Verdad? Sin duda, el delito de terrorismo, debidamente configurado y probado, debe ser legalmente castigado.

- Es la Ley.

- ¿Pero, se está haciendo así? Con un simple parte policial irresponsable, con la delación de un arrepentido obtenida, a veces, con tortura, con la absurda suposición de que la simpatía por una doctrina política constituye un acto de terrorismo se puede mandar a un hombre a que se pudra en vida en la cárcel.

- Esta cabecita -le acarició la cabellera- quiere comprenderlo todo y de golpe. -El Abogado mostró su impaciencia tamborillando con los dedos sobre el brazo del sillón.

- Y al más: los Jueces sin Rostro. Una administración de justicia sin dignidad, sin coraje, refugiada en las sombras y la arbitrariedad. ¿Qué pasará si un solo condenado, nada más que uno, resulte inocente?

Irene se había exaltado; el Abogado estaba disgustado.

- En otro momento te lo explicaré con calma. Por ahora, acepta esto: el Estado tiene que utilizar todos los medios a su alcance para evitar que se desestabilice al gobierno y se comprometa el proceso de pacificación.

- ¿Me está usted diciendo que el Poder Judicial debe ponerse al servicio del grupo de poder de turno en el gobierno?

El Abogado hacía visibles esfuerzos por controlarse.

- Esas no son ideas tuyas, Irene. Estás repitiendo lo que dicen los agitadores de la Universidad ... lo que dice ese ... ¿Cómo se llama? ¿Juan? -tomó aliento y continuó: - A propósito, ¿Sabes que se gradúa la próxima semana? Me hubiera gustado ser parte de su jurado.

Irene descubrió un brillo maligno en los ojos verdosos del Abogado y cuando él intentó besarla, al despedirse, ella apartó su mejilla. Ella comenzó a esperar la próxima semana. En el comedor, la reunión continuaba:

- ... es algo que he oído más de una vez -decía el tío Marcial-. El Doctor fue propuesto para un alto cargo en la Corte de Justicia de la Capital, pero no alcanzó el puntaje mínimo en las calificaciones; un año después, volvió a ser desaprobado.

- Mi amigo, -le respondió el Párroco- ¿Por qué propalar las calumnias de las malas lenguas? Y en presencia de su sobrina; poca consideración la que le tiene.

Irene rompió el silencio que siguió.

- Perdónenme; no es la primera vez que en sus conversaciones me vinculan con el Doctor, ¿me están poniendo en vitrina?

Los presente sonrieron y miraron a la madre.

- Será mejor que lo sepas; el Doctor nos ha dicho que quiere casarse contigo. Me gustaría que hablemos ahora.

- No, mamá, dejémoslo para otro momento; ahora, no.

Llegó la "próxima semana" y con ella la ceremonia de graduación de Juan. Irene fue a la Universidad y llegó cuando la ceremonia de sustentación de tesis había terminado. Cuando, después de las felicitaciones y los abrazos, todos se hubieron retirado, Irene estrechó en silencio las manos de Juan entre las suyas; salieron y caminaron por los pasillos de la Universidad y terminaron en los jardines a esa hora desiertos.

- Felicitaciones, abogado.

Irene estrechó su cuerpo al de Juan y lo besó en la boca; se separó un poco y lo miró a los ojos; Juan, inmóvil, sonrió; ella se apretó a su pecho y volvió a besarlo. Años después, ella le confesó a su amiga: "Era la primera vez que yo besaba a un hombre, la primera vez que mi cuerpo acalorado sentía un deseo sin freno".

Juan la acompañó de regreso a su casa.

- Irene, te agradezco por tu expresión de afecto; pero me sentiría muy mal si permitiera un malentendido entre nosotros.

- Dejemos eso. ¿Qué proyectos tienes?

- Voy a incorporarme al grupo de Abogados Democráticos que pretenden juicios limpios para los guerrilleros presos. ¿Estás loco, Juan? Uno de esos abogados fue asesinado y otros están en la cárcel.

- Hay muchas incomprensiones y muchos riesgos. No quiero

hacer como otros: incendiarios como estudiantes y bomberos en cuanto tienen el diploma. Debo ser leal a mis ideas, a pesar de mis dudas. No puedo asumir otros compromisos. ¿Me comprendes, verdad?

- Te comprendo, Juan y espero que tú también me comprendas ... no debía decírtelo en este momento ... El Doctor quiere casarse conmigo.

Juan le acarició y le besó las manos a modo de despedida.

De regreso a su casa, Irene dijo a su madre: "Ahora el Doctor ya puede hablar conmigo". Esa misma tarde tuvo lugar la entrevista por todos esperada.

- Quiero hablarle con toda claridad, como ya lo he hecho con mamá -declaró Irene-. Yo lo aprecio, Doctor, y sería deshonesta si le digo que yo estoy enamorada de usted. Más tarde o más temprano deberé casarme y si ha de ser ahora y con usted, mejor.

- Admiro tu sinceridad. Sé lo que hago y podré hacerme amar; no me hubiera perdonado que fueras a caer a otros brazos.

- ¿Qué está usted insinuando?

- Me refiero a ese flamante abogado, pensaba que ustedes ...

- No hay ustedes, Doctor; si él me amara, usted no estaría aquí.

El rostro del Doctor tomó un tinte cenizo y sus labios se apretaron; Irene volvió a encontrar el extraño brillo de sus ojos verdosos.

La familia, secundada por el Párroco y la profesora Etelvina, arregló la ceremonia del cambio de aros, a la que asistieron la familia del Doctor, políticos y personas notables de la localidad.

Comenzó para Irene el penoso aprendizaje de moverse en un ambiente social que no era el suyo, en donde había que sonreír ante las zalamerías y las palabras de doble sentido; donde había que desconfiar, evitar que descubrieran sus pensamientos, esperar y escudarse en la persona del influyente novio.

Después que destacadas figuras del gobierno central visitaran la ciudad, comenzó a circular, precedida de un vago "se dice", la noticia que alborotó el gallinero y que nadie pudo impedir que llegara a oídos de Irene.

- Dicen que se lo llevan a la Capital ...

- Nombrado a dedo, sin duda ...

- Para el cargo al que lo desaprobaron dos veces ...

- Sirviente de los politiqueros ...

- Entre corrompidos sentenciará como le venga en gana ...

- Como juez sin rostro, claro está ...

Se convino en adelantar la boda, el Abogado viajaría a la Capital y un tiempo después Irene se reuniría con él.

A decir de su mejor amiga, Irene se sintió satisfecha, próxima a la felicidad, si bien carente del pudor al que la madre se refirió en sus consejos, o, como dijo Irene: "Tal vez, precisamente, porque faltó pudor".

En la Capital, Irene, recurriendo a su intuición y los consejos de su marido, se ajustó a un ambiente social antes desconocido.

Para descubrir el estado de ánimo de su marido y anticiparse a cumplir con lo que él deseaba, Irene se habituó a observar su rostro. Se dio cuenta que, poco a poco que la sonrisa gentil, la mirada tierna, la serenidad de sus gestos, la atención comprensiva y la manera paciente de escucharla dejaban su lugar a una expresión tensa, impaciente y esquiva que, cada vez con más frecuencia, se manifestaban en un terco silencio, en la ansiedad de sus ademanes o en un cansancio triste, y que su rostro se desdibujaba en una espesa lejanía.

Unas veces el Abogado se encierra en su escritorio. Con frecuencia lo visitaban personas desagradables (Irene se enteró que eran abogados, militares de alta graduación, funcionarios importantes o políticos del montón) con quienes conferenciaba hasta altas horas de la noche, mientras ella daba vueltas en la cama, sin poder dormir, y cuando su marido se acostaba a su lado, ella, en la penumbra del amanecer, percibía que el

rostro endurecido, cenizo y amargo, que ella hubiera podido llegar a amar, iba desapareciendo.

***

Los primeros síntomas, según informó el Abogado, se presentaron la noche que regresaron de una reunión social en la que Irene había bebido más de lo aconsejable. Ella despertó sudorosa, agitada, profiriendo pequeños gritos y repitiendo: "Has perdido tu rostro ... has perdido tu rostro".

A las preguntas del Psicólogo de la Clínica Militar, el Abogado contestó: "Últimamente, mi esposa manifestaba un interés exagerado por mis actividades profesionales. Relacionando de algún modo mis propias preocupaciones con lo que posiblemente escuchara a nuestros amigos, ella llegó a descubrir que ... y esto es estrictamente confidencial ... confío en el secreto profesional ... llegó a descubrir que yo integraba un «Tribunal de Jueces sin Rostro » -el Abogado estaba triste al terminar-; no ha vuelto a mirarme a los ojos, pero, ahora que está restablecida, supongo que eso también pasará".

- No esté tan seguro. Puede sufrir una recaída y no se puede descartar el peligro del suicidio. Lamento tener que decírselo: ustedes están camino al divorcio. Tómelo como parte de la terapia.

Gracias a sus relaciones profesionales, el abogado logró que los trámites del divorcio se cumplieran rápidamente. Irene no volvería a ver al hombre que perdió su rostro.

***

La amiga íntima de Irene le dio la noticia:

- Juan ha burlado la persecución; está refugiado en casa de un pariente que no podrá protegerlo por mucho tiempo.

La reacción de Irene fue inmediata: "¿Puedo verlo? Quiero verlo". Apoyados por un miembro de una generosa institución, conseguida la documentación falsa, Juan pudo salir del país.

Mientras duraron los preparativos de la fuga, Irene visitó varias veces a Juan en la clandestinidad. Semanas después, confesó a su amiga:

- Estoy esperando un hijo.

- Cómo te has atrevido ...

- Lo necesitaba sobre todas las cosas. Enseñaré a mi hijo a no ocultar su rostro cuando ame o cuando odie, cuando triunfe o cuando fracase, cuando tenga que perdonar o condenar. El aprenderá a mirar a la vida cara a cara.

LA CANCION Y EL LLANTO

EL ARREPENTIDO

Sucedió rápidamente: detonaciones, gritos, gente que se dispersa; una ráfaga de metralleta; desde un automóvil, que huye veloz, otros disparos.

El hombre fue a dar contra la pared, se dobló y cayó sobre la acera; tenía el pantalón ensangrentado. -"A la vuelta de la esquina hay un médico" le gritó una mujer que arrastraba una carretilla con frutas.

El hombre presionó el timbre. El médico lo ayudó a caminar hasta la sala de consultas. Lo examinó, le curó la herida y le aplicó una inyección.

- Creo que nos conocemos -le dijo el médico.

- De la Facultad. -Respondió el hombre y agregó: - Supongo que llamarás a la policía; tienes que informar.

- Lo que yo haga es cosa mía; tú, descansa. -El médico salió del consultorio. A su regreso, le informó: - Me dice mi se-

cretaria que han atrapado a uno de los asaltantes; se trata de delincuentes comunes.

- Te agradezco por tu ayuda; debo decirte ...

- No me digas nada; en caso de un interrogatorio ... Tú sabes.

- Trabajamos en el Comité de Apoyo. ¿Continúas?

- La curiosidad mató al gato -el médico sonrió-. Vamos a ver; ponte de pie; camina; muy bien; necesitas unos días de cuidado. ¿Tienes dónde ir?

- Precisamente, estaba buscando; acabo de regresar.

- Algo he sabido de ti. - El médico, detrás de su escribió, miró fijamente al hombre, luego escribió una nota y se la entregó.

- Allí es posible que encuentres ayuda.

En la puerta, le tendió la mano; el hombre la estrechó en un silencio emocionado.

- Buena suerte.

***

La señora que, durante días opacos, lo había cuidado con esmero y afecto, cambió de pronto su actitud.

- Usted no es de los nuestros - le dijo fríamente.

- No he dicho que lo fuera.

- Lo hemos ayudado porque usted colaboró en el Comité de Apoyo. Ahora debe irse; salvo que decida incorporarse.

- Agradezco mucho la ayuda que me han dado, a usted especialmente; no tengo papeles y no conseguiré trabajo; necesito de tiempo para tomar una decisión. Ahora no sé qué hacer.

- Trate de sobrevivir. Le voy a dar una dirección, allí le ayudarán. No trate de volver a vernos. No se refugie en las barriadas. Muévase en las zonas residenciales, son menos peligrosas. No sueñe, no se arriesgue inútilmente.

La señora había recuperado la misma entonación resignada y triste que tuvo el día cuando se refirió a la muerte de su único hijo en la masacre de los penales. El hombre la besó en la frente; sintió que la señora se estremecía levemente.

***

Tres meses después, él conocía la ruta más corta entre dos puntos de la ciudad. No intentó volver a ver a quienes le habían proporcionado el automóvil, la habitación con los enseres necesarios, la falsa documentación.

Es mucha la información que un taxista puede obtener de los ocasionales pasajeros si se sabe escuchar sin adelantar opinión; en particular sobre la opinión política y la situación económica de las familias.

Sin razones claras, había esperado que, después de la experiencia subversiva de los últimos trece años, la gente del pueblo hubiera comprendido que la liberación era posible y que los grupos de poder hubieran aceptado la necesidad de optar por un cambio democrático plural con poder del pueblo y que los discursos políticos de la oposición hubieran adquirido un contenido pedagógico para fomentar el cambio.

Lo que a diario le chocaba era la sumisión y el engaño, la ignorancia y la manipulación, la limosna y el oportunismo, la desocupación y la corrupción, el hambre y el narcotráfico, los rituales y el amordazamiento universitario, las madres que lloraban por sus hijos desaparecidos y los discursos sobre los derechos humanos, la inocencia sin defensa y los jueces sin rostro, los niños hambrientos y las casas de juego, el fraude electoral y los debates sobre la legitimidad del poder judicial...

Desde el fondo de sus dudas surgía una palabra: persistir; pero, ¿Al lado de quién? ¿Con qué medios?

Para confrontar sus experiencias con la teoría política, compró libros de los cuales conocía citas dispersas y, en la soledad de su habitación se dio a reflexionar.

***

A poco de iniciar su trabajo, una tarde recogió a tres pasajeros. El que iba a su lado, le ordenó:

- Estaciona el auto aquí y baja con nosotros.

El hombre se dio cuenta de lo que ocurría y obedeció. Los cuatro caminaron callados. Entraron en una cafetería y se instalaron en una mesa aislada, en un rincón.

- Nosotros te conocemos; tú no nos conoces.

- Sospecho quienes son.

La camarera se acercó y ellos pidieron cuatro tasas de café. Una vez que fueron atendidos, el hombre de mayor edad dijo:

- Bueno, no te vas a pasar la vida de chofer.

- ¿Qué propones?

- Persistir, compañero, colaborar.

- ¿Colaborar con los acuerdos de paz o con la lucha armada?

- Correcto; esa es la alternativa; pero, la decisión correcta es la que nos impone el momento histórico, la voluntad del pueblo, nuestra gloriosa lucha.

- El hombre sonrió.

- Sin risitas, compañero; la cuestión es seria; debes incorporarte a la lucha armada.

- ¿Y por qué?

- Porque las masas nos siguen; porque las chispas no pueden rebelarse contra la hoguera. En cuanto hayamos recompuesto nuestros cuadros y recuperado nuestras bases de apoyo, estaremos en condiciones de continuar con la guerra popular.

- Los campesinos abandonaron las bases de apoyo y se refugiado en las ciudades; se han convertido en sirvientes, mendigos o delincuentes. Los obreros, los intelectuales, la clase media, los intelectuales se mantuvieron indiferentes y los politiqueros pescaron en río revuelto. En algo hubo fallas.

- ¿Cuándo, compañero?

- Cuando la heroica rebelión se convirtió en terrorismo. ¿El odio pudo más que la disciplina? ¿Los mandos militares se impusieron sobre los mandos políticos, se desbordaron?

- Sobrevaloras el costo social de la revolución. Tu extracción pequeño burguesa te acobarda y te impide tomar conciencia de clase.

- Conciencia de clase; la cuestión es esa. No la formaron. Se apoyaron en los campesinos y descuidaron las ciudades; la formación de cuadros en los sindicatos, en las Universidades, en las oficinas. Copiaron un modelo ajeno a nuestra realidad para la acción y ...

El tercer hombre, que no había intervenido, lo interrumpió:

- Estas divagando. Hay que ir a lo esencial: el poder nace del fusil; el Partido guía la revolución e impone el comporta-

miento.

- No son los fusiles los que triunfan, sino quienes los tienen; se hizo para que las armas cambien de mano. Nos quedamos con las recetas; olvidamos que nuestra revolución no será copia ni calco sino una creación heroica.

- Al grano, compañero, ¿Qué propones?

- Qué cosa puedo proponer si yo no soy militante. Sin embargo, puedo dar mi opinión: me parece que es necesario reconstituir el Partido y dotar de una nueva orientación a la resistencia armada; paralelamente orientar a las masas, desenmascarar la política neoliberal, denunciar el fraude electoral ...

- Nos convertiremos en una academia de preparación universitaria, contigo en la dirección.

- Los hombres rieron. El que parecía ser el jefe concluyó:

- No perdamos más tiempo. Si estuvieras en nuestras filas podrías plantear en las bases tus puntos de vista. Ahora eres solamente un franco-tirador. Si te quedas solo no tienes nada que hacer.

Uno de los hombres dejó sobre la mesa un billete y dijo:

- Persiste en la lucha armada; incorpórate. La crítica a espaldas nuestras es traición a nuestros héroes de junio del 86.

Los hombres se retiraron. “Nos volveremos a ver”. Se acercó la mesera y el hombre le entregó el billete.

- Cóbrese y quédese con el cambio.

- Es mucho, ¿no le parece?

La mesera lo acompañó hasta la salida y, después, anotó el número de placa del automóvil. El hombre se dijo: - He cometido un error; ni siquiera miré el billete.

***

Otra reunión semejante habría de reproducirse semanas después en el mismo local. Esta vez, eran dos hombres y una muchacha. Desde el mostrador, la mesera observaba atentamente.

El hombre más viejo repartió cigarrillos e inició la conversación:

- Tuviste una reunión con otros compañeros.

- ¿Otros o los mismos?

- Otros; los que han roto la unidad del Partido y no han cumplido con las directivas, llevados por sus ideas militaristas.

- Y ahora, ¿van a adivinar mis ideas?

- Déjate de chistes -terció el hombre joven-. Tú estuviste con

nosotros en los Comités de Apoyo.

- ¿Y quiénes somos nosotros?

- Somos el Partido.

- Partidarios de los tratados de paz, de los arrepentidos y del culto a la personalidad. ¿No es así?

- Partidarios de una política inteligente: sentarnos a discutir un acuerdo de paz. Esta lucha, óyelo bien, esta lucha no puede continuar; es una necesidad de la revolución y el gobierno esta decidido a negociar.

- Un acuerdo de ese tipo se discute entre quienes tienen capacidad de decisión. Con los vencidos no se discute, se les engaña porque ello tienen la sartén por el mango.

- Te falta información. No has leído la fundamentación de los acuerdos.

- Y que salen con el visto bueno de los servicios de seguridad.

- Los que se difunden entre los compañeros que tienen los fundamentos para comprenderlos y que, si no se sabotean, pueden llevarnos a una amnistía. El pueblo los aprobará.

- ¿Un pueblo que respaldó con su voto el auto-golpe, el liberalismo salvaje en economía, la represión política, la corrupción institucional, la mordaza en las comunicaciones, la desintegración de las universidades, la estupidez parlamentaria?

- Ese es el rollo de los que quieren ver al Partido liquidado. Lo inaplazable es encontrar la salida a esta situación.

- Correcto, pero una salida sobre principios no sobre pactos. Que se base en los planes ya trazados hasta la toma del poder y que apliquen la teoría y la experiencia al análisis concreto de situaciones concretas; no sobre las fantasías y la claudicación y la traición.

- ¡Cuidado, compañero! -el hombre más joven estaba rojo por la rabia- ¡La idea de los acuerdos viene del hombre que está sobre todos y sobre todo! Tú y los que comen en el sucio plato de los oportunistas no le llegan a la suela de sus zapatos.

- Veremos cuando ese hombre tenga que hacerse su autocrítica.

- Fuera de las disposiciones ya adoptadas por el Partido no tenemos nada qué hacer. -El hombre viejo hizo ademán de incorporarse.

- Disposiciones tomadas por un solo hombre, después de que los que se atrevieron a hacer la crítica y su autocrítica fueron anulados.

La situación había alcanzado un alto grado de tensión.

- Permítame unas palabras -pidió la muchacha que hasta el momento no había intervenido-. Si bien al compañero le falta madurez política, después de un reentrenamiento, puede

colaborar con nosotros; ya lo hizo antes.

- ¿Colaborar corrigiendo las faltas de ortografía?

- No se salga por la tangente, compañero -la muchacha era la única en el grupo que estaba serena-. Lo que quiero decirle, compañero, es que no puede quedarse solo. Supere su desesperación pequeño burguesa; intégrese a la causa del pueblo. Políticamente, más allá de nosotros, no hay nada.

Cuando se quedó solo, el hombre pagó la cuenta; esta vez dejó la propina conveniente. La mesera lo acompañó hasta la salida y, de vuelta al mostrador, llamó por teléfono.

***

En una lóbrega habitación, sobre una tosca silla, se encontraba el hombre. Las huellas sangrientas en su rostro, la laxitud de sus miembros y sus ropas destrozadas, eran muestras del tratamiento recibido. Dos uniformados lo escoltaban de pie. Frente a ellos, detrás de un escritorio, un Coronel ceñudo miraba al prisionero.

- Esta es tu documentación, ¿la reconoces? La encontramos en la casa que utilizaba tu Comité de Apoyo. Tienes para un encierro por toda tu vida. Ahora vas a hablar.

La cara de indio del Coronel tenía un gesto de ferocidad.

- Coronel ... -dijo el hombre con voz apagada.

- ¿Quieres hablar? Comienza diciéndome quién eres.

- Yo soy un arrepentido.

En lo que quiso ser una sonrisa, el Coronel mostró los dientes separados y afilados. Se frotó las manos.

- ¡Eso me gusta! Repite lo que has dicho.

- Estoy arrepentido de mi error -el hombre tragó aire por la boca.

- ¡Magnifico! Sigue, hijo, sigue.

- Estoy arrepentido por haber abandonado a mis camaradas.

El Coronel recuperó su expresión brutal, apretó la mandíbula y cerró el enorme puño.

El hombre no pudo esquivar el golpe y cayó desmayado y sangrante.

© Ediciones Literatura y algo más, 2016